

A close-up portrait of a young man with light brown hair, blue eyes, and a short beard. He is looking slightly to the left with a soft expression. The background is a blurred city skyline at night, with warm lights from buildings creating a bokeh effect.

LINDA MOON

Profundamente
PERFECTO

Historia de Amor
en Los Ángeles

Profundamente Perfecto

Historia de amor en Los Ángeles

Linda Moon

Copyright ©LINDA MOON by Linda Moon

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

1. Lauren
2. Sebastián
3. Lauren
4. Sebastián
5. Lauren y Brianna
6. Sebastián
7. Sebastián
8. Lauren
9. Lauren
10. Sebastián
11. Lauren
12. Sebastián
13. Lauren
14. Sebastián
15. Lauren
16. Lauren
17. Lauren
18. Lauren

19. Sebastián
20. Lauren
21. Lauren
22. Sebastián
23. Sebastián
24. Sebastián
25. Lauren
26. Sebastián
27. Lauren
28. Sebastián
29. Lauren
30. Sebastián
31. Lauren
32. Sebastián y Robert
33. Lauren
34. Sebastián
35. Lauren
36. Sebastián

1. Lauren



"Inhala."
"Exhala."

"¡Para!"

"Detente."

"Realiza."

Todas esas órdenes venían de mi entrenador. Me concentraba rígidamente en el movimiento. Me esforzaba al máximo. En el parque, casi contaba en voz alta lo que veía: diez personas y un profesor. Él se daba cuenta de todo lo que hacíamos, incluso de dónde estaban nuestros pensamientos: en qué brazo o pierna se encontraban. Si nuestros pensamientos estaban conectados a nuestro cuerpo, no perdíamos el control.

Una ligera brisa me hizo cosquillas en el pelo. No hacía calor y hacer ejercicio era solo una inspiración. Grand Park, uno de mis lugares favoritos en Los Ángeles, se extendía desde el Music Center hasta el City Hall. No estaba demasiado lejos de mi casa.

Últimamente, el trabajo había sido abrumador. Había grandes problemas en la agencia por culpa de un modelo que no contestaba al teléfono. Así eran los modelos: los más irresponsables. El contrato era importante y el cliente, serio. Fue por situaciones como esa que se me ocurrió organizar mi propia escuela de modelos. Quería inculcar principios morales en las aspirantes.

Mi sueño estaba a punto de hacerse realidad. Me preocupaba separar la escuela de modelos de nuestra agencia. Solo me ocuparía de este proyecto y toda la responsabilidad recaería sobre mí. Llevaba mucho tiempo caminando hacia mi objetivo. Me estremecí al oír mi nombre.

—¡Lauren! Hoy no estás con nosotros... Contrólate.

Sorprendida, perdí el equilibrio y casi me caí al césped. Mi corazón se aceleró y mi cuerpo se llenó del calor de la adrenalina. Exhalé profundamente y recuperé el equilibrio.

Era solo un entrenador de qigong. Murmuré para mis adentros: "Inhala, exhala, siento una mano. Sí, ¿qué mano? ¿La derecha o la izquierda?" Volví a escuchar. Lo capté:

—Vamos al pie izquierdo.

Genial, volvía a estar en el buen camino. Exhalé con alivio. Repetí las palabras en un susurro para no distraerme y sentir lo que se decía:

—Retrasado... Realizado...

Pero hoy mis pensamientos tenían vida propia. Había esperado mucho tiempo, había aplazado tanto este proyecto que la semana siguiente me parecía irreal. Había cargado con este proyecto como una madre con su hijo. Mi trabajo se había prolongado durante un año y dos meses después de su aprobación. Finalmente, había una fecha concreta.

¿Qué iba a ocurrir? Me levanté soñadoramente del césped desde otra posición y sonreí. Pronto, los problemas de otro rodaje y la falta de modelos pasarían a un segundo plano. Sí, ese modelo masculino tan importante nos estaba abandonando. ¿Por qué eran todos unos idiotas tan desconsiderados? Especialmente los hombres. Ninguna agencia le contrataría ahora con su mala reputación. ¿Con qué contaban?

Estaba deseando no estar atrapada en ese ajeteo bohemio de agencias y modelos problemáticos. Quería simplemente hacer lo que me gustaba: enseñar a caminar maravillosamente en la pasarela, trabajar correctamente en las plataformas, y recomendar a personas talentosas a nuestra agencia u a otras.

Aunque ahora hacía lo mismo, también se sumaban la promoción, los rodajes, los contratos y otras cosas relacionadas con la agencia. Requería una enorme cantidad de energía y esfuerzo.

Con una exhalación, extendí la mano hacia adelante y me puse en pose de Goonboo. ¡Iba a abrir mi propia escuela! Casi la mía, porque este evento estaba patrocinado por mi agencia. Y en ese momento, tenía ganas de gritar de anticipación, no de restablecer el equilibrio. Mis pensamientos me desgarraban en distintas direcciones, me daba vueltas en la cabeza lo que me quedaba por terminar. Expulsé esos pensamientos y exhalé discretamente una respiración profunda. ¡Todo era cuestión de control y equilibrio!

Mi melena rubia ondulaba detrás de mí, haciéndome cosquillas en la espalda y cayendo por mis mejillas. No me irritaba, pero deseaba haberla recogido antes con el palo de China que estaba más allá de mi colchoneta. La profesora había dicho, o alguien lo había dicho, que no debíamos recogernos el pelo a menudo y que debíamos trabajar con el pelo suelto en clase. Enrollarlo en

un moño era como moldear y arrugar nuestros pensamientos. Quizá por eso no me hacía coletas ni trenzas, sino que prefería recogerlo con una varita china.

"Inhala. Exhala. Más..." me dije a mí misma.

—Lauren, por favor, presta atención a tu pie derecho. Está desatendido —me llegó la voz del profesor. ¿Cómo es que se daba cuenta de todo?

Asentí imperceptiblemente y puse en mi acción toda la humildad que pude encontrar en mi cabeza. Mi mirada se fijó en Sian. Era un hombre grandote, con la coleta en la parte superior de la cabeza, característica de todos los entrenadores.

El corte de sus ojos sugería raíces orientales, pero era muy grande, como un australiano. ¿Parecía tener, digamos, 40, 50, 60 años? Pues no estaba claro. Era muy difícil adivinar la edad de alguien que se dedicaba al deporte o a prácticas espirituales. Parecía que estas personas habían descubierto cosas que el hombre corriente no podía saber.

A veces, sus comentarios me sorprendían tanto que tenía algo en lo que pensar durante todo el camino de vuelta a casa. Yo era popular en la escuela y tenía muchos amigos. Pero después de China, mi vida cambió un poco y ya no vivía la vida de las fiestas. Mi personalidad se volvió mucho más reservada.

Para de pensar... Ahora toda mi atención estaba en mi mano izquierda y mi mirada se dirigía en la dirección opuesta, hacia el edificio, con el pico alargado. Ese pico era mi punto de atención en ese momento. Este parque era sencillamente enorme, adornado con una fuente iluminada de Arthur Will. El lugar me impresionó desde la primera vez que lo visité. Así que cuando me enteré de que en este parque se impartían clases de qigong, no dudé en apuntarme.

Mi pequeña China siempre estaba conmigo. Vivía en un barrio chino, me encantaba la comida china y sus costumbres. Y estaba agradecida a China, que me había restaurado.

Al final de la clase, conseguí detener mis pensamientos y contemplar mi entorno con conciencia. Aquí estaba la hierba, con varios tonos de verde, y por eso caminaba sobre ella sin darme cuenta. Era blanda y dura en algunas partes.

Después de la clase, mi profesor me llamó.

—¿Cómo te sientes hoy, Lauren? Vi que hoy lo pasaste mal. ¿Algún problema?

Siempre se dirigía a mí con educación y calma. Creo que me dijo que tenía su propio centro de práctica y que me había invitado a él más de una vez. Y el propio Sian era una persona realizada, y su voluntad de ayudar a la gente era evidente en cada movimiento.

—Sí, Sian, es culpa mía. Llené mi cabeza de pensamientos y no pude concentrarme en los movimientos sencillos. Tienes razón, toda la agitación en mi cabeza es irrelevante. Pero... estoy

abriendo mi escuela de modelos, Brianna está embarazada de cinco meses. No sé a qué agarrarme... Lo entiendes, ¿verdad? —Miré esperanzada a Sian. Él solo ladeó ligeramente la cabeza, asintiendo y mirándome atentamente.

—Además, tengo un problema en el trabajo. No tenemos modelo para un encargo importante. La que estaba aprobada ha desaparecido y no contesta al teléfono... Estoy tan cansada de... Deja de pensar. —Me callé a la fuerza.

—Eso es. Para. Sí, hay muchos pensamientos en tu cabeza, Lauren. Deja de lado todo lo innecesario. Céntrate en las sensaciones. Verás cómo todo lo demás se soluciona solo. A veces lo que realmente necesitamos no es lo que creemos que necesitamos.

—Tienes razón. Lo más importante para mí en este momento es concentrarme. Quiero dedicarme a lo que me gusta hacer y se me da bien: compartir mis experiencias, por ejemplo. Y contratar modelos en los rodajes, cuidarlas, aguantar su carácter. Ya no es lo mío. Estoy cansada. Uf.

—Bueno, ya ves que has aclarado la mitad de lo que me dijiste al principio y has subrayado lo principal —dijo Sian mirando a su alrededor. ¿Nos vemos la semana que viene?

—Sí, sin duda. ¡Gracias por la clase! —respondí.

Como siempre, Sian sonrió tranquilamente, con la cabeza ligeramente baja. Me rodeó con el brazo y me sentí más tranquila. Los pensamientos empezaron a flotar a mi lado como nubes, pero no me penetraron tan profundamente.

2. Sebastián



Mi vida había sido una carrera sin fin últimamente. Esa mañana corría por el parque central, consciente de que sería mi última carrera aquí. Respiraba con dificultad y no podía desconectar de mis pensamientos.

Había empezado de cero muchas veces. ¿Cuántas? Ya no llevaba la cuenta. Pero seguía corriendo. El parque olía a hojas mojadas. El sol brillaba, pero pronto sería otoño profundo y tal vez incluso nevara.

Normalmente, correr me despejaba la mente. Pero últimamente, no funcionaba. Me acercaba a los 30 años y no tenía nada más que mi propio cuerpo, que vendía fácilmente, y últimamente prácticamente por nada. Pensar en eso me enfadaba aún más, sumado al estrés de la mudanza.

Intenté escuchar música con auriculares, pero mis pensamientos eran más fuertes que las canciones. Mi velocidad era de unos 10 kilómetros por hora, pero en mi cabeza, la percepción era de correr en el sitio como si estuviera en una cinta.

Sin contrato, sin trabajo, sin dónde vivir, sin mujeres... Esto último no me importaba tanto. Podría haberme callado y mantenido a flote, pero al darme cuenta de toda la situación, mi ego no lo soportó. Merezco algo más, pero quizá esta vez fui demasiado lejos y me sobrevaloré...

Como resultado, ahora estaba en la calle. Pero aún no había perdido la cara. Empecé a jadear, aminoré el ritmo y decidí no molestar a la pareja en el banco. La música de mis auriculares solo interfería en mis pensamientos. La apagué por completo. Silencio.

Hice mi plan del día. No era sentimental, pero disfrutaba mucho corriendo por ese parque. Con suerte, encontraría algo igual en mi nuevo lugar. El sol se ponía en el horizonte y el parque no estaba vacío. Había algunas personas a la vista. Soplaban una ligera brisa y las hojas crujían en los árboles. Miré a mi alrededor.

Necesitaba una salida, pero esta salida resultó ser un callejón sin salida aún mayor. Planté el pie en el banco y me estiré. Mi cuerpo se tensó, al igual que mis pensamientos. Mi situación era una mierda.

Justo ayer había encontrado una solución... ¿Y ahora qué? Lo siguiente es lo que ocurra después. Confiaba en el destino. O más concretamente, en una pequeña agencia de Los Ángeles. ¿Y podía hacerlo? Subí los pies al banco, cuadré mis anchos hombros, pero sentí que se me tensaba la mandíbula. ¿Dónde había ido a parar mi confianza?

Siempre había exudado un aura de fuerza que infundía respeto. Eso me había llevado al pedestal de un top model. Mi físico perfecto y musculoso era un testimonio de mi determinación y dedicación. Y me encantaba lo que hacía.

Todavía me daba cuenta de que, cuando entraba en una habitación, las cabezas se volvían y los susurros se propagaban. Las mujeres no ocultaban su admiración, y casi se desmayaban cuando estaba en la pasarela. Y los hombres me miraban con respeto, porque no tenía ese aspecto andrógino de algunos modelos. Parecía un hombre de verdad.

Abrí los brazos y grité por el parque. Quizá alguien me oyera, pero no me importaba. Sonó el teléfono, interrumpiendo mi vacilación.

—¿Sí? —respondí con un tono algo oficial.

—¡Hola, Sebas! Todo está listo para tu fiesta de despedida. ¿Nos vemos esta noche? No te escaparás sin despedirte, ¿verdad? —Me relajé al oír una voz familiar.

—¡Hola, compañero! Genial, estoy deseando que llegue esta noche. Quiero desconectar de los últimos sobresaltos.

—Ven a mi despacho de Manhattan a las 6, estaré libre para entonces. También he llamado a Dylan y a Roxy, creo que vendrán algunos más, pero llegarán un poco más tarde. No te importa, ¿verdad?

Sonreí al escuchar esto. Mis amigos y conocidos vendrían a despedirse. Incluso aquellos con quienes no había socializado últimamente.

—Gracias, Michael. Has hecho un gran trabajo organizándolo todo. Me hace sentir bien. Salgamos esta noche como en los viejos tiempos. Pídele una excusa a tu mujer.

—¿A quién llamas vieja? ¿Es cinco años más joven que tú? Y si no fuera por el embarazo, ¡se lo pasaría bomba en la fiesta!

—¡Genial!

Colgué el teléfono y empecé a pensar en cómo me llevaría a la oficina de mi amigo. Vendí, o más bien regalé, el coche la semana pasada. Ahora, yo, la otrora modelo con más éxito del

mundo, ni siquiera tenía dinero para el metro. Sonreí. Puse la música y seguí adelante. Ya se me ocurriría algo. Maldito alcohol y drogas.

Al salir del parque, vi a un chico que intentaba coger una pelota de un árbol. La pelota estaba atascada en las ramas. El chico me hizo un gesto.

Trepé al árbol con facilidad. No había perdido toda mi fuerza. Cuando llegué a la pelota, la tiré y se la entregué al chico.

Estaba a punto de irme cuando el chico gritó:

—¡Es usted muy fuerte, señor!

Me volví y sonreí.

—La fuerza no es solo los músculos —le respondí, sin saber por qué lo decía.

Todo consistía en tener una mente fuerte, sin traicionarme a mí mismo. Y yo me había traicionado. ¿En algún momento me volví débil? Te crees el soberano del mundo en una vida despreocupada, pero en realidad eres un perro patético.

3. Lauren



Al acercarme a la puerta de mi apartamento, olía a peonías. Abrí la puerta y el aroma me mareó. No me había dado cuenta de que olían tan fuerte. En la mesa frente a la ventana había un enorme ramo de peonías de distintos colores.

—¡Dios, cuánto me gustan estas flores! —murmuré.

Desde China, la peonía había sido un detonante en mi vida recién realizada. Me quité los zapatos y me acerqué al ramo, mientras pensaba en quién podría haberlo enviado. ¿El chico de la semana pasada? Ni siquiera recordaba su nombre. Sonreí, recordando el fin de semana pasado. Aunque había sido muy persistente, ¿quién iba a saber lo de las peonías? Además, sólo él... Volví a aspirar el aroma. ¿Brianna? Voy a llamarla ahora. Empapándome de la fragancia, contemplé los pétalos de los delicados capullos.

Justo entonces, sonó el teléfono. Miré la pantalla y vi a mi querido Robertini. Claro que era él, mi Robert. Solo él enviaba flores cuando necesitaba algo. Sucedió el año pasado, cuando tuvo una repentina aventura amorosa y necesitaba unas vacaciones urgentemente. Aunque me echaba encima de sus asuntos, ahora sonreía. ¡Este ramo es divino! Y el olor no sólo estaba en mi piso, parecía que toda la casa estaba llena de estas hermosas flores.

—¿Te gusta? —preguntó alegremente.

—¡Son preciosas! Sabes muy bien que estoy loca por ellas.

—No dudo de mis habilidades —replicó.

—¿Y bien? —Hice una pausa en nuestra conversación, expectante.

—Bueno, no sé ni por dónde empezar. Espero de verdad que no me mates directamente con el teléfono y me perdones algún día.

—Por favor, no seas intrigante. Me pone nerviosa cuando hay muchos secretos. Lo sabes muy bien. ¿Otro amor repentino? —tartamudeé.

—¿Empiezo yo? —Robert hizo una pausa.

—Sí. ¿Qué? —Ya me estaba impacientando.

Conocía a Robert, o como él se hacía llamar Robertini, desde hace mucho tiempo. Y por la pausa me di cuenta de que esta conversación no le iba a resultar fácil. Normalmente era mucho más directo.

—Cálmate, por favor. No, a todas las preguntas anteriores. No pasa nada. Escúchame. Ahora cálmate.

Suspiré y acerqué aún más el teléfono a la oreja. Para no estallar de curiosidad, empecé a ojear la búsqueda de nuevos colores de peonías.

—¿Te has calmado?

—No. ¿Robert? Espero que las noticias sean buenas.

Suspiré profundamente, apartando el teléfono para que Robert no lo oyera. La clase de Qigong, como si nada.

—Es bueno para la agencia. Tenemos un supermodelo que viene de Nueva York para sustituir a ese vago. Todos los directivos me piden que lo vigile hasta que se firme el contrato.

Hizo una pausa, supongo que evaluando mi reacción. Luego continuó.

—¡Y quién mejor que tú para hacerlo!

Soltó las últimas palabras muy deprisa. Apenas pude contenerme. Adiviné lo que seguiría. No era una situación fácil para mis nervios.

—¿Soy el sirviente de esta estrella? ¿Te he entendido bien?

Respiraba profundamente, mis pensamientos gritaban en mi cabeza: "no, no, no, no". Me contuve.

—Mentor. Verás que es nuevo en Los Ángeles, podría ser reclutado rápidamente por agencias rivales. Si es un salvador y una joya para nosotros, no sea que luego nos lo gastemos todo en resolver pleitos. Todos nuestros asuntos se cerrarán con su nombre. Te lo prometo.

Guardé un tenso silencio. Empezaba a adivinar que mis planes iban a caer por un gran precipicio. Había esperado tanto tiempo la apertura de la escuela de modelos que posponerla, aunque sólo fuera un día, equivalía para mí a saltar al abismo. Siempre había pensado que no pasaba nada si se posponía unos días más, pero no hoy, cuando ya se había fijado la fecha de la gran inauguración con estrellas invitadas... ¡Oh, no!

—¿Qué más? —pregunté para recuperar el aliento. Conocía las palabras exactas de la frase que seguiría.

—Es necesario reprogramar la fecha de apertura. Pero piensa en quién es. Su agenda en su anterior agencia estaba atascada con seis meses de antelación —dijo Rob.

Pude sentir que esperaba más de mi reacción.

—Por favor —añadió lastimeramente.

—Robert, podría haber apretado los dientes y aplazar indefinidamente la apertura de la escuela, aún podría haberte ayudado directamente en la agencia. Pero... —Hice una pausa para recuperar el aliento y no mostrar a mi amigo lo disgustada que estaba por no poder respirar—...¡Pero trabajar directamente con una modelo! ¡No puedo! Tú lo sabes muy bien. ¿Por qué no buscas a otra persona que lo haga? ¡No! Va contra mi naturaleza: "Buscar. Servir". ¡Lo siento! Otra vez no, Robertini.

—¡Me has llamado Robertini! ¡Eso es buena señal! Querida, todos sabemos muy bien que nadie hará el trabajo mejor que tú. Se firmará el contrato y tendrá otro ayudante. ¿Y qué te parece este precio de modelo...?

Dijo el precio; al principio pensé que le había oído mal. Y realmente habría cerrado muchos asuntos, entre ellos la escuela. Conocía a Robert desde hacía mucho tiempo, y no sólo era un colega, sino ante todo un amigo. Es inusual en todos los sentidos para la comunidad. En primer lugar, estaba cubierto de tatuajes; en segundo lugar, podía resolver cualquier problema del mundo. Aquí y ahora estaba intentando hacerlo con mi ayuda.

—¡Por favor, Lauren! Cuéntalo todo. Y date cuenta de que la mayor parte se destinará a desarrollar tus nuevos proyectos, no me refiero sólo a la escuela, sino también...

—Sí, pero ¿cómo un supermodelo así se ha fijado en nosotros? Tenemos una agencia boutique, ¿no? —le interrumpí.

Aún no podía organizar mis pensamientos dispersos.

—Así es, nuestra agencia tiene una reputación impecable y sería una tontería dejar pasar una oportunidad como esta. Y él mismo expresó su deseo de trabajar con nosotros.

—¿Él mismo? Qué raro, ¿no?

Ya estaba analizando los pros y los contras. Y la voz de Robert en el teléfono enumeraba todos mis puntos fuertes. Decía, sin exagerar:

—Lauren, eres la única de nosotros que es responsable, organizada y detallista, que siempre está al tanto de todo. Muy buena capturando lo que una persona necesita para abrirse. Eres muy respetada por todos tus colegas de nuestro sector.

—Sí, a todo lo anterior y no a tu plan.

—Lauren, bien, por favor, por favor, por favor. Siempre mantienes la compostura y encuentras el enfoque más racional para una solución. Siempre sabes lo que quieres de la vida. Eres la única que nos salvará.

—¡Vale! Lo he entendido todo. Lo único es que me aclares de nuevo el momento de la firma del contrato. ¿Por cuánto tiempo se pospone? —me di cuenta de que era inútil resistirme. Y era una buena cantidad de dinero para rechazarla cuando se podía poner todo en marcha. Mis pensamientos se organizaron y empezaron a funcionar como una máquina de escribir.

—¡Indefinidamente! —exclamó con tono de disculpa.

Sus palabras me hicieron efecto, me reí un poco. Pero me di cuenta de que no había otra salida.

—Zorro astuto, Robert.

Robert era el salvavidas de la agencia. Fue él quien una vez me devolvió a la industria del modelaje, cosa de la que no quise oír hablar en su día.

—Sí, él y nosotros tendremos un período de prueba. No quiere romperse la cabeza para firmar un contrato. Su condición es ver primero.

Robert hizo una pausa, al parecer estaba distraído con otra llamada. Oía el pitido del teléfono de fondo.

—... y si le parece bien, firma un contrato. A su vez, también nos fijamos en él. Si tiene caprichos y ya sabes que los demasiado caprichosos no nos gustan. Nos cuesta más.

Se rió. Y la conversación telefónica traspasó el límite de la inaccesibilidad de mi entendimiento.

—¿Cuándo llegará? ¿Qué hay que preparar? ¿Dónde se alojará? —pregunté, nerviosa por la falta de información.

—Llega dentro de dos días, en sustitución de alguien que nos ha dado muchos problemas. Aún tenemos tiempo para prepararnos. Toda la información ya está en tu correo. Sobre los invitados a la inauguración, no te preocupes. Está todo arreglado. Lo haré.

Robert se atragantó. No sería justo ocultarme que la inauguración se había pospuesto.

—¡Genial! —No sabía qué palabras utilizar para cubirme. Ya lo habían decidido todo por mí. Pero mi mente lógica ya había calculado que aquello era superrentable para la agencia.

—¿Ni siquiera vas a preguntar cómo se llama?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Mi voz aún me delataba, era fría. Estaba enfadada y frustrada.

—Bueno, cariño, me doy cuenta de que estás muy enfadada. Tienes un talento real y genuino para ocuparte de la gente y conseguir de ella lo que necesitamos. Recuerda a Brianna. Tú creaste

las condiciones para que saliera. Y ahora está feliz con un fotógrafo guapo. Y también es un beneficio fantástico para nosotros si sale bien. ¿Quién sabe cómo saldrán las cosas esta vez?

—Eso es mérito de Brianna. Ella derriñó el corazón de nuestro rey de la industria fotográfica. Y, por supuesto, sus cálculos pragmáticos.

Oí que Robert se reía por el auricular.

—¡Quiero que todo el mundo sea feliz! Es una coincidencia. Cuando vi a Brianna por primera vez, estaba entusiasmada con el cambio, pero no había... alegría en sus ojos. Sólo estaba ayudando a una persona, buscándole un trabajo.

—¡Ajá! Por cierto, yo también. Se intercambiaron amables cumplidos. Gracias por las peonías. Son preciosas.

—¿Tienes alguna pregunta? Llámame cuando quieras.

—Todavía no tengo ninguna pregunta. ¡Sólo exhalaciones profundas! ¡Gracias por apoyarme con la escuela! ¿Cómo te va con los espectáculos?

Me relajé, al parecer era mi destino posponer lo que quería. Odiaba a esos modelos, aún de alto nivel. Pero mi cabeza ya había hecho un cálculo a partir de los hechos que decía que era muy rentable para todos, incluyéndome. ¡Pero seguía odiando a esos pavos pomposos!

—Sí, hasta ahora todo va según lo previsto, pero ya sabes que hay un factor humano que no se puede calcular. Muchas gracias. Creo que todo irá bien con Sebastián.

—¡Excelente! También se llama Sebastián, como todos los modelos enclenques y empolvados.

—Si fuera dulce, no te lo habría regalado —le oí reír al teléfono—. ¡Pues vale! ¡Estaré en contacto!

—¡Adiós! ¡Adiós!

—¡Lauren, te quiero! —gritó colgando el teléfono.

Apagué el teléfono y susurré:

—Yo también te quiero. Y gracias, querido, ¿cómo te llamas...? ¡Sebastián! ¡Ya era hora de que aparecieras! —siseé enfadada en voz baja. Puse música de jazz y me metí en la ducha.

4. Sebastián



"Sí, colega, estás en un lío, ¡a lo grande!".

Michael sacudió la cabeza y sonrió. Hablábamos en un bar con luces brillantes y música alta. Nuestros amigos estaban en una mesa, pero nosotros nos habíamos retirado a la barra. El ambiente estaba cargado e incómodo, tal vez por la conversación con Michael.

—Sí, ya lo sé. ¿Te parece trillado? —Sabía que el bufete de Michael había manejado casos similares.

No había nada más que explicar ni añadir. Mientras íbamos en el taxi hacia el bar, le conté todo lo que me había pasado en los últimos seis meses. Fue el primero en preguntar por mi coche deportivo, ese que siempre atraía miradas. Fue entonces cuando me di cuenta...

—Sí, te ayudaré, ya sabes que no hay garantía del 100 %. Primero miraré el contrato, haré averiguaciones, pero si dices las cosas como son, hay esperanza de un resultado positivo. Tuve un caso parecido y lo perdí —dijo, apartando la mirada a veces. Creo que se avergonzaba de mí.

—¿Cómo? —sentí curiosidad.

—Sí, estas agencias de modelos se las saben todas. Saben lo que quieren. Y tú misma te das cuenta de que la mayoría de los modelos tienen esa reputación.

—Sí, me di cuenta. Como yo ahora mismo —empecé a sentirme mal.

—Escucha, amigo, ¿qué pasa con tus padres? ¿Conocen tu situación? ¿Y tu hermana?

—No, claro que no. De todas formas, no tienen mucho dinero, ya sabes que siempre les he ayudado. Incluso cuando estaba en la escuela, trabajaba a tiempo parcial. Eso fue lo que me metió en esta profesión.

Me sentí bastante incómodo.

—Sí, también les compraste una casa y pagaste la matrícula de tu hermana.

—Sí, ese es el problema, que les he hipotecado la casa. Ahora tengo miedo de que acaben en la calle por mi culpa.

Me di cuenta de que ni siquiera se trataba del dinero, sino de cómo mi antigua agencia de modelos pisoteaba ahora mi reputación. En el lado opuesto de la barra, me fijé en tres chicas. Una era rubia y hablaba, mientras que las otras dos, de pelo oscuro, la escuchaban. Las rubias siempre tienen que ser el centro de atención y hablan sin parar. No había conocido a ninguna chica rubia tranquila, todas eran hiperactivas. Inhalé, intentando alejar mis pensamientos de mis problemas.

—Ya nos ocuparemos de eso. ¿Por qué no me lo dijiste enseguida? —Michael negó con la cabeza—. Será más difícil con ellos que en los tribunales con la agencia. Ellos no cumplen la ley y yo no conozco sus normas. Y aquí, amigo, lo siento, no puedo meterme en esa mierda. Soy un agente de la justicia. Lo perderé todo si me descubren con esos tipos.

—No te lo estoy pidiendo. Solo te hago saber en qué lío me he metido. En aquel momento, pensé que el dinero era más importante que cualquier otra cosa. El dinero tiende a acabarse rápido.

—¿Te tiras a la hermana de ese famoso? —preguntó Michael al notar mi mirada.

—Sí, ella me dejó casi en cuanto se enteró de que tenía problemas. Una zorra cualquiera. Todas las mujeres son corruptas.

Sonreí. En realidad, no me importaba. No pensaba hacer nada más allá de acostarme con ella. Me había arrastrado a todo tipo de fiestas y las fotos salían sin querer en la prensa rosa.

—Cuando empezó la situación, ella y su hermano no cogían el teléfono. Luego, cuando se dio cuenta de que yo no era una fiesta rentable, desapareció del todo.

—Sí, aquí no hay nada que esperar —asintió Michael.

—Sí, solo hay sexo. La cama era lo único que teníamos en común todo este tiempo, ningún interés común aparte de la fiesta.

—Parece bastante tiempo para evaporarse así. Se llamaba Naomi, ¿no?

—Sí, Naomi.

Volví a mirar hacia las chicas. Estaban levantando sus chupitos y, naturalmente, la chica rubia decía algo y las otras chicas la saludaban con la cabeza.

—¿Quizá te gustaría conocerme? —Michael asintió con la cabeza hacia las chicas—. ¿Divertirnos un poco?

—No, gracias. Ya me he desviado —dije, señalando mis bolsillos y apartando la mirada de las chicas.

—¡Qué ruidoso tienes que ser! Mañana tengo que empaquetar las cajas e ir al aeropuerto. Quiero presentarme de buena manera —me pasé la mano por la cara—. ¿Se lo están creyendo, verdad?

—Sí, la situación...

No terminó de hablar. Al otro lado se oían gritos. Desplacé la mirada hacia allí; eran las mismas chicas. Dos hombres enormes se acercaron a ellas y les imponían algo en silencio. La rubia y otra les gritaban que retrocedieran. Estaba claro por los gestos. Uno de los grandullones cogió a la rubia bajo el brazo y le abrió paso. Ella se resistió. El otro cogió a una de las morenas del jersey rosa por debajo de la axila y a la otra por debajo del codo. No se resistieron tanto como la primera.

Aquello no ocurría por voluntad de las chicas. No podía contemplarlo con calma. Miré alrededor del bar, buscando a los guardias. Pero, como de costumbre, no había ninguno cuando se necesitaba. Nadie quería interferir. Todos apartaban la mirada. Miré a Michael. Negó con la cabeza.

Me levanté y los seguí. Los chicos de la mesa me miraron y dos de ellos se levantaron de un salto y vinieron hacia mí. Yo solo quería hablar y explicarles a esos maleducados que las chicas no querían ir con ellos. Parecía que la conversación no iba a terminar.

Alcancé a uno que iba con las dos morenas y le toqué el hombro.

—Querido, las chicas no quieren ir contigo.

—Eso no es asunto tuyo, honorable —replicó bruscamente, enfatizando "querido" y continuó su camino.

Las chicas empezaron a resistirse más, gritando "¡Socorro!" Finalmente, la rubia consiguió liberarse y meter al grandullón entre sus piernas. Yo también agarré por el codo al grandullón de las morenas.

Se dio la vuelta y me miró. Soltaron bruscamente a las chicas y se alejaron. Por un momento, perdí de vista a mi oponente. E inmediatamente perdí el equilibrio por el impacto.

—No me apetecía mucho, rubita. Toma —dijo el grandullón, inclinándose hacia mí, aun con ganas de golpearme. Me cubrí la cara con las manos. El primero se acercó y le agarró el codo.

—Deja esa paloma.

Me levanté de un salto, me sacudí y di un paso atrás hacia Michael. Los demás le dieron la espalda y salieron del pasillo. Sentí que me ardía la mejilla derecha. Pedí hielo al camarero.

Michael cacareaba como una gallina, pero yo no oía lo que decía. ¿Quizá estaba sordo?

—¿Va todo bien? ¿Me oyes?

—Sí, estoy bien. Quiero decir, no bien, ¡pero te oigo!

Intenté sonreír, pero un dolor agudo me atravesó el costado derecho. ¡Menudo puñetazo! Intenté buscar a las chicas con la mirada para asegurarme de que estaban bien.

—Se han ido. Huyeron, por así decirlo. La rubia se precipitó hacia ti, pero las otras la apartaron.

—Odio a las rubias.

El camarero trajo hielo y se sacudió la cabeza.

—No es la primera vez que esas dos provocan un desenfreno aquí. Parece que solo se divierten.

—¡Putas! No podía soportarlo más. Tengo trabajo dentro de dos días, ¿qué le voy a decir a esa asquerosa agencia?

—Nada. Defendiendo a las chicas —dijo Michael.

—Michael, gracias. Tenías razón como siempre, pero no te hice caso. Igual que antes, cuando tenía que elegir profesión. Ahora estaría sentado en una acogedora oficina, ordenando papeles.

—Vaya, eres un colega. ¿Crees que estoy revisando papeles? —dijo con una nota malhumorada.

—Claro que no, lo siento.

—Bueno, eres un colega. Antes tenías un mil por ciento de confianza. ¿Qué te pasa ahora?

—¡Qué confianza! Mira, me mudo a otra ciudad completamente al cuidado de una agencia. Y con un ojo morado, ¿qué clase de espectáculos puedo hacer y trabajar? Puede que incluso me pongan en la calle el primer día. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Me tienes a mí. Trae tus cajas de cosas, puedo guardarlas en el garaje, así no tendrás que pagar el alquiler del contenedor.

Michael tenía razón, como siempre. Desvié la mirada hacia el camarero. Se encogió de hombros.

—Las bebidas van por cuenta de la casa.

—Yo no bebo. Gracias.

Me dirigí hacia el lavabo. Allí me miré en el espejo. Juré algunas palabras no muy buenas. "¿Qué hacer?",

El moratón me iba a salir enorme. Volví al bar y Michael me palmeó el hombro.

—Te vas a poner mejor. Es una nueva vida en Los Ángeles, hay leyes diferentes, normas diferentes. Quizá esos tipos malos se te quiten de encima. Bueno, si no lo hacen, te lo ganarás y se lo devolverás. Pero no pierdas la confianza en ti mismo. Ahora es muy importante en tu profesión.

—Hablas como mi abuela.

—No veo nada malo en ello.

Me reí y miré alrededor de la mesa donde estaban sentados los demás. Ni una sola persona con la que me hubiera cruzado en los últimos cinco años. Todos me parecían caricaturas de mi otra y despreocupada vida universitaria. Se acordaban de mí, muchos me habían estado siguiendo todo este tiempo. Roxy incluso estaba confeccionando un álbum de recortes con carteles de revistas y periódicos y hoy me lo ha traído. Era bonito recordar.

—Sí, voy a Los Ángeles. Y ya veremos qué pasa allí. Sea lo que sea. La vida no siempre es un completo desastre. Gracias, colega.

—¡Eso es! Quizás L.A. sea tu ciudad.

Asentí, aunque no estaba muy seguro. Michael siempre sabía cómo levantarme el ánimo. Nos unimos de nuevo a nuestros amigos en la mesa. La música seguía alta y la conversación giraba en torno a anécdotas de nuestros días en la universidad.

—¿Recuerdas aquella vez que casi nos expulsan por organizar esa fiesta en el tejado? —dijo Roxy, riéndose.

—¿Cómo olvidarlo? —respondí, sonriendo. —Eso fue una locura.

La noche continuó con risas y recuerdos. Por un momento, olvidé mis problemas y me dejé llevar por la camaradería. Sin embargo, en el fondo, sabía que el verdadero desafío comenzaría en Los Ángeles.

—Es hora de irme —dije, levantándome—. Mañana tengo que empacar y prepararme para el viaje.

—Nos veremos en la próxima aventura, amigo —dijo Michael, abrazándome.

Salí del bar y respiré profundamente el aire fresco de la noche. Caminé de regreso a mi apartamento, sintiendo una mezcla de nerviosismo y anticipación. Tenía una nueva oportunidad delante de mí y no iba a desperdiciarla.

5. Lauren y Brianna



Las paredes blancas del hospital reflejaban mi estado. Tan pálidas y frías como mis manos. La zona de recepción olía a alcohol y medicamentos. No había tanta gente. Realmente, no sabía si era normal. Hacía mucho que no iba a un hospital. Todo esto me producía nostalgia y recuerdos.

Ya me habían vendado la pierna. Antes de hacerlo, la enfermera le dio un fuerte tirón. Tenía la pierna hinchada, pero no tanto como me dolía. Vi a Brianna en la puerta de entrada, hablando con la recepcionista. Levanté la mano para que me viera. Sonrió y vino hacia mí.

—Lauren, cariño, ¿estás bien? ¿Qué te ha pasado? Estaba muy preocupada mientras conducíamos. Christopher no podía quedarse, tenía que ir al estudio enseguida.

Balbuceaba de una forma que ni siquiera podía empezar a explicar.

—Si me das un minuto, te lo cuento todo.

Brianna llevaba el pelo suelto y un vestido de flores que le cubría del cuello a los pies. Su barriga ya se notaba bastante. Sonreí.

—¿Qué se te nota? —preguntó, ruborizándose.

—¿Qué te ha pasado? ¿Cómo ocurrió?

Me senté con la pierna vendada y me encogí de hombros, intentando no llorar.

—No pasa nada. Resbalé en el baño y caí mal.

—¿Va todo bien? —señaló mi pierna y, emocionada, empezó a hablar de prisa—. ¿Has llamado al trabajo? ¿Robert lo sabe ya? ¿Tienes la pierna rota?

—Está bien.

Si no la interrumpía, tendría que responder a todas las preguntas sin importancia que vagaban por su cabeza emocional de embarazada. Y me costaba concentrarme porque la anestesia ya

empezaba a hacer efecto.

—Cálmate, Brianna. No pasa nada. Solo tengo un esguince en el ligamento del tobillo. También me golpeé un poco la cabeza y tengo un moratón en el codo.

—Ahora mismo no puedes modelar. ¡Ay!

Pensó que esas palabras me ofenderían y se ruborizó aún más.

—Sí, no tengo ningún deseo de hacerlo, ya lo sabes. Ahora esperaremos los resultados de algunas pruebas. Y luego... ¿Me llevarás a casa?

—¡Sí, por supuesto!

—Sigo mareada por la medicación, tengo miedo de desmayarme otra vez. Y no quiero estar sola así. Estoy bien.

Suspiré, recordando mi conversación con Robert. Después, fui al baño y ocurrió el incidente. Tenía la pequeña esperanza de que otra persona se ocupara de nuestro nuevo modelo. Llamé enseguida a Robert. No pudo hablar mucho, solo me dijo que le mantuviera informado. Si era necesario, enviaría a alguien para que me ayudara.

—Resbalé, me caí de la bañera, me enganché en la cortina y, al salir, el pie no se me desalineó tanto como para desplomarme.

Me reí de la situación, no a propósito.

—¡Vaya! Veo que mi Lauren está bien. No me di cuenta, Chris me dijo que estabas en el hospital y que me recogería de camino. Luego estuvo todo el camino hablando con el cliente, no me supo explicar. ¿Te lo puedes creer?

Brianna hizo un mohín y giró la cabeza.

—Oh, hombres. Sí, lo entiendo, debías estar muy estresada. ¿Cómo está, Chris? ¿Va todo bien?

Tenía muchas ganas de que me contara cosas para no pensar en mi próximo trabajo y en los planes que se habían venido abajo.

—Sí, todo fue fantástico. Como un cuento de hadas. ¿Y tú? ¿Cómo va la inauguración de tu agencia de formación de modelos?

—¡Aplazada! —dije con calma, dándome cuenta de que no podía hacer nada ahora mismo.

—¿Otra vez? ¿Cuántas veces puedes hacerlo? ¿Qué pasa esta vez?

No me había dado cuenta de que Brianna estaba tan preocupada por mí. Nunca lo demostraba, y ahora estaba resentida. Probablemente por el embarazo.

—¡Sebastián! —le contesté apresuradamente, queriendo cambiar de tema. Para mi alivio, mi médico salió con los resultados. Pero Brianna tuvo tiempo para hacer una pregunta.

—¿Quién?

—¿Lauren Brown? —La mirada del médico se dirigió a mí, luego pasó a Brianna, bajó sobre su estómago y luego volvió a mí. El médico tenía unos cincuenta años, era alto y delgado. Me entregó una radiografía de mi pierna y otros papeles.

—Hoy tienes que descansar. Durante la próxima semana, procura no forzar demasiado la pierna. Está torcida y los ligamentos tardarán un mes en recuperarse. Puedes volver dentro de una semana. Pero no lo hagas, lo más importante es no cargar la pierna con esfuerzos físicos.

Dijo todo esto en tono profesional y volvió a mirar fijamente a Brianna.

—¿Puedo andar? ¿Qué quieres decir con no hacer ejercicio? ¿Ni bailar ni hacer ejercicio?

Desvió la mirada hacia mí.

—Pásate a verme dentro de una semana. He anotado lo que debes hacer; pásate por la farmacia. Las actividades físicas son yoga, bailar, correr.

—Yo no corro —dijo con fastidio.

—Andar está bien, pero no durante mucho tiempo. Tampoco es aconsejable estar completamente inmóvil. Contrólalo, es tu pierna.

Volvió a mirar a Brianna. Asintió y se marchó. Brianna estaba extrañamente callada.

—De acuerdo. Brianna, vámonos de aquí. Estas paredes me ponen triste.

Brianna pareció salir de su aturdimiento y me miró fijamente.

—¿Quién es Sebastián?

—Vale. Ahora te lo contaré todo, pero déjame salir de aquí. En realidad, tu Robertini favorito volvió a convencerme.

—¡Claro que sí! En realidad, Robertini es tu favorito.

Nos reímos y salimos del hospital. Yo me apoyaba un poco en la pierna herida, no sentía dolor, pero la molestia era evidente.

En la entrada respiré a pleno pulmón el aire de la calle. Me sentía relajada, probablemente por todas las inyecciones que me habían puesto. Debía dar gracias a Dios por estar viva, porque no me había ocurrido nada más grave que un simple esguince.

Brianna caminaba conmigo y charlaba de nuevo, hablándome de clases de maternidad, piscinas de maternidad y otras cosas de maternidad. Su voz me hizo sentir más cálida y tranquila. Pensé que me esperaban flores en casa.

El taxi llegó muy deprisa. Me dirigí hacia él y Brianna me abrió la puerta.

—¡Vaya! Ahora cuéntame.

No entendía de qué estaba hablando. ¿De peonías?

—¿Quién es Sebastián?

Brianna me escuchó atentamente sin interrumpirme. Cuando terminé, exhalé.

—Bueno, no todos los modelos son egoístas e idiotas. ¿Quizá este sea diferente? Sobre todo uno de Nueva York. Como Chris —dijo Brianna, queriendo defender al pobre héroe de la historia de Nueva York. Al hacerlo, suspiró soñadoramente. Seguía enamorada como una colegiala de su Chris.

—No, tu Chris es diferente. En primer lugar, no es un modelo. En segundo lugar, todas las modelos son egoístas, solo que algunas lo ocultan bien. No compares a tu Chris, recuerda que estuvo en la guerra, la disciplina y demás. Vio mucho y lo consiguió todo por sí mismo.

Sí, para mí Chris era el ideal de todos los hombres, sobre todo cuando llegué a conocerlo mejor en casa. Es difícil equiparar al resto de nosotros con él. Pero había algo en él que no encajaba conmigo. No sabía muy bien qué era... Pero Brianna era perfecta para él. Quizá estaban hechos el uno para el otro. La forma en que ella ha florecido bajo él, la transformación que he visto.

—Quizá vosotros dos podríais trabajar juntos —seguía diciendo Brianna.

—¡Quizá! Me da igual. Todas esas top models tienen personalidades odiosas, o son borrachos, drogadictos o gays. Aunque Robert ha confirmado que este no lo es. Si no, se ocuparía de él personalmente.

La risita de Brianna se extendió hasta mí, e incluso nuestro serio conductor sonrió. Sonó el teléfono y Brianna se apresuró. Rebuscó en su bolso. Efectivamente, era el mismísimo ídolo del corazón de Brianna, Chris. Empezó a contarle todo lo que me había pasado dentro y fuera del hospital.

Apoyé la frente en el cristal y contemplé el paisaje. Con el cerebro derretido por las drogas, me pregunté qué clase de relación tenían Brianna y Chris. Normalmente, dicen que se llega allí después de muchos años y hacen falta grandes pruebas, objetivos compartidos y dificultades. Pero ellos no tenían ese endurecimiento, lo tenían desde el principio, como si ya hubieran superado en otra vida la prueba de la lealtad y la fiabilidad.

Mirando más allá del taxi, no me fijé en ningún objeto, todo parecía inundado de sol. Tal vez estaba cayendo en una especie de sueño despierto.

6. Sebastián



Sentado en la abarrotada terminal del aeropuerto, me sentía nervioso. Me quité las gafas de sol, las limpié y me las volví a poner. Iba camino a una entrevista y, con suerte, a un nuevo trabajo. Suspiré, recordando el incidente de ayer con las ambulancias. Mucho estaba en juego en esta pequeña agencia: era como empezar de nuevo. Me había pasado un mes preparándome y lo último que quería era estropearlo.

Me removí en el asiento y observé a la chica frente a mí. Era alta, con el pelo castaño. Al sentir mi mirada, levantó la cabeza de su libro y nos encontramos con la mirada. La reconocí. Era una de las chicas del bar de anoche. Me sentí avergonzado, pero enseguida volví a ponerme las gafas. Cuando volvió a mirarme, ya estaba decidido.

—Hola. Soy Sebastián —dije con una sonrisa.

—Yo soy Naomi. Hola.

Después de conocer su nombre, no quise continuar la conversación. Otra Naomi en mi vida no era lo que necesitaba, pero la chica sonrió dulcemente. Mis nervios se calmaron un poco con el intercambio de sonrisas. Me senté a su lado y charlamos unos minutos sobre nuestros destinos y motivos.

Cuando anunciaron mi vuelo, me emocioné. Antes de salir, le di un papelito con mi número de teléfono escrito. No sabía por qué lo hacía.

—Aquí tienes mi número —le dije—. Por si estás en Los Ángeles y quieres tomar una copa o algo...

¡Maldita sea! ¿Cómo iba a decir otra cosa? La chica casi se desmayó ante mi atención. No la conocía de nada y su nombre me repugnaba. Dios, ¿qué estaba haciendo? Finalmente, alargó la mano y tomó el papel. No me molestó en absoluto, era demasiado callada y tímida.

Mientras bajaba por la pasarela, no entendía por qué me había acercado a ella. Me esperaba una vida completamente distinta, una vida bajo mi control, no en manos de una agencia codiciosa. Las seis horas y media de vuelo se hicieron eternas. Quería una ducha rápida y desconectar el cerebro. Mis situaciones de los últimos seis meses se repetían sin parar. ¿Cómo pude firmar ese contrato sin leerlo? ¿Cómo salgo de esta situación con los malos? ¿Cómo agradezco a Michael su ayuda? ¿Qué pasará si la agencia ve el moratón en mi cara y se niega a trabajar conmigo?

Michael me ofreció ayuda con los gastos, pero no pude aceptarla. Tiene una mujer embarazada y más responsabilidades. Además, mi caso fue gratis. Michael lo hacía en su tiempo libre. "Tengo que hacer averiguaciones, negociar con la agencia idiota, preparar el juicio", me dijo.

Todos estos pensamientos me mantuvieron despierto en el avión. Al recibir mi equipaje, mis nervios estaban a flor de piel. Un representante de la agencia iba a recibirme, y tenía que mostrar mi mejor cara. Al menos, ser educado.

7. Sebastián



Cuando el sol se puso tras la bulliciosa ciudad, salí a toda prisa, con la bolsa del gimnasio en una mano y la maleta en la otra. Me envolvió el aire cálido, el olor del océano. Nunca había estado en Los Ángeles, pero el ambiente me resultaba familiar, como si ya hubiera estado aquí antes.

Esperé a que llegara mi equipaje: mi maleta fue la última en salir. Además, me perdí y me fui en la dirección contraria. No quería hacer esperar mucho a mi nuevo socio potencial. Así me lo explicaron en la agencia por teléfono.

Al acercarme a la cafetería donde habíamos quedado, solo vi a una mujer sentada en una mesa en el exterior. Golpeaba impacientemente la mesa y tenía la mirada fija en el teléfono. No había nadie más a la vista. Me sorprendió ver que la socia era una chica, una chica guapa. Diablos, ¡una rubia! Sonreí. Al acercarme, enganché una silla con el borde de mi bolso, y se oyó un ruido de raspado. La chica levantó la vista hacia mí.

Sin quitarme las gafas, me acerqué a ella sonriendo. Pero enseguida me di cuenta de que mi sonrisa profesional no le impresionaba. Parecía impaciente, con una mirada fría y evaluadora.

—Soy Sebastián.

—Lo sé —dijo bruscamente, mirando su teléfono.

Levantó la vista cuando le tendí la mano y aceptó mis disculpas por llegar tarde. Sus ojos brillaban, atravesándome. ¿Con frialdad? No, así la percibí, como una enemiga.

—Tu coche aún no está listo. Así que cogeremos un taxi. Yo tampoco sé conducir. ¿Qué tal el vuelo?

Interrumpió mis pensamientos con su voz tranquila, aunque me parecía que forzaba esas palabras amables. ¡Qué raro! ¡Una rubia tranquila! O quizá aún no la conocía.

—Me llamo Lauren. Hasta que se firme el contrato, estoy a tu disposición. Y tú estás a mis órdenes. Siéntate.

Sonreí para mis adentros. Me lo decía con un tono profesional, seguro y tranquilo. Me pregunté si la agencia había enviado a esta chica a propósito, como una prueba.

Lauren me dirigió una mirada desdeñosa.

—Te he pedido un café. Y... ¡quítate las gafas!

Me quité las gafas lentamente, sin intentar esconder el moratón en mi cara. Cuando vio la mancha borrosa de color marrón azulado debajo de mi ojo, soltó una risita. No preguntó nada. Solo le dije la respuesta que tenía en la cabeza. El silencio se prolongó. Habría sido mejor que comentara algo.

Para distraerme, empecé a mirarla fijamente. Llevaba un vestido de tirantes de color lila claro, el pelo brillante le caía suavemente sobre los hombros. El olor de un perfume caro y familiar me devolvió a la época de mi triunfo.

—Es un color precioso, como el de tus ojos —dijo, señalando mi muñeca envuelta en un pañuelo azul claro.

Lauren bajó la vista y yo sonreí para mis adentros. Creo que la había ruborizado. Trajeron el café y aproveché el momento para volver a ponerme las gafas. Frente a mí estaba sentada ella, una mujer rubia con un lunar sobre el labio. No ocultaba su moratón bajo una capa de maquillaje. La fulminé con la mirada, inclinándome ligeramente hacia ella. Hermosa, pero fría.

Lauren apartó la mirada y se levantó. Apareció un taxi. Me levanté de un salto, como si me despertara. Solo era mi agente personal. Tengo que tener más cuidado.

—Lo siento, una limusina no —dijo.

No supe si lo decía con sarcasmo o en serio. Lauren se dirigió hacia el taxi sin mirar su vestido largo. Se notaba que tenía unas piernas impresionantes. Pero me fijé en el vendaje de su pierna derecha y cómo cojeaba.

—Debes estar cansada —dijo en voz muy baja. Toda mi tensión desapareció; su tono me pareció familiar. No respondí, mi mirada estaba fija en su trasero.

—¿Y bien? ¿Lo has pensado todo? —dijo suavemente, girando ligeramente la cabeza. Me atraganté. Quise murmurar algo, pero ella continuó:

—Me sentaré detrás. Me resulta más fácil —señaló su pierna con la cabeza—. Ahora te quedarás en el hotel. Luego nos veremos. Si tienes alguna petición más allá del jinete oficial, puedes contactarme directamente. No importará si lo pides oficialmente o me lo dices a mí.

—De acuerdo. Entendido. ¿Y la pierna?

¿Estaba avergonzada? ¿Ruborizada? Lauren se rió.

—Tesoro, ya te lo contaré. Es una larga historia.

—Me encantan las historias largas —dije, entusiasmado. Me llamó "tesoro". ¡Qué bien! La ayudé a sentarse en el asiento trasero y le toqué ligeramente el brazo. Era suave y flexible. Me pregunté si impresionaba a todo el mundo igual.

—Bien —volvió a reírse—. Es muy trivial. Me caí en la bañera. Eso es todo.

—Y dijiste que era una larga historia.

Estaba satisfecho de haber conseguido una simple conversación.

—¿Borracha? —Quise hacerla reír, y creo que lo conseguí.

Lauren sonreía ligeramente.

—Ahora no. Pero aquel día no me reía.

Hablamos de otras cosas, un poco de trabajo. Pero tenía toda la información en mi correo electrónico. Mañana nos veríamos en la agencia, y me mostraría en acción. El recordatorio me puso tenso de nuevo. Era como la primera vez que tenía que demostrar mi valía. Y ese moratón.

Lauren desprendía un aire de confianza e intocabilidad. Por alguna razón, quería tocarla una y otra vez. El taxi se detuvo frente a un hotel de lujo. No presté atención al nombre, pero el chico del portero subió corriendo por mi maleta y mi bolsa del gimnasio. Impresionante. Por primera vez en seis meses, me sentí seguro de mí mismo. No me habían echado por un moratón, tendría a una chica guapa —Lauren— y un buen hotel. Me despedí, me di la vuelta y susurré su nombre: Lauren. Sonreí, justificando que solo quería recordar su nombre.

8. Lauren



Me senté frente a mi compañero Robert, sorbiendo mi café. Fijé mis ojos en él y le pedí que me hablara de Sebastián. Necesitábamos estar preparados para las consecuencias. ¡No es de fiar!

Los obreros preparaban el set, colocando luces y equipos. Por dentro, estaba indignada, pero por fuera me mantenía tranquila. El aire fresco del aire acondicionado mantenía a todos en el estudio cómodos.

—Sabes, Robert, cuando conocí a Sebastián en el aeropuerto, pensé que estaba completo en todos los sentidos. No iba vestido tan impecablemente, por todas las sumas que me dijiste. Es un poco cutre. Además, mira por encima del hombro a todos los que le rodean. ¿Estás seguro de que deberíamos apostararlo todo por él? ¿Y no buscar en otra parte? Si es igual que los demás, desaparecerá. Y estaremos aún más jodidos. No nos sirve para nada.

Robert sonrió. Mi monólogo podría haber durado más, pero me detuve.

—Tienes razón, Lauren. Siempre hay un riesgo. Me alegro de que nos des una oportunidad. Es muy especial para nosotros. Y sí, lo apostamos todo por él. ¿Estás segura de que no te gusta?

Suspiró un poco. Yo seguí expresando mi disgusto por Sebastián. No quería perder el tiempo en un proyecto vacío.

—Míralo... Tiene un ojo morado.

Señalé hacia el set, donde Sebastián se estaba maquillando.

—¿Y qué? ¿Quién no tiene un problema pequeño? Pero mira cómo le brillan los ojos y cómo tiene el culo. Va a conquistar el mundo. Y te encantará. Dale tiempo.

—Llega una hora tarde. ¿Estuvo todo el tiempo en el aeropuerto? A lo mejor estaba buscando droga.

—Y además es educado con todo el mundo. ¿Qué más necesitas? ¿O sigues cabreada porque tu escuela no abrió por su culpa? ¿O te duele la pierna?

Robert siguió enumerando todos sus aspectos positivos. Me miró, y me di cuenta tarde de que había captado mi mirada escrutando a Sebastián más de cerca de lo habitual. "Mierda", me sonrojé.

—Sí...

Quería volver a atacar verbalmente a Sebastián, pero me di cuenta de que aún tenía pintura en la cara. Si decía algo más, Robert podría hacerse una idea equivocada. Tenía que convertir esto en una broma.

—¿Qué? ¿Ya te gusta? Te dejaré acostarte con él, para que lo pruebes. Luego me dirás cómo te va.

Quería darle un puñetazo a Robert, pero solo se me congeló una sonrisa en la cara. El aire frío empezó a salir por mis ojos. ¿Qué está diciendo? Tragué aire por las fosas nasales, intentando que Robert no se diera cuenta.

—De ninguna manera, no me gustan esos modelitos, y además es... ¡Robertini!

Me reí, ensuciándome aún más. Robert me miraba fijamente.

—Lauren, te conozco bien. ¿Lo has olvidado?

—No. No me gusta. Es un idiota, como todas las modelos.

Robert tarareó en respuesta y el brillo de sus ojos mostró su curiosidad.

—Olvidas que tú también fuiste modelo. Y creo que es de tu tipo. Moderadamente enjuto, moderadamente musculoso, no desgarrado...

No sabía qué decir. Mis ojos necesitaban fijarse en algo, pero, aparte de Sebastián, no querían detenerse en ningún sitio.

—¿Todo gira en torno al sexo y las relaciones?

Entornó los ojos hacia mí. Luego miró a Sebastián.

—Todo el mundo se basa en el sexo. Si tuviste una relación con una modelo y luego no funcionó... No significa nada —suspiró.

—¡Robert!

—Cariño, haz lo que quieras. Eres adulta, se te permite todo. Lo único es que tiene que firmar un contrato con nosotros. Como quieras, hazlo. Venga, hazlo con él. Voy a reunirme con Chris. Está haciendo la carpeta de presentación en nuestro estudio.

Robert se levantó y se dirigió a la salida. Miré en dirección a Sebastián y me di la vuelta. Bueno, aquí viene Chris a hacerle la sesión de fotos. Tanto honor para ese modelo rodante. Sí,

tenía que admitirlo, había leído toda la información sobre él en Internet. Me retorcí en la silla.

Recordé cuando estaba a punto de ir al aeropuerto a conocer nuestra nueva modelo. No sé por qué, pero mi mirada se posó en el pañuelo azul brillante que Brianna me había regalado el día de mi compromiso. Combinaba perfectamente con mi vestido de hoy. Me lo enrollé en el brazo.

Hoy me volví a poner este pañuelo como pulsera y jugueteaba con él en la mano. Vale, tengo que concentrarme.

Se suponía que mi escuela iba a abrir hoy. En lugar de eso, estoy siguiendo a Sebastián y diciéndole qué tipo de horario tiene planeado para mí y para él. Y creo que nunca me escucha. Así que hablo varias veces. Y me dice que lo ha memorizado todo desde la primera vez. Es increíble, ¿me corrige si me equivoco en algún punto? Me miré la pierna y suspiré.

En el aeropuerto, cuando lo conocí, los analgésicos me habían hecho mucho daño. Entonces había querido dormir y no moverme. Y él se había retrasado. Cuando se acercó a mí, estaba relajada. Tenía poco control sobre todo. Combinaba lo incongruente. No tenía ningún control sobre la situación.

Le pedí que se quitara las gafas, muy grosero por mi parte. Pero cuando se las quitó, vi, sí y no, primero sus ojos plateados y luego ese enorme moratón que tenía a mitad de la cara.

Desde ayer, me molesta que actúe como si fuera el dueño del mundo. Narcisista, cínico y tantos otros sinónimos que podría usar para describirlo. Y es obvio que intenta complacer a todo el mundo. Responde educada y cortésmente a todos, lo que me cabrea aún más. Aunque conmigo se mostraba reservado, lo que al principio me parecía bien. Y luego están sus tocamientos. Eso también me cabreó.

Recordé cuando subimos al coche en el aeropuerto. Me ayudó. Sus tocamientos en mi brazo fueron muy evidentes y más que sensibles. Entonces me pinchó con pequeñas agujas por todo el cuerpo. Tengo que reconocerlo. Entonces había encontrado una explicación: tal vez fueran las pastillas. ¿Y ahora?

Sebastián se levantó de detrás del espejo y caminó hacia mí. Me preocupé, sentí que mi corazón se aceleraba. No reaccioné así ante él. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Robert tiene razón? Me gusta.

—¡Estoy listo!

Con esas palabras, Sebastián se acercó a mí, girándose hacia mi lado, donde pude ver claramente su moratón borroso de ayer. Se levantó inclinándose ligeramente hacia mí y yo me incorporé.

—¿Disfrazado? —intenté responder amablemente, recordando las palabras de Rob sobre lo importante que era para nosotros.

—Sí, un gran experto en ello, tu amo. Gracias por la oportunidad.

—¡De nada!

Asentí. No, él debería conocer su lugar.

—Normalmente, no dejamos que nadie se presente en nuestra puerta con este aspecto. Pero tú eres nuestra excepción.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

Quise decir "de nada" otra vez, pero me contuve. ¿Por qué? A su lado, no me apetecía ser amable y complacerlo. Pero me sobrepuse: a las modelos les encantan los cumplidos.

—¿Listo para trabajar? Un fotógrafo de primera está de camino. Por favor, no me falles.

—¿Eso no es un portafolio? ¿O algo más?

Por la expresión de su cara, te diste cuenta de que se estaba poniendo tenso. Le salió un pequeño hoyuelo en la parte derecha de los pómulos. Aún no entiendo de qué va esto, pero tengo que suavizar las cosas.

—Sí, esta es tu tarea en nuestra empresa. Hoy has firmado el documento. ¿Lo has leído?

—Sí, lo leí. Pero la realidad es distinta de los contratos escritos.

Era evidente que se sentía incómodo hablando de esto. Sus pómulos se tensaron aún más en sus mejillas, acentuando su contorno ya de por sí perfecto. Le toqué el brazo, intentando tranquilizarlo.

—No te preocupes. Te pondré al corriente de todo. Lo principal ahora es el trabajo. Hoy no hay mucho trabajo, pero mañana tendrás que esforzarte mucho. Han encargado a una morena. Y tú eres rubio.

Mi mano se acercó a su cabeza para frotarla amistosamente. Sebastián se tensó. Aparté la mano involuntariamente. Él se relajó. Lo miré a los ojos espejados y me di cuenta de que era perfecto. Pero, según mi experiencia, es de los perfectos de los que más hay que cuidarse.

—Puedo cambiar el color. No hay problema —dijo fácilmente y sin coacción.

Mi ceja se arqueó hacia arriba. Me quedé pensativa un momento. ¡Y tonta! Luego alcé los ojos hacia Sebastián, imaginándolo moreno. ¡Tal vez! Pero mejor que no. Es bueno que sea un rubio ceniza. Es el mismo color que el de Briana, muy raro. Normalmente, los modelos rara vez aceptan cambiar cuando ya hay cierto nivel. Y tenemos que mantener ese nivel. Me di cuenta de que seguía mirándolo y él a mí. Su sonrisa se ensanchó aún más, entonces aparté la mirada.

¡Cretino arrogante!, pensé. Pero por alguna razón, se me puso la piel de gallina y él siguió mirándome. Un poco más y empezaría a moverme nerviosamente en mi silla, lo que sería completamente inaceptable.

—¿Cómo tienes la pierna?

Su voz reflejaba una sensación de inquietud. Y luego lo añadí a mis adentros. A todo el mundo le gustan sus movimientos. ¿Qué me pasa hoy? Sentí calor en mis mejillas.

—Así está mejor. Hoy es el primer día sin analgésicos.

—Me alegro. Date un par de días más y se te pasará.

Lo miré y me devolvió un pequeño guiño, haciéndome sentir que él controlaba la situación. Entonces vi que Robert y Christopher se acercaban a nuestra mesa. Lo tomé como mi salvación.

—Ese es nuestro tesoro, Sebastián —señaló Robert a Sebastián y Chris le tendió la mano.

—¡Christopher! Puedes llamarme Chris. Hola Lauren, ¿cómo estás? Brianna quería venir, pero no ha podido. Ya sabes...

Chris hizo la mímica con una barriga redonda y se encogió de hombros. Luego volvió hacia Sebastián.

—Lo siento. Aquí todos somos como una gran familia.

—Sí, todo está bien. Incluso me gusta mucho, quizá yo también forme parte de ella.

Sebastián me miró por alguna razón. Asentí con retraso y giré la cabeza entre Chris y Sebastián. Me dio la impresión de que todos se conocían desde hacía mucho tiempo, como una reunión de parientes que hacía tiempo no se veían. De reojo, capté la mirada de Robert. Entrecerró los ojos y sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Eres ese Chris Carter. Me hace mucha ilusión trabajar contigo. He oído y leído mucho sobre ti.

Tarareé al oír la palabra "leído" de Sebastián. ¡Maldita sea! Otra vez me estoy delatando de que me importa ese pavo pomposo.

—Sí, soy Chris. Pero hoy no vamos a trabajar contigo, solo vamos a hacer una carpeta. ¿Qué lado tuyo es el del trabajo?

—Tiene todos los lados y partes trabajando —dijo Robertini, al menos con algunas palabras. Los tres se rieron.

—Suele ser el lado derecho, pero hoy no sé si funcionará —dijo Chris señalándose la cara y pasándose el dedo por el ojo derecho.

—No te preocupes por eso. Lo principal en el set, no pienses en ello, relájate. Nadie se dará cuenta. Vamos.

Se dirigieron al escenario. Robert miró con simpatía tras ellos y asintió.

—Veo que tu opinión está cambiando...

Respiré hondo, recordando aquel momento en que lo había conseguido. Pero no quería mostrárselo a Robert. No a él y no ahora. Casi me confesé a mí misma: ¡Sí! ¡Es adorable! Pero en voz alta, dije algo completamente distinto.

—No entiendo por qué es tan importante para nosotros. Si me lo explicaras un poco. Es un modelo normal y corriente. ¿Por qué todo el mundo se agita tanto por él? Incluso la agencia le da un coche especial, un deportivo. ¿Por qué? Y, según tengo entendido, últimamente no tenemos muchas finanzas de las que tirar.

—No voy a explicarte nada. Ocupate de tus asuntos y ya está. Por cierto, ¿cómo tienes la pierna?

—Robert, no cambies de tema.

Quería gritar de impotencia. Robert solo me miró sonriendo. Continué:

—Además, ya me lo preguntaste en cuanto llegué. Y me organizaste en esta mesa para que pudiera controlar todo el proceso sentado. Ah, sí, lo he buscado en Internet. No tiene la mejor reputación.

—Cariño, no cambies de tema. ¿Desde cuándo confías en Internet? Tú mismo has dicho que...

Robert se recompuso rápidamente y empezó con su habitual tono paternal.

—He visto que te gusta. Conozco tu opinión sobre tu próxima víctima. ¿No hemos pasado suficientes noches de borrachera juntos? No me provoques o se lo diré a todo el mundo.

Me hizo un gesto infantil con el dedo. Me hizo reír.

—Y sobre su reputación, eso no te concierne. En Internet, cualquiera puede escribir cualquier cosa. Lauren, no te reconozco.

Hizo una pausa para recuperar el aliento. Luego, casi susurró:

—Hazle sentir que es la persona más importante del mundo. Haz que se sienta bien con nosotros y ya está.

Me preparé para dar un pisotón, pero recordé que me dolía. Robert se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. No sé cómo lo hace, pero siempre se sale con la suya. Robert se fue al set, dejándome sola con mis preguntas. ¿Qué ven en él? La sonrisa encantadora, los ademanes amables. Empecé a repasar las cualidades reales que mostró Sebastián, y solo salieron cosas buenas. Ni una sola negativa. ¡Imbécil!

Empezó el trabajo. Y el set se congeló. Conociendo el estilo de Chris, nadie se movía durante el rodaje. Eso es lo primero. Y lo segundo, Sebastián, que realmente es un profesional, captó todas las miradas en la sala. Se movía sin que Chris se lo ordenara, como un animal salvaje

acechando a su presa, suavemente, sin prisas. Era como una danza lenta, un espectáculo hipnotizador. Y esto es solo una carpeta de trabajo. Creo que eso es un claro sí.

Fue como si me hubieran encendido. Empecé a darme cuenta de por qué era tan importante para nosotros. Me sentía atraída por él, una sensación de calor en el bajo vientre. Pensé que me gustaría que volviera a acercarse a mí cuando terminara el rodaje. Aunque yo misma podría acercarme a él.

Si me acostaba con él, ¿afectaría a la firma del contrato? Empecé a ahuyentar esos pensamientos. No sé qué se apoderó de mí. Pero el corazón me latía con fuerza y la cara me ardía. No tenía escapatoria.

Aparté la mirada del set. Quizá no debía mirarlo. Tal vez fuera la medicación. Busqué una excusa. Volví a mirar a Sebastián. Dios, estoy de acuerdo: es genial en lo que hace. Es el rey del mundo y todos los demás son como extras. Incluso Chris, que siempre destacaba con su cámara, era menos perceptible frente al fondo de Sebastián.

Sí, mis fantasías estaban desbocadas. Y cómo no iba a saberlo, alguien que estaba a punto de abrir su propia escuela. ¿Quién sabe con los primeros movimientos de un modelo cuánto dinero puede llegar a ingresar?

9. Lauren



Nunca pensé que volvería a fijarme en un modelo masculino. Pero Sebastián era diferente. Ese apuesto bastardo despertó en mí sentimientos olvidados: vergüenza, deseo, emociones incontrolables. Sentí como si lo hubiera conocido antes.

Cuando comenzó a trabajar, mi corazón saltó al verlo. Su piel ligeramente oscura, sus ojos y pelo rubios hacían que el contraste fuera aún más atractivo. No podía dejar de pensar en él. Era un profesional de alto nivel y había algo en él que me hipnotizaba. Tan guapo y seguro de sí mismo que a veces me avergonzaba su comportamiento.

Me quedé entre bastidores en el desfile de moda, observando sus tomas. Su pequeño camerino estaba abarrotado, así que me alejé. Me resultaba difícil estar en la misma habitación con Sebastián. Sentía que me faltaba el aire.

No parecía haber mucho que hacer, pero fue un gran esfuerzo llegar a un acuerdo con el diseñador para que Sebastián sustituyera a la modelo que nos había abandonado. El diseñador, conociéndolo desde hacía años, se tomó la situación con calma. Aceptó, aunque no rediseñaría toda la colección en una noche. Las tallas coincidían exactamente con las de nuestro guapo hombre.

Ayer, no pude estar en desacuerdo con Robert: Sebastián era genial en lo que hacía. Pero tenía un comportamiento extraño, educado y distante. Conmigo era diferente. Con Chris se comportaba como si fueran viejos conocidos. Quizás sea por ser ambos de Nueva York.

Se reían de algo en el set, pero cuando me acerqué, la energía se congeló. Preparé un café para Chris y otro para Sebastián. Ni siquiera me dio las gracias. ¡Idiota! Luego, sus cosas estaban por todo el estudio, como si ocupara todo el espacio. Me molestaba, pero me contuve.

Hoy ha sido diferente. Desde temprano, Sebastián me puso nerviosa. Me despertó su llamada, había olvidado la hora. ¡Dios mío! ¿Responsable? Sí, pero ¿a las seis de la mañana? Preferí mantenerme alejada.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, su mirada ardiente me hizo doblar las rodillas. No podía encontrar excusas. Observé cómo caminaba por la pasarela, mostrando su cuerpo cincelado. Sentí una oleada de atracción. Cuanto más me resistía, más me dominaban las emociones. Mi pecho palpitaba. La historia se repetía.

Sebastián salió con un smoking, parecía hecho para la alta sociedad. Cuando terminó y se dirigió a su camerino, nuestras miradas volvieron a cruzarse. Caminó muy cerca de mí y su encanto me envolvió. El calor de su cuerpo me dejó helada y él sonrió suavemente. Me ruboricé y me temblaron las piernas, aunque estaba sentada.

Decidí acercarme a él, demostrarme que toda mi atracción era una tontería. Cojeando, fui hacia el camerino. Mi corazón latía traicioneramente. Estaba solo. La habitación olía a perfumes y productos de belleza. Sus cosas abarrotaban el espacio.

Sebastián se sentó frente al espejo y me miró a través del reflejo. No apartó la mirada. Yo me quedé junto a la puerta, incapaz de pronunciar una palabra. Sentí cómo la tensión mutua crecía. Mi decisión de no cruzar la línea empezó a evaporarse.

El silencio a nuestro alrededor se rompía solo con la música y los aplausos al otro lado de la puerta. Corrientes eléctricas recorrían mi cuerpo. Sebastián se levantó y caminó hacia mí, con la camisa blanca desabrochada y el pantalón del smoking colgando de sus muslos. Mi mirada se posó allí.

Él me atrapó entre sus brazos y cerró la puerta con llave. Sebastián se acurrucó contra mi cuello, besándome con insistencia. Sus labios eran suaves y exigentes. Eché la cabeza hacia atrás, dándole la oportunidad. Temblaba de excitación, incapaz de resistirme.

Me miró a los ojos, pidiendo permiso. Asentí. Sus movimientos se volvieron suaves y delicados. Empezó por mis mejillas, mi frente y luego mis labios. Su lengua me penetró suavemente. Nos exploramos mutuamente. Mis exhalaciones eran demasiado fuertes para pasar desapercibidas. No me reconocía en esta situación. La cordura en mi interior se desvanecía con cada beso de Sebastián.

Sebastián me levantó y me llevó hasta su mesa de maquillaje. Le rodeé el cuello con los brazos. Disfruté del olor de su piel, de sus fuertes brazos. "Si quieres, puedo parar", susurró, mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

—No quiero. Por favor, no pares.

Me entregué. Me desmayé. No me resistí. Sebastián miró mi pierna herida y deslizó su dedo por el interior de mi muslo, suavemente. Piel con piel. Respiré convulsivamente. Piel de gallina se esparció por todo mi cuerpo.

Sebastián disfrutaba del juego. Su piel era más oscura que la mía, un contraste asombroso. Me agarré al borde de la mesa para no caerme. Con la otra mano, le froté el pelo despeinado.

Me tomó la mano y empezó a besar cada dedo. Luego, acarició mis labios con sus suaves dedos. Sus labios se acercaron y pude sentir su aliento. Eran ligeramente fríos, suaves e insistentes. Relámpagos aparecieron ante mis ojos. Nuestras inhalaciones y exhalaciones se fundieron en una sola.

El aire del vestuario era caliente y mortal. Un fuego invisible nos envolvía. Sebastián no se detuvo, continuó. Me desabrochó la camisa y comenzó a acariciarme. Le mordí ligeramente el hombro. Quiso llevarse uno de mis pechos a la boca, pero me aparté. Vi su polla desnuda y lista. Los restos de la razón me abandonaron. Me abrió las piernas y me penetró. Grité de placer.

Continuó, levantando más mis rodillas. Estábamos preparados. Mi grito y su voz me devolvieron la conciencia. Alguien golpeó la puerta. Recuperó el aliento y preguntó quién estaba allí. Nadie respondió.

Sebastián me miró, atrayéndome hacia él.

—Ha sido increíble. ¡Estás muy buena, Lauren! Y aparentemente inaccesible.

No supe qué responder. Había perdido el control de mis emociones. Mientras me abrochaba la camisa, me di cuenta de lo que había hecho. Era la primera vez que cruzaba la línea de una relación de trabajo.

Sebastián sonrió mientras se vestía. Quise huir, escapar de su mirada. Elegí la táctica del silencio. Sacudiéndome el pelo, me giré para dirigirme a la puerta, pero Sebastián me detuvo, tocándome el hombro. Me dio la vuelta y rozó sus labios con los míos. Casi caí al suelo. Pero aquel beso hizo que volviera a desearle.

Me detuve, apartándole con las manos en el pecho. Salí corriendo por la puerta. ¡Mierda! ¡No pueden verme con un modelo! Ha venido, y yo inmediatamente salté sobre su polla. ¡Eso está muy mal! ¿Y si no firma con nosotros por esta situación? Dios mío, no pasa nada. Si no lo hace, abriré mi propia escuela y lo olvidaré como un hermoso sueño.

La zona de bastidores parecía oscura y mis pensamientos no eran halagüeños. Me encontré con un cliente que me estaba buscando. Le pedí disculpas y le dije que tenía que irme urgentemente. Corrí hacia el lavabo.

Cuando me vi en el espejo, no me reconocí. Tenía los labios hinchados, el pelo despeinado y las pupilas dilatadas. En el espejo había una chica distinta de la que conocía, con un brillo en los ojos que hacía mucho tiempo que no veía. No desde mis días de trabajo en China. Estoy recorriendo el mismo camino. No, esto no es aceptable.

10. Sebastián



Cogí el teléfono con nerviosismo y marqué el número de mi amigo. Llevaba casi una semana en Los Ángeles y aún no había podido hablar con Michael. Hoy hacía frío; probablemente debido al cambio de clima, mi sistema inmunitario se había debilitado. Siempre había sido así desde niña.

Después de que mi hermana pequeña llegó a nuestras vidas, empecé a enfermarme constantemente para atraer la atención de mis padres. Sonreí recordando a mi familia, pero mi sonrisa no duró mucho. Sentía que había defraudado a mis padres. Después de unos pitidos, mi amigo contestó.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó.

Tras intercambiar cumplidos por decencia, respiré hondo y empecé a explicarle todo lo que había pasado.

—Escucha, háblame de la agencia. ¿Cómo te tratan? ¿Hay alguna esperanza de que vuelvas con nosotros a Nueva York?

—¡Amigo, aquí pasa algo! —dudé de si contarle o no—. ¿Conoces a Chris Carter, verdad? ¿Has oído hablar de él?

—Algo me suena, pero no lo recuerdo bien. ¿Qué pasa con él?

—Esta pequeña agencia me impresionó. Llamaron a Chris Carter para una sesión. Es una celebridad que últimamente ha salido a la luz. Todo el mundo se ha enterado de la verdad sobre él. Es un antiguo corresponsal de guerra. Ahora es una leyenda en el negocio del modelaje. Todo el mundo quiere trabajar con él, pero no fotografía a cualquiera. Es de Nueva York.

Recordar me llenaba de emoción. Me encantaba todo lo relacionado con esta agencia.

—Creo que sí, ahora me acuerdo. Sigue saliendo en todas las portadas con una joven rubia.

—Sí, probablemente es su mujer. Y socialmente, es la persona más fácil del mundo. Ha sido increíble trabajar con él. Parece ser un buen amigo de esta agencia. Eso dice mucho.

Recordé mi primer día y me alboroté el pelo. Observé cómo sujetaba la cámara, cómo inclinaba la cabeza, el ángulo que elegía. Y estaba prácticamente en silencio.

—¿Ya te has instalado en Los Ángeles?

—Mis fotos, cien por cien aptas para cualquier portada de revista. Y esto es, como él dijo, un portafolio normal. Pero no, todavía hay muchas cosas que quiero ver. Me puse a trabajar directamente. Aquí todo el mundo está relajado, no hay alboroto como en Nueva York. Parece que todo el mundo fuma, pero se dedica a su salud. Hacen mucho deporte.

Hice una pausa.

—Sí, amigo, me alegro por ti. Estoy seguro de que te irá bien. Quizá esta sea tu ciudad. ¿Dónde vives?

Pensé un momento, recordando mi hotel. Caro y pomposo.

—Estaba en un hotel, ahora me he mudado a un apartamento. Antes vivía en un hotel casi al lado de Marina.

—Eres cuidadoso. Lee todo lo que firmas. Si tienes dudas, reenvíámelo y lo revisaré. Es raro que te pongan mucho dinero. Pero si no te estresa, está bien.

—Sí, colega, ¡mejor imposible! Ayer también me entregaron las llaves de un coche deportivo, exactamente igual al que tenía en Nueva York. ¿Te lo puedes creer?

Estoy seguro de que percibió mi estado de ánimo optimista.

—¿Y las otras chicas?

Guardé silencio. Sabía que Michael no cejaría hasta que le dijera la verdad.

—Bueno, sé que puede parecer una locura, pero creo que me atrae alguien. —empecé.

—¿De verdad? ¿Quién podría ser? —preguntó mi amigo con curiosidad.

—Trabaja para la misma agencia de modelos. Antes de cada trabajo firmo un contrato. Ella me acompaña por todas partes. No sé quién es, pero trato de no defraudarla. No puedo quitármela de la cabeza.

Michael se rió.

—Bueno, no parece una locura. ¿Está disponible?

—No lo sé, no se lo he preguntado. Me cuida, se ocupa de todos mis asuntos, me hace la agenda. Es simpática, pero muy fría conmigo, no como con los demás.

—¿Qué te hace pensar eso?

Decidí no ocultarle lo que había ocurrido entre nosotros.

—Todo ocurrió en un desfile de moda, en el camerino. Trabajamos 24 horas juntos y creo que para ella solo fue sexo. Y para mí también.

—¡Ya veo lo que te pasa! Nunca se sabe, amigo. Mantén las distancias. Pero parece que es demasiado tarde.

Suspiré.

—Claro que soy tonto. No pretendía causar problemas en el trabajo. Solo estaba desahogándome. Hay tantas chicas guapas aquí. ¡Uf! Si no estuvieras casado...

—¡Ya lo entiendo! —se rió.

—Gracias por escucharme, amigo. Necesitaba hablar. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo está tu mujer?

Decidí cambiar de tema, pues el recuerdo de Lauren me hacía sentir peor.

—Por ahora está bien. Tienes la voz ronca. ¿Estás enfermo?

—Sí, un poco. Probablemente por el estrés. Además, aquí hace mucho calor y el aire acondicionado está a tope.

Me di cuenta de que empezaba a sonar como Lauren.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien y mi nena también. Pero a veces me vuelve loco. Anoche me despertó a las tres de la mañana diciendo que tenía muchas ganas de comer naranjas. ¿Te lo puedes creer?

—¡Sí! Y no había ninguna en casa, ¿verdad?

—¡Naturalmente! Tuve que hacer el pedido y esperar al repartidor. Sebastián, tengo que irme. Llámame cuando quieras. Avísame si necesitas algo. Por cierto, casi se me olvida. Necesito que consigas una referencia de la agencia para el proceso judicial. Preferiblemente una positiva.

—¡Sí! Ahora mismo no sé cómo hacerlo. Lauren me dijo que acudiera directamente a ella para cualquier petición. No quiero pedírselo personalmente, ni escribirlo oficialmente sin avisarla.

—Siempre te enredas en historias de amor, Seb. —se rió.

—¡Ajá! —mascullé algo ante su comentario. Pero era agradable oír que no me juzgaba, así que me relajé y me reí también.

—¡Bien! Tengo una idea. Yo misma escribiré oficialmente. Así te librarás. ¿De acuerdo?

—Gracias, tus soluciones son brillantes como siempre. ¿Necesitas algo más de mí?

—Sí, colega, intenta no hacer más tonterías —se despidió y colgó.

Me quedé unos minutos sumido en mis pensamientos. Sabía que tenía que centrarme en el trabajo y olvidar esta atracción por Lauren. ¿Y si todo esto es para hacerme firmar el contrato sin leerlo? Aparté esos pensamientos. Lauren es Lauren. Al pensar en ella, sentía que había algo más que sexo.

Todas esas miradas entre Lauren y yo después del incidente me hacían vulnerable. Ella, en cambio, fingía que no había pasado nada. Estaba volcada en los negocios y fría como siempre, pero al mismo tiempo sentí calor y apoyo de su parte. ¿Se estaba volviendo más blanda conmigo?

Tuve que admitir que me sentía locamente atraído por ella. Su calma, su serenidad, siempre tenía una respuesta. Recordé cómo recogía con un suspiro las tazas de café que yo dejaba por todo el estudio. Ya no cojeaba, caminaba con gracia. Pensar en ella me hacía sentir calor en el cuerpo.

Hace tres días le dije que no quería alojarme en un hotel. Le pedí ayuda para conseguir un apartamento. Asintió y dos horas después ya me había mudado.

En Los Ángeles recuperaba la confianza y la fuerza. La agencia me sorprendió con su atención. Tal vez quieran un contrato a largo plazo conmigo. Ya estaba contento de trabajar con ellos. La prensa ya estaba zumbando sobre mi oreja. Por eso, los apartamentos eran mejores y más seguros.

Sabía que la agencia estaba haciendo un gran esfuerzo en forma de publicidad, invirtiendo y arriesgando. Sonreí, recordando otro acontecimiento feliz. Lauren me entregó ayer las llaves de un Chevrolet Corvette ZR1, un descapotable deportivo. Apenas pude contener mi alegría y firmé un contrato con ellos.

Mis pensamientos se agolpaban, queriendo disfrutar de Lauren una y otra vez. Quizá cuando firmara el contrato no me rodearían tanto. Las dudas visitaban mi cabeza, pero tenía que mantenerme alerta.

Decidí darme un mes antes de firmar el contrato. Michael me aconsejó estudiarlo en detalle y hacer cambios si era necesario. Por ahora, tenía que mantenerme en forma y controlar mis sentimientos.

11. Lauren



E staba sentada en una acogedora cafetería, disfrutando de mi café y observando el bullicio de la agencia de modelos de enfrente. La gente entraba y salía, algunos con prisa, otros hablando por teléfono. Este café siempre me había atraído, sobre todo por la gente guapa que trabajaba enfrente. Era popular no sólo por su café aromático, sino también por su ambiente europeo y sus camareros amables.

Hoy tenía un motivo distinto para estar aquí. Necesitaba hablar con urgencia con Robert, a quien no había visto en una semana. Con un gesto nervioso, me revolví el pelo y respiré hondo antes de llamarle. Robert era el único que podía ayudarme, pero no quería que descubriera mi relación con Sebastián. Robert era mi amigo y cofundador de la agencia, e incluso había sido modelo una vez. Necesitaba que me ayudara a evitar trabajar con Sebastián, quien me preocupaba más que nadie.

Después de mi llamada, Robert prometió estar conmigo en diez minutos. Al recordar nuestra relación, no pude evitar sonreír. Todo empezó en un bar, cuando yo había vuelto de China y buscaba trabajo, negándome rotundamente a ser modelo. Entonces Robert se me acercó y me ofreció hacer un anuncio. Así comenzó nuestra amistad, y ahora sentía que me evitaba.

Vino con la ceja izquierda levantada, e inmediatamente le pregunté:

—Robert, ¿puedes sustituirme en el caso de Sebastián?

Pude ver por su expresión que sus ojos brillaban de curiosidad. Me miró y sacudió la cabeza alegremente.

—¿Por qué necesitas que lo haga?

Dudé. No quería delatarme, a pesar de que era la persona más cercana a mí en la ciudad. No podía decirle la verdad. No podía arriesgarme a que alguien descubriera lo que sentía por

Sebastián.

—Es complicado —dije—. No puedo estar 24 horas con él. Deja el caos por todas partes. Su ropa siempre está desparramada, y estoy harta de limpiar lo que ensucia con sus tazas de café.

Robert enarcó una ceja.

—Café. Café... Otra vez café. ¿Tan difícil es? Vale, hablaré con él. Creo que lo entenderá y me compensará.

No. Me imaginé a Robert contándole a su manera irónica lo de sus pantalones desparramados. La imagen en mi mente me hizo sonreír.

—Robert, estuvimos con él comprando su suite, pero ni siquiera pudo pagar nada. ¿Qué clase de estrella es ésa? Incluso para el café, siempre soy yo quien paga.

Tenía que inventarme una mentira convincente. Me mordí el labio con tanta fuerza que me encogí. Robert era demasiado perspicaz.

—Achácalo todo a los gastos. No se trata de eso, Lauren. Todo el mundo tiene dificultades. Se trata del propio Sebastián, ¿no? ¿Te está haciendo daño? —preguntó suavemente.

Mi corazón se aceleró. Me pregunté si los latidos llegarían también a los oídos de Robert. No podía dejar que supiera la verdad.

—No —dije con firmeza—. No se trata de Sebastián. Se trata de mí. Necesito tu ayuda. No había forma de que se me ocurriera algo sólido para que Robert me creyera. Seguía repitiendo la misma frase como un loro.

Robert me estudió antes de asentir.

—Vale, lo haré. Pero tienes que prometerme una cosa.

Me alegré, con los labios tan apretados, que notaba cómo se me escurría la sangre del labio mordido.

—¿Qué es exactamente? —pregunté.

—Tienes que decirme qué está pasando realmente. Porque veo que a Sebastián le va genial y en una semana nos ha traído cinco veces más pedidos de los que esperábamos —dijo Robert.

—No... —justo antes de que pudiera decir algo, Robert continuó con un tono muy serio que había visto quizá dos veces en toda nuestra amistad—. No me gusta que me oculten nada. Y ahora mismo no puedo entregarle a otra persona. No confío en nadie. Bueno, y tercero, más sobre eso después... ¿Quizá deberías tomarte el día libre?

Se quedó callado y yo vacilé, dándome cuenta de que no podía ocultarle la verdad. Pero ahora mismo sólo necesitaba ganar tiempo y ordenarme. Tenía que superar este caso sin perder los nervios.

—De acuerdo —dije—. Lo prometo, pero esta noche no.

—Dime, ¿podría estar relacionado con tu pierna o tienes otros problemas? Lauren, por favor, al fin y al cabo somos amigos.

No quería enfadarme con él, pero nunca había visto a Robert tan firme en su juicio y hacia mis peticiones. Siempre encontrábamos un compromiso. Entonces, ¿qué estaba pasando ahora?

—¿Por qué yo?

Esa pregunta que tenía en la cabeza la dije en voz alta.

—Porque nadie puede manejar esto mejor que tú. ¿Realmente necesitamos este contrato? Tengo miedo de perderlo.

—Sí, me di cuenta. Estás invirtiendo mucho dinero en un contrato sin firmar.

—Lauren, porque actualmente estamos seguros al 99 % de que se quedará con nosotros. Pero hay un 1 % en el que tenemos que estar atentos. Y eso es lo que estás haciendo tú ahora mismo.

Suspiró muy triste. ¿Qué? ¿Qué está pasando? Miré a Rob, parecía cansado.

—Robert, por favor, dime, dime, ¿qué te pasa? Tampoco te conozco desde el primer día. Estás todo el tiempo en el trabajo —empecé a hablar con sus palabras—. Somos compañeros. Nadie sabrá más allá de nuestra conversación.

—Lauren, cariño, no hablo porque no quiero que te preocupes.

—Sí, por favor. ¿Qué secretos hay entre nosotros?

—Exacto, Lauren —me cogió la mano. Luego me pasó la otra mano por el lunar de la cara—. Me das miedo cuando estás callada.

El temblor de mis manos desapareció, cosa que ni siquiera había notado.

—Antes de que aquella modelo que desapareció nos dejara. No estábamos en una buena situación. Ahora nuestra agencia está en la situación más jodida. Y todas las apuestas están echadas respecto a Sebastián. Si no firma, nosotros...

—Lo entiendo —le interrumpí—. Ni siquiera hemos salido de la escuela de modelos...

—Sí, acabaremos todos en la calle. Por eso hay tanto ajetreo ahora, intentamos que no se filtre información. Pero ya conoces a nuestra gente...

Nunca había visto a Robert tan serio. Ahora lo entiendo. Sebastián es nuestro salvavidas.

—Pero dijiste que lo tenías todo bajo control...

Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar que no podíamos captar a Sebastián.

—¿Y si no firma el contrato? —empecé a razonar en voz alta.

—Sí, estaba todo bajo control. ¿Recuerdas que uno de los fundadores se marchó? Cogió su parte y desapareció. Y tuvimos justos los procedimientos, sobre contratos atrasados y demás. Se

ha ido acumulando desde que empezamos. Y ahora viene todo de golpe.

Suspiré. Me recompuse. Me di cuenta de la responsabilidad que tenía.

—Pero Sebastián también lo entiende, no es tonto. Le estamos sobornando descaradamente.

—Sí —contestó Rob—. Claro que le estamos sobornando. Mientras estás con él, estamos luchando contra los revendedores; eso es lo que pasa allí. Después de su desfile, el diseñador de moda fue un fracaso, pero nuestra estrella se hizo notar. Y ahora todo el mundo le quiere a él y sólo a él.

Pensé para mis adentros: "Yo también lo quiero para mí, pero no como modelo".

—Pero por el momento aguantó. ¿Es cierto?

—Sí, está callando. ¿No habla contigo de ello?

—No. Sólo hablamos con él de asuntos relacionados con el trabajo.

Yo seguía en estado de shock.

—Rob, ¿qué vamos a hacer? Sí, es tan grave. ¿Para qué es todo esto del coche deportivo? ¿Chris para la cartera? Es innecesariamente caro para la agencia.

—No —le espetó Robert—. Ya lo he arreglado todo. Chris lo hizo sin pagar. Dijo que nos debía un favor. No sé a qué se refería, quizá a Brianna.

Se rió y volví a ver a mi Robertini. Me gustaba su humor.

—¿Y el coche deportivo?

—El coche era de aquel fundador. Nos lo dejó para que lo cediéramos a Beau Production. Necesitaba un poco de orden. Cariño, no pienses demasiado. Tienes un trabajo que hacer. No me importa si te acuestas con él, ni cómo lo hagas. ¿Me entiendes? Tengo otra. Dios, ¿a quién le estoy contando esto? A cada uno de nosotros que nos desgasta y al infierno...

—...y el cielo, eso es Oscar Wilde —terminé por él.

Miré con admiración a mi amigo. Sebastián firmaría el maldito contrato. Sólo que aún no sabía cómo.

Robert miró el teléfono y se despidió diciendo que era urgente. Le creí después de todo lo que había dicho. Pedí otro café. Necesitaba ordenar mis pensamientos.

No podía creerlo, el futuro de la agencia dependía de mí. Y ya había hecho un desastre. Los últimos días había tenido miedo de acercarme a Sebastián. No le tenía miedo, ni a su encanto. Tenía miedo de volver a perder el control a su alrededor. Así que intenté alejarme de él. Su voz, su olor. Ni siquiera ahora podía respirar tranquila mientras pensaba en él. Mis pechos se hinchaban y una agradable languidez se extendía por mi estómago.

Era malo para el negocio que nos hubiéramos acostado con él. Pero no podía hacer nada al respecto. Me puse una máscara de inaccesibilidad delante de él y fingí que lo que había pasado en el espectáculo no era importante para mí. Sólo era sexo. Tal vez debería ser más amable con él y contenerme. Suspiré y me terminé el café, pensando en lo que podría haber sido lo siguiente. Cuanto más pensaba en Sebastián, más perdía la cabeza.

12. Sebastián



Llegué temprano al desfile, antes de lo habitual. La sala estaba vacía, sólo la señora de la limpieza tarareaba mientras limpiaba los cristales. El lugar olía a alcohol. Me dirigí a mi camerino, reflexionando sobre los últimos días.

Pensé que mi carrera había tocado techo en Nueva York, pero me engañaron. Aunque era el rostro de grandes marcas, mi precio bajó. Lo tenía todo: fama, dinero, chicas. Y luego, lo perdí todo. Fue culpa mía, no presté atención. Me reunía con mis nuevos amigos sólo en clubes, llegaba tarde a los rodajes y causaba escándalos. Mi agencia me multó, me bajó las tarifas y, si no aceptaba, me dejaban sin trabajo. Al final, descubrí que me quitaban el 50 % de mis ganancias. Me rebelé, y ellos también. Suspiré.

Ahora, en esta nueva agencia, mi carrera parecía despegar de nuevo. Me gustaba el ambiente relajado, sin prisas. Pero mis sentimientos por Lauren me confundían. Quería tocarla, ajustarle el tirante del vestido, acomodarle el mechón de pelo rebelde. Parecía fría, pero sabía lo apasionada que era. Aspiré profundamente.

Ella es de la agencia. Quizá todo esto sea una táctica. Aunque Robert y los demás parecen buena gente. Pero siempre parecen buenos cuando quieren algo, hasta que te exprimen. Pero había algo en Lauren que no podía ignorar. Después de nuestro encuentro casual, se distanció. Quería llamarla fría, pero sabía que no lo era. Me asaltaban pensamientos sobre ella, y mi cuerpo reaccionaba. Quería volver a estar con ella.

Le pedí ayuda para mudarme al apartamento. Reaccionó de forma extraña. Primero me ofreció dinero para hacerlo yo mismo, luego aceptó ir de compras conmigo. Y se mantuvo alejada todo el tiempo. Como un romántico tonto, compré velas y palitos de aroma, esperando que viniera al menos a tomar una taza de té. Pero siempre tenía una excusa.

Esa noche había un desfile de un diseñador poco conocido. El camerino estaba cargado y olía fatal. Los diseños del diseñador no me impresionaron, y sus modelos eran aburridos. No sabía cómo darles vida en mi cuerpo. Todo era patetismo, sin sustancia.

Lauren me evitaba. Después del trabajo, fui a un bar esperando encontrarla, pero siempre encontraba una razón para huir. Intenté averiguar si había alguien más, pero la información estaba sellada. ¡Mujeres!

Salí del camerino y choqué con Lauren. Ella también había llegado temprano, asegurándose de que todo estuviera bien. La miré a los ojos, y ella me devolvió la mirada intensamente.

—¡Lo siento! Creía que aún no habías llegado.

—No pasa nada. ¿Cómo estás?

Volví sigilosamente al camerino, y ella me siguió. El aire se estaba calentando. Me acerqué a ella, como si la espicara. Ella lo notó y extendió la mano para detenerme.

—¡No lo hagas!

Fue como un cubo de agua fría.

—¡Sí, por favor!

—¡Gracias!

—De nada —repetí.

Estaba enfadado porque quería conquistarla. Todas las mujeres caían a mis pies, pero ella se resistía, y eso me excitaba aún más. ¿Quizá quería algo más? ¿Qué es lo siguiente? Preguntas sin respuesta llenaban mi cabeza.

—¿Es algo urgente? —pregunté.

—La verdad es que no. Depende de cómo te lo tomes. Grand quiere que seas el rostro de su colección.

—¡Oh, no! ¡Su colección es una basura insípida!

—¿Te niegas? —levantó una ceja.

—No. Pero me gustaría hablar con él en persona.

Bajó la cabeza, y sus rizos cayeron de su recogido. Me acerqué y los corregí. Ella levantó la vista, y vi en sus ojos el abismo del océano. Inconscientemente, la rodeé con mis brazos y la estreché contra mí.

—¿Estás de acuerdo o no? Tengo que preparar el contrato y comprobar todos los detalles. Y creo que no es buena idea ir directamente a hablar con el cliente.

—Sí, claro. Lo entiendo. No te preocupes, no huiré de ti. Tengo que discutir con él los detalles de la colección. ¿Qué te parece? ¿Está abierto a un poco de crítica desde la opinión de un

consumidor?

—Creo que sí. No es un mal tipo. Extraño, pero tiene dinero...

—¿Te traigo un café? —Se dio la vuelta y preguntó.

—Sí, claro. Por favor, con leche hoy. Y con agua.

—Grant está en el estudio de la derecha. ¿Con leche? ¡Eso es nuevo!

—Sí, es nuevo.

De vuelta a mi camerino, analicé lo ocurrido entre nosotros. Ella no se me había apartado. Nuestro interés mutuo era evidente. Me entró una fiebre de deseo. Volví a mi camerino, esperando. La habitación ya no me parecía tan cargada. El perfume de Lauren debía estar allí dentro. Ella confiaba en mí.

Tenía que controlarme. Los rechazos de Lauren no eran buenos para mi autoestima. Las modelos deben estar seguras de sí mismas en la pasarela, proyectando confianza. Mantener una relación profesional no era tan mala. Pero el deseo me consumía.

Fui al lavabo para tomar un respiro. Al volver, el café estaba en mi mesa. Me miré en el espejo. Después del café, decidí encontrar al diseñador Grand. Tenía que resolver el problema de mis pantalones. No quería buscar una prostituta, sólo quería a Lauren.

Cogí el teléfono y llamé a mis padres. Hice una foto y la envié a mi hermana. Hablé brevemente con ellos para no alterar mi estado de ánimo. Me di cuenta de que empezaba a sonar como Lauren en mis pensamientos.

13. Lauren



Me senté en el estudio de Christopher Carter, esperando a Brianna. Las enormes ventanas panorámicas sobre Los Ángeles atraían mi mirada hacia la ciudad. Hoy teníamos una sesión en este famoso estudio. Mi pupilo, Sebastián, estaba allí, siendo peinado por Tina, una maquilladora y peluquera, todo en uno. Ella llevaba mucho tiempo trabajando para Chris y era casi parte de la familia.

Observaba a Sebastián y Tina desde el borde de una revista. Él parecía feliz, como siempre. El moratón bajo su ojo ya no era visible y seguía siendo encantador con todo el mundo. Tina le decía algo y él se reía, mirándome a través del espejo. Luchaba con mis sentimientos, pero no podía evitar lo evidente: me gustaba y quería estar con él.

La puerta se abrió, mostrando primero la barriga de Brianna y luego a ella misma, radiante. El estudio se iluminó. Brianna y yo éramos amigas desde la infancia. Habíamos seguido caminos separados, pero nuestra relación se había estrechado mucho.

No había decidido si contarle a Brianna lo que había pasado con Sebastián, pero necesitaba hablar. No podía enfrentar mis sentimientos sola. Pensaba en Sebastián todo el tiempo. Mi cuerpo hervía y mis pensamientos se agitaban incontrolablemente cuando se acercaba o incluso cuando oía su voz.

Chris se acercó primero y arrojó una revista sobre mi mesa.

—Parece que está en el éxito más sonado de Los Ángeles en este tiempo.

Eché un vistazo a la portada. Allí estaba Sebastián, con un traje de diseñador Grand, junto a Grand. Ambos sonreían, y el titular decía: "Creación de imagen por Grand". Mantuve la mirada en la revista un momento más, luego la desplacé hacia Brianna, que ya se acercaba. Chris también estaba junto a ella, sonriendo.

—¿Has visto eso? Es un dios. ¡Y lo que está haciendo es una obra maestra! —Señaló a Sebastián con la cabeza.

—Me alegro mucho por ti. Aquí tienes una verdadera joya en tu producción.

—¡Hola Brianna, hola Chris! —Estaba confusa. Mis ojos fijos en la foto de Sebastián y Grant.

Él se dirigió hacia nosotros con una enorme sonrisa radiante, dejando a Tina con sus asuntos.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Qué hago? Otra vez. —Empecé a temblar. Mis pensamientos se aceleraban. Necesitaba apartar la mirada de ese idiota arrogante.

Chris se despidió y se dirigió hacia Sebastián. ¡Uf! Brianna cambiaba la mirada entre su marido y yo. Luego, Chris le hizo una seña para que se acercara a él y ella se apresuró, redondeando los ojos.

Me di cuenta de que Chris había decidido presentar a Brianna a Sebastián. Mis mejillas sonrojadas fueron vistas por todos y no podía achacarle más medicación. Los hombres se dieron la vuelta y empezaron a hablar de trabajo. Chris saludaba a los iluminados. Brianna volvió hacia mí.

—¿Qué pasa, Lauren? —preguntó Brianna.

—Nada —respondí, con los ojos fijos en Sebastián, que había empezado a posar para la cámara. Me atraía como un imán. Sus movimientos me hipnotizaban. Pensé en lo que habíamos hablado en el camerino.

—Vamos, puedes contármelo. Puedo verlo —insistió Brianna.

Suspiré.

—Conocí a un chico hace unas semanas y me gusta mucho. Pero no sé cómo podemos estar juntos —empecé a describir la situación sin nombres ni detalles.

—¿Por qué no? —preguntó Brianna.

—Es de una cultura diferente, es... no puedo —respondí, bajando la mirada a mis manos.

—¿Es chino o algo así? —Brianna estaba confundida.

Brianna me puso una mano reconfortante en el hombro y trató de mirarme a los ojos.

—Lauren, no puedes dejar que el miedo te impida ser feliz. Te debes a ti misma darte una oportunidad.

Brianna se quedó callada un momento y luego continuó:

—No sé por qué, pero creía que era Sebastián. Ojalá fuera él. Es tan genial. Chris habla mucho de él. Y ya sabes que Chris no tiene ídolos y no es muy hablador.

—¿De verdad lo crees?

—Absolutamente. Chris dijo que tenía química. Y ahora veo que es verdad. No me cuadra en la cabeza —contestó sonriendo.

—¡Sí, claro!

Brianna siguió filosofando:

—El amor no tiene límites. Si este chico te hace feliz, no dejes que nada se interponga en tu camino. ¡Cuánto tiempo hace que no tienes una relación seria! ¿Hace cuánto que no tienes una, cinco, siete años? ¡Dios mío! Es esa situación de China. ¿Por qué sigues dejando que dirija tu vida?

Pensé en las palabras de Brianna y no podía dejar de mirar cómo trabajaban juntos Sebastián y Chris. La forma en que Sebastián posaba y Chris captaba su belleza demostraba la pasión de Sebastián por todo lo que tocaba. También me tocó a mí. Me invadió una oleada de calor.

—Gracias, Brianna —me costó empezar las palabras. Me detuve, tragué saliva y continué—. Siempre sabes qué decir. Sí, es Sebastián.

Brianna se tapó la boca con la mano, sorprendida, y luego sonrió.

—Para eso están los amigos. Y por alguna razón estoy sorprendida, pero no mucho. Es de lo más guapo y encantador. Sólo que no entiendo con mi cerebro de embarazada qué os impide estar juntos.

—Tiene que firmar un contrato y temo que interfiera con el trabajo. Y a veces simplemente no es snob. En aquel desfile de Grand —señalé la revista con la cabeza—, me ignoró. Le llevé agua y ni siquiera miró en mi dirección. No estoy segura de que sienta algo por mí. Solo sexo.

—¿Tuviste sexo? —Brianna se levantó de la silla de un salto. La aparté para no llamar la atención.

—Sí, Dios mío. Lo hicimos... en el camerino. Es jodido, ¿verdad? Me da igual dónde... Pero, Brianna, me encantó. Y me cabrea, así que no me suelta.

—¡Uf!

—Juré que nunca, nunca, nunca estaría con esos pomposos pavos reales.

—Pero Sebastián es diferente, ¿verdad? —dijo muy en serio. No supe qué contestar.

Mis ojos seguían fijos en Sebastián. Y los de Brianna en Chris. Cada uno a lo suyo, pensé.

—Por favor, no le digas a Chris. ¿De acuerdo?

—Sí, claro. Pero creo que Chris lo está adivinando, él mismo me lo ha dicho. Me preguntó esta mañana cómo iba vuestra relación. A lo mejor tenía un profesional. No lo sé. Yo misma estoy confusa con lo que dice. Parece que hay demasiada información para mi cabeza embarazada.

—Bueno, vale. Al menos no confirmes sus especulaciones todavía. Por cierto, ¿cómo te encuentras? ¿Cómo van tus clases? —Estaba decidida a desviar el tema de la conversación en otra dirección. De lo contrario, delataría lo mucho que me molestaba el tema de Sebastián.

Brianna empezó a farfullar. Me sentí aliviada. Intenté apartar la mirada del plato, pero volvía una y otra vez, e inconscientemente me sorprendí mirando a Sebastián trabajar.

Las palabras de Brianna me llegaron directamente al corazón. Me di cuenta de lo que siempre me había impedido iniciar una relación seria: ese pasado lejano, ahora irrelevante. Esa conexión apasionada me hizo mudarme a otro país y empezar a trabajar de modelo.

Entonces estaba al borde del suicidio. Nadie lo sabía. No quería vivir, no quería comer, no dormía. Mis nervios eran como cuerdas. Mi hermana me salvó, vino y me sacó de allí. Le estoy muy agradecida, aunque ahora no nos hablemos.

Ese pasado me hizo seguir adelante. Ese hombre también era un modelo. Y el propio Sebastián fingía que no había pasado nada raro. Eso me detuvo. Tropezaba con él constantemente. La sangre me subía a las mejillas al recordar cómo había chocado con su pecho en la agencia. Era tan fuerte que podía haber acabado en el hospital. Y ni siquiera me ayudó a recoger mis papeles, se disculpó rápidamente y me dejó de rodillas recogiendo mis cosas.

No ansiaba su atención, pero me hería que este sexo fuera para él algo habitual. Pero también hubo otro encuentro tras el cual me abrazó. Veo en él dos personalidades contradictorias.

Siento que me busca con la mirada. Luego me mira con sus ojos de plata y su sonrisa se ensancha un poco más. ¿O me lo estoy imaginando?

Ojalá pudiera romper su comportamiento habitual, como coquetear con todo el mundo. La sonrisa encantadora de Sebastián, su juego de músculos, su pelo ceniciento, ligeramente quemado por el sol... Todo era fascinante.

Nos quedamos un rato más en el estudio. Brianna se dio cuenta de que no la escuchaba y se calló, pero no por mucho tiempo.

—¿Sabes, cariño? —dijo Brianna—. Quizá deberías intentarlo con Sebastián. No tienes que comprometerte a nada, pero al menos puedes ver adónde van las cosas. No necesariamente hasta que la muerte os separe.

Qué graciosa es Brianna. Siempre había sido así. Al parecer, eso era lo que atraía a Chris, su franqueza infantil.

Asentí y una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Tienes razón, mi gordita. Necesito probar el amor.

Se rió entre dientes. Le acaricié la barriga.

—En realidad, no soy gordita. ¡Somos dos! Pero en realidad no como por dos, ¡como por cuatro!

14. Sebastián



Después de que el diseñador Grand rediseñara algunos detalles, mi papel como modelo era destacarlos en la pasarela. Hablamos y llegamos a un entendimiento; fue una conversación productiva. Nos hicimos amigos y, después del espectáculo, fuimos a un bar. Ahora, Harry Grand va camino a la fama, y mi vida mejora con él. Es un triunfo. Harry celebró su éxito con una recepción en uno de los hoteles más caros de Los Ángeles.

Paseaba desnudo por una de las habitaciones opulentas del hotel, con una decoración barroca que me recordaba a Harry. Tenía que presentarme en la recepción con tres trajes distintos, todos de Grand, para fotos y saludos. Me iban a presentar como la cara de la marca. No estaba seguro de quererlo.

Me alegraba que fuera Harry. Después del desfile, algo había cambiado. Hablé con mi hermana pequeña, Sophia, que estaba por graduarse. Mis padres también estaban bien de salud. Les extrañaba mucho. En Nueva York, a veces no los visitaba ni llamaba durante meses, pagándoles con dinero y regalos. Me sentía el peor hijo del mundo.

Mis pensamientos se interrumpieron con una llamada telefónica. Era Michael desde Nueva York.

—¡Hola! ¡Hola!

—¡Hola, Michael! ¿Estás bien?

—Sí, sacando las compras del coche. Mi mujer podría ponerse de parto en cualquier momento. Le dije que fuera al hospital, pero ya la conoces, no escucha a nadie. ¿Cómo estás tú? Te vi en Internet, ¡eres una estrella!

—Sí, el diseñador es interesante. Cuando eres la cara de la empresa, te tratan diferente. Los Ángeles está dando sus frutos.

—Me alegro. Necesito saber algo. ¿Tu Naomi tiene algo que ver con esos tipos a los que pediste dinero prestado?

—No. ¿Por qué?

—¿Y su hermano?

—No lo sé. ¿Por qué preguntas?

—Podría facilitarnos la victoria en los tribunales. Si podemos demostrar que tu caída fue un atropello con fuga.

—¿Por qué Naomi querría eso? Le gustaba ser el centro de atención conmigo.

Sonreí recordando cómo siempre estaba en los eventos sociales.

—Las cosas están torciendo de forma interesante por aquí. Te lo haré saber cuando lo averigüe. Por cierto, recibí tu referencia de la agencia. Es perfecta para el tribunal. Y remití el dinero a tus padres para que no se preocupen por las cuentas.

—Gracias, colega, porque de momento sólo me falta el dinero.

—Sí, devuélveme cuando puedas. Y cuídate. ¿Cómo te va en el aspecto personal? ¿Cómo van las cosas con tu asistente? ¿O hay otra? ¿En Los Ángeles son todas tan buenas?

Oí reír a Michael y a su mujer refunfuñar en broma. Había puesto el teléfono en altavoz.

—Sí, es verdad. Aquí todo el mundo es modelo.

Me acordé de Lauren. El corazón me latía frenéticamente. Pensé que Michael podría oírlo.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Te invitaré a la boda si hace falta.

Decidí mantener un tono alegre. Había tenido suficientes decepciones últimamente.

—Cuídate. Espero que no lles más tonterías.

—Todo está bajo control. Cuida de tu mujer.

Justo cuando colgué, llamaron a la puerta. Era Lauren, con mi traje para la recepción. Llevaba un vestido largo y brillante, de color turquesa. Estaba impecable. La miré y ella esperó.

—Hola, te traje tu traje —dijo.

—Puedes pasar.

La invité a entrar. Estaba medio desnudo y busqué algo para ponerme. Sentía la tensión de tener a Lauren tan cerca.

—¿Cenamos mañana? Robert dijo que tenemos la noche libre.

—¿Por qué no me dijiste que necesitabas un día libre?

—No necesito un día libre. Robert me lo sugirió.

—¿Sí?

—Me llamó y me preguntó si todo iba bien. Le pareció buena idea que me tomara un tiempo libre.

—Lauren...

Ella se acercó más. Podía sentir el aire caliente entre nosotros.

—Lauren, quiero conocerte mejor. Solo para cenar.

Me acerqué a ella sin camisa. Su olor me atraía. La empujé hacia la cama, mis manos recorriendo su cintura. Ella me exploraba la espalda. El ambiente estallaba con nuestra tensión.

Nos desnudamos rápidamente. Sus palabras eran susurros apasionados.

—Eres increíble. Ni siquiera puedo respirar con normalidad cerca de ti.

—Lo sé. Mi situación es parecida.

Ella me acariciaba, y yo respondía. La penetré, y nuestros movimientos eran una danza de deseo. Respirábamos agitadamente, envueltos en calor. Seguimos hasta el éxtasis, nuestros cuerpos en sincronía.

Cuando todo terminó, recuperamos el aliento. Lauren se apartó.

—¿Qué pasa con la cena? ¿Sigue en pie la oferta?

Me miró a los ojos y vi que no luchaba contra sus sentimientos. Había conquistado mi mundo.

—Por supuesto, querida. Lo que quieras.

15. Lauren



¡Mierda! De pie, en el baño del hotel, en la habitación de Sebastián, intentaba recoger el mechón de pelo que se me había caído. Tina había trabajado tanto en mi peinado, y al entrar en aquel mundo de ensueño... recordé su tacto y una oleada de deseo me invadió. Me reprendí a mí misma. No debería ser así. Pero no podía evitarlo. La primera vez fue un accidente. La segunda es una pauta.

Quería conocerlo y darme una oportunidad. Pero era como entrar en agua fría: sabes que está helada y te da miedo, pero luego te sientes genial. Finalmente, recogí el mechón, me arreglé el maquillaje y salí hacia Sebastián.

Él estaba listo, como un tigre paseándose por la habitación. Al verme, sonrió. Dios, no podía sostener su mirada sin devolverle la sonrisa.

—Señorita, es usted preciosa ¿Me acompañarías esta noche?

Sebastián me abrazó el brazo, invitándome a acompañarlo. Dudé un momento y lo abracé, no demasiado fuerte para no arrugar su traje. Aún me costaba admitir mis sentimientos.

—Sebastián, no hagamos alarde de nuestra relación hoy.

—¡Entiendo!

—Vamos a conocernos un poco. Y luego ya nos veremos.

Me costó encontrar las palabras.

—Eso suena alentador. Me estás dando una oportunidad.

—Más para mí —murmuré para mí misma.

—Yo voy delante, tú sígueme.

—Igual que en mis tiempos de instituto —se rió Sebastián mientras yo me dirigía decidida hacia la puerta.

La noche se me hizo larga. Estaba cansada, sin saber por qué. Pero sentía que había hilos imperceptibles que nos unían. Si me daba la vuelta y caminaba en otra dirección, Sebastián encontraba casualmente a alguien con quien aún no había hablado.

Era extraño observarlo. Su movimiento a través del espacio era hipnotizante. Los periodistas permanecían cerca de él. El propio Harry lo acompañaba casi siempre. Recé para que no viniera Robert.

Mi amigo habría notado enseguida todas aquellas miradas y movimientos, y entonces sacaría la verdad. Aún no sabía cuál era la verdad. Las miradas eran muy calientes y me hacían sentir calor desde el estómago hasta el pecho. Respiré y me sentí mejor, pero en cuanto la mirada de Sebastián me encontraba, volvía a ocurrir.

Sentía como si él y yo estuviéramos haciendo el amor con los ojos en público, bajo las luces brillantes y delante de las cámaras. Mis pensamientos me llevaron de nuevo a su habitación privada. No entiendo cómo consigue poseerme tan rápidamente. No sé si está jugando conmigo o si se va en serio.

Quizá debería hablar con alguien. Pero Brianna está ocupada con sus cosas de madre, y aún no estoy preparada para hablar seriamente de mi vida personal con Robert. Cuando sólo era sexo, compartía fácilmente todos los detalles con él, y nuestras conversaciones siempre acababan en carcajadas. Quizá por eso ahora no quiero reírme, porque esto es perfecto.

Fue extraño que me invitara a cenar. Algo hizo clic en mí y pensé que podríamos tener una oportunidad. Sentí intenciones serias. Hacía mucho tiempo que no experimentaba esta pasión desenfadada que me tiene perdida.

El tiempo pondría las cosas en su sitio. Recordé a Brianna y Chris cuando empezaron. Tal vez tendría que hablar con ella. Decidí no torturarme más y no esperé a que terminara la recepción para marcharme.

Mientras salía del salón, sentí una calma. Era como exhalar después de posar para la cámara. Estoy dispuesta a arriesgarme por mí misma una vez más.

El pasado me perseguía. No podía evitar pensar en él y compararlo. Aquellas viejas relaciones que terminaron hace siete años, cuando era joven y estúpida, seguían afectándome. Me mantenían al margen de las relaciones.

No puedo. Por alguna razón, pensé: ¿no puedo darme una oportunidad o dejar atrás el pasado? Veré lo que tiene que decir Sebastián. Irrumpió en mi vida sin preguntar, aunque tenía planes distintos para él.

Digamos que nos vemos regularmente. Tendremos citas, planearemos y pasaremos juntos los fines de semana. Me sorprendí a mí misma con sentimientos encontrados. No sabía si me gustaba o si tenía miedo o inseguridad.

Pensé que hacía tiempo que había dejado de lado esos signos de inseguridad. Y entonces empiezan a aparecer... ¿Por qué? ¿Y si no firma el contrato? ¿Y si firma directamente con Grant? Las preguntas aparecían en mi cabeza mientras tomaba un taxi de vuelta a casa. No encontraba respuestas. Decidí esperar a cenar con él.

16. Lauren



El taxi me recogió a las ocho. Había pasado el día en la cama, sin ganas de nada. Sentía que el cansancio había desaparecido por completo, pero por la noche, al ducharme, noté una ligera excitación. Elegí un atuendo discreto: pantalones gris oscuros y una blusa violeta que encajaban con mi estado de ánimo. Decidí que era suficiente.

Cuando el taxista me abrió la puerta trasera, me estremecí. Me senté junto a Sebastián, deseando apretarme contra él, dejar que el aroma de su caro perfume me envolviera. ¡Dios mío! Es guapísimo. Llevaba una simple camiseta y vaqueros, con una chaqueta por encima. Naturalmente, es modelo. La voz de la razón resonaba en mi cabeza.

Me saludó suavemente, besándome la mejilla. Me seduce, en todas partes, en los estudios, en los desfiles. Quizás sea su estilo. Le saludé con la cabeza. En cuanto el coche se movió, me atrajo hacia él y se acercó más. Tenía la mente nublada y no podía pensar con claridad. Quería que me tocara. Solo me tocó el muslo con la cadera y me cogió la mano ligeramente. Fuimos al restaurante en silencio. Yo esperaba alguna acción por su parte, y él, quién sabe.

Recordé aquel viaje en taxi desde el hospital. Todo tiene su acción. Me resistí a la situación cuando Robert me pidió que llevara a Sebastián. Me había hecho un esguince a cambio de mi resistencia.

Mientras el taxi recorría las calles de la ciudad, Sebastián me miró. Intenté mirar por la ventanilla, ensimismada. Llevaba el pelo suelto y echado hacia atrás. Seguro que Sebastián no podía evitar maravillarse de lo guapa que estaba.

Se aclaró la garganta, intentando romper el silencio. —¿Qué te pareció el evento de anoche? — preguntó con un tono de voz demasiado alto.

Me volví hacia él, con una pequeña sonrisa en los labios. —Estuvo bien —dije, y sentí que me brillaban los ojos—. Pero tengo que admitir que no pude estar hasta el final. Me cansé y me fui a casa.

Seguimos conduciendo en silencio, pero la atracción entre nosotros crecía a cada segundo que pasaba.

Cuando llegamos al restaurante, Sebastián pagó al chófer y me abrió la puerta. Mi corazón latía un poco más de prisa. —Una noche estupenda. Gracias por aceptar cenar conmigo. Significa mucho para mí —dijo con voz grave y ronca—. Gracias por venir conmigo —repitió.

Sonreí, no podía contenerme y mis ojos se perdieron en los suyos. —Cuando quieras —respondí, con la voz apenas por encima de un susurro.

Sebastián y yo teníamos una relación puramente laboral y procuraba no cruzarme innecesariamente con él. Dos ligues casuales no podían explicarlo. Le quité la mano de la palma. ¿Y este contrato? ¿Y este acuerdo? Mis inseguridades y dudas seguían presentes.

Quizás, pensé, nuestra relación actual podría ser la base para algo más serio en el futuro. ¿En qué estoy pensando?

Caminamos cogidos del brazo. El restaurante no era grande, pero la vista era asombrosa. Entramos tambaleándonos y nos recibió el cálido resplandor de una iluminación suave y el tranquilo zumbido de las conversaciones. El aroma de flores exóticas y el dulce olor de las velas llenaban el aire.

El camarero nos condujo a una mesa privada junto a la ventana, que ofrecía una vista impresionante del paisaje urbano. La mesa estaba elegantemente puesta, con mantelería blanca y reluciente vajilla de plata. Un jarrón con peonías rojas frescas adornaba el centro de la mesa, aumentando el ambiente romántico. Una flor yacía sola.

Todas las luces de Los Ángeles se reflejaban en nuestros ojos. Aún no habíamos hablado. Decidí no estropear aquel silencio. Sobre todo porque la idea del restaurante no era mía, le correspondía a él decidir de qué cosas serias hablar. En ese sentido, no podía perder la compostura.

Deslizando los ojos por mi rostro, Sebastián cogió la peonía que había sobre la mesa y me la tendió. Me sentí clavada al suelo; había pensado en todo. ¿Cómo sabía lo de las peonías? Podría ser una coincidencia. No solo había reservado mesa en un sitio increíble, sino que además se había preparado. Aunque hacía tiempo que no creía en las coincidencias. Recordé cuando Robert sugirió por primera vez que trabajáramos con Sebastián, y fue aquel ramo de peonías. Había empezado con ellas y acabaría con ellas.

—¿Esto es una cita o una conversación? —decidí preguntar.

—Solo vamos a hablar.

Entrecerró su sonrisa y me puse tensa. ¿Podría tratarse del contrato? Tal vez no quiera firmar, por eso me llama a este lugar tan ostentoso y lo mantiene a distancia. Las especulaciones me golpeaban y mi compostura me abandonaba poco a poco. Sebastián percibió mi tensión.

Empujó la silla hacia el lado opuesto, como si quisiera darme más espacio para relajarme. Sin embargo, yo permanecí obstinada en mi asiento. Mientras estudiábamos el menú, Sebastián no pudo evitar asombrarse de la variedad de platos que ofrecían. Decidió pedir el filet mignon, mientras que yo opté por la cola de langosta.

—Tranquila, Lauren. Es solo una velada amistosa, si quieres —dijo justificándose.

¿Una velada amistosa? Esto ha sido un fracaso. Ahora va a anunciar que gracias por todo y adiós a Buti Productions. Me desplomé en silencio al borde de la silla. ¡Mierda! pensé, he fracasado y vamos a acabar todos en la calle. ¿O?

Miré inquisitivamente a los ojos de Sebastián. —No sé nada de ti —le dije.

—¡Oh! Eso tiene arreglo. Aceptaré responder a cualquiera de tus preguntas.

Me sorprendí y enarqué una ceja. Pasó a un camarero y trajo champán y una botella de agua. Colocó el agua junto a Sebastián y me mostró el champán. Asentí casi sin mirar. Por la tensión nerviosa, no me importaba. Quería saber por qué me había llamado, comer y despedirme. Decir adiós. Gracias. Ha sido un placer contar contigo, Sebastián. ¡Uf! Exhalé pesadamente.

—¿Te gusta? —El camarero se volvió hacia mí, inseguro.

—Oh, sí, sí, sí, por supuesto. El champán es mi bebida favorita —dije, volviéndome hacia Sebastián. Como todas las chicas también. No he conocido a ninguna a la que no le guste el champán.

—Sí, lo siento. Lo sé.

Mis pensamientos se volvían confusos. No es que no pudiera pagar también su café, y esto es precioso. ¡Ah, sí! Nos estamos despidiendo. Sebastián estuvo pensativo y callado. Hoy es diferente. Es una transformación extraña cuando va por ahí flirteando con todo el mundo e intentando gustar a todos. Entonces no me parecía un juego y ahora tampoco. No le seguí. Fue cazado por una agencia de moda.

Debido a mis sentimientos desbordados, lo alejé y no llegamos a ser amigos íntimos. He mantenido la distancia por mi pasado cuando mi futuro está en juego. Y no solo mi futuro. ¿Y quiénes somos nosotros para explicarnos lo que pasa en nuestras vidas? Él es libre, y esa también es nuestra condición.

Le di un sorbo a mi champán. Apoyé el pie en la pierna, observando que era una buena elección de atuendo. Al notar que sostenía un vaso de agua, le pregunté. —¿No bebes?

—No. No me interesa.

—¿Cuánto hace que lo decidiste?

—¿Acaso importa? —Sonrió con satisfacción.

—No. No tiene por qué. Pero alguien me ha dicho hoy que respondería a todas mis preguntas. —Sonreí con recato.

—Lauren, me resulta difícil contenerme en tu presencia. Creo que lo ves y es evidente. Por ejemplo, ahora mismo estoy pensando en ir a cenar y salir de este lugar abarrotado lo antes posible. Me siento como si estuviéramos en el punto de mira de ametralladoras, no de cámaras.

¡Maldita sea! Solo ahora me di cuenta de que había un par de periodistas que rápidamente fingieron ser visitantes como nosotros. ¡Nos habían pillado! Aunque lo decía, su mirada era indiferente. —Llevo más de seis meses sin beber. Eso es lo que decidí hacer. Y justo cuando empezó el cambio en mi vida. Empecé a notar lo inadvertido.

Sebastián continuó, y yo no sabía adónde llevar mis ojos. Ya me había olvidado de mi pregunta, estaba preocupada por esos pequeños paparazzi. Era como si Sebastián ni siquiera estuviera allí; toda su atención estaba en mí.

Bebí un sorbo de champán y asentí para que continuara. El romanticismo se estaba evaporando, o mi percepción había cambiado.

Trajeron unos aperitivos, pero no me apetecía comer nada, ya fuera por la excitación o por los nervios. —¿Qué estás diciendo?

Mi paciencia también se estaba evaporando. —¡Dame una oportunidad! Lauren, por favor.

Cogí una especie de tentempié y mi mano se detuvo. Como si fuera comida, empecé a digerir sus palabras. —Si eso es todo lo que quieres —añadió.

Permanecí en silencio. Aquella pregunta directa me pilló desprevenida. Dios mío. Le miré a los ojos, poniendo a prueba mis capacidades. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Dios, el rostro de Sebastián no parecía real bajo aquellas luces. Sus ojos azul cielo y su pelo ceniza claro, igual que el de Brianna, pensé. Ni siquiera me di cuenta de que esperaba que respondiera.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó con impaciencia.

Fue como si me despertara de un sueño, sumida de nuevo en la realidad. Y no sabía qué hacer con esa realidad. Esta era una conversación completamente distinta a la que esperaba. —¿Así que querías hablar de nosotros?

—¡Sí!

Me respondió simplemente con una mueca, me cogió la mano del vaso y la apretó entre sus dos palmas. Y entonces no pude resistirme más. Bajo la influencia del champán y de su encanto, empecé a relajarme.

De repente sonreí, pensando en su temperamento. ¿Y si empieza a preguntar ahora de qué podríamos hablar en el restaurante? —Lauren, no te estoy metiendo prisa. No pensarías eso. Pero quiero certezas después de mucho tiempo. No quiero no tener claro cómo y exactamente contigo hacer esto. Para mí eres algo más que sexo.

Exhalé imperceptiblemente. Había encontrado su propia salida para nosotros. —Sí, necesito algo de tiempo. No mucho —añadí tras un pequeño silencio. Sentí que sus palabras no chispeaban. Tenía la sensación de haberlas dicho antes en alguna parte.

Me pregunté si tenía tantas preguntas que hacerle y si era apropiado hacérselas ahora. Es una cita extraña. ¿O debería dejarlo para más tarde? —¿Qué te ha pasado?

—¿Quieres decir algo ahora o me lo estás preguntando?

Sacudió la cabeza y me miró con su sonrisa. —Vale, acepté. —¿Por qué decidiste trabajar con nosotros, una agencia pequeña?

—Es la que todavía no es Grand —dijo pensativo—. ¡Pero no importa!

Arruinando este ambiente romántico y apagando mi curiosidad. Aunque me pregunté horrorizada por qué este top modelo se había quedado sin un céntimo en el bolsillo. —Lauren, esto es importante. Pero dame también algo de tiempo. Lo arreglaré todo muy pronto y te contaré mi historia. Es que las cosas siguen siendo tristes a partir de hoy.

—¿Puedo ayudarte con algo?

—Claro —asintió alegremente—. Tráeme café a la cama todas las mañanas, con la misma sonrisa con la que te acercas a mí en el estudio.

—¡Oh, mierda! ¿Cómo haces eso?

Su mano seguía en la mía. Me apretó la mano con más fuerza y todo me dio vueltas. —Venga, no esperemos al plato principal. ¿Huimos? Si eso es lo que quieres.

Contemplamos la ciudad en expansión, con sus luces centelleantes que hechizaban románticamente la noche. Fue un momento mágico que se clavó en mi memoria como un sello. No tenía sentido resistirse.

17. Lauren



Sebastián me leía como un libro. Estaba locamente atraída por él, deseaba tocarlo, sentir su tacto constantemente. Y creo que él lo sabía. No daba prioridad a la apariencia, pero la atracción física era esencial. También me excitaba su mente. Quería creer que Sebastián era un hombre que pensaba. Había oído que era abogado o que había estudiado derecho. Ahora, eso no importaba. Todo se desvanecía ante sus ojos plateados.

Permití que Sebastián se acercara mucho más de lo que había permitido a otros. Si alguno de mis amantes quería más, lo alejaba de inmediato. Pero con él, me rendí. Me tomó por la cintura y salimos del restaurante, con los paparazzi siguiéndonos a cierta distancia. Sebastián asintió al camarero sin siquiera acercarse. Quizá había pagado todo por adelantado. Sentí el roce de sus manos en mi cintura, como un botón que encendió toda mi sensibilidad. El calor se extendió por todo mi cuerpo. Estaba ardiendo.

—¿Estás bien? —preguntó Sebastián—. Por cierto, ¿qué tal la pierna? ¿Te sigue molestando?

—¡Casi nada! —respondí—. Incluso tengo pensado ir a una clase de qigong la semana que viene.

No sé por qué lo dije. Empezamos a derribar ese muro invisible entre nosotros. Quise abrirle una ventana a mi vida cotidiana.

Sebastián se adelantó, abrió la puerta del restaurante y silbó. Un taxi apareció delante de nosotros. De repente, se detuvo.

—¿Qigong? ¿Qué es eso? ¿Algo de artes marciales orientales?

—Ni siquiera sé cómo explicártelo. Yo diría que es más bien una práctica espiritual.

—¿Yoga?

—¡No, no es yoga! —me reí—. Si quieres, ven a las clases. Están en el parque central.

—No, no creo que eso sea para mí —respondió, adoptando una pose extraña, intentando hacer alguna asana. Me hizo reír aún más.

—¡Estoy corriendo!

Sebastián se sentó a mi lado, apretándose contra mí. Le miré a los ojos.

—¡No soporto correr!

—¡No sabes hacerlo bien! Yo te enseñaré.

Vi un destello de picardía en sus ojos.

—Después de que asistas a mi clase de qigong —me reí, imaginando a aquel hombre tan guapo en el parque. Probablemente atraería a una multitud de admiradores y paparazzi solo con su presencia.

Dio la dirección al taxista. Nuestros labios ya se buscaban. Sus manos acariciaban suavemente mis muñecas, entrelazadas. Me sujetó el cuello con la otra mano y me acarició suavemente la nuca con el dedo. Jugué con su mano, envolviendo ambas alrededor de la mía. Tocando, suave y exigente.

Había una energía asombrosa en aquellos juegos. Sabía cómo acabaría y quería llegar antes a esa liberación. Con el tiempo, sus labios y su lengua se volvieron más duros y exigentes.

Me aparté un poco de él, pero su mano en la nuca tiró de mí con más fuerza. Se detuvo. Miré al taxista. Nos miró por el retrovisor. Debimos darnos cuenta de que, si no parábamos ahora, esto ocurriría en un lugar inesperado.

Sentí su apasionada exhalación en mi hombro. Sebastián ya me pasaba una mano por el pelo, la otra me sujetaba el brazo, deteniéndome. Sentí que era como un niño arropado en mi hombro, esperando que lo animara.

Cuando llegamos a su apartamento, el aire entre nosotros volvió a calentarse. Pagó apresuradamente y volvió hacia mí, como si temiera perder aquella pasión.

Entramos en el ascensor. No quise perder ni un minuto, mis labios ya estaban en su cuello. Lo tenía inmovilizado contra la pared con todo mi cuerpo y empecé a besarle. Pero mi dominación no duró mucho. Me dio la vuelta y presionó mi mejilla contra el espejo del ascensor. Empezó a deslizar sus manos por mis piernas. Me arrepentí de no haber optado por un vestido de cóctel.

Las puertas del ascensor se abrieron, pero nuestra pasión seguía entre las paredes. Me dio la vuelta y me puso un dedo en los labios, pidiéndome silencio.

Me empujó hacia la suite. Percibí el olor a mandarina y caí de nuevo en la pasión. Sebastián me desnudaba mientras me llevaba a algún lugar. Ya no tenía prisa. Era el amo de la situación.

En medio de aquellos sentimientos íntimos, había una atracción, un deseo de tocar y sentir. A veces nuestras caricias se convertían en lujuria, a veces en pura intimidad física. Él se tomó su tiempo y yo me dejé llevar.

Un mundo de sensaciones se apoderó de mi cuerpo y mente. Toda otra realidad dejó de existir. Todo estaba en su lugar. Respondí apasionadamente a sus caricias.

Sentí que me quedaba solo en ropa interior. Sebastián me levantó y me apreté aún más contra él. Los límites ya no estaban claros. Al mirarle a los ojos, me di cuenta de que Sebastián se estaba perdiendo conmigo. Estaba disfrutando enormemente, como un animal salvaje sobre su presa.

Ya estábamos cerca de la cama. Sebastián se quitó rápidamente la ropa y me giró para ponerme frente a él. Me empujó hacia abajo, sentí su polla presionando suavemente mi culo. Acariciándome el cuerpo con sus grandes manos, me bajó los finos tirantes por los hombros.

—¡Dios! —exclamé.

Sebastián me estrujó los pechos desnudos y hundió sus labios en mi cuello. Una oleada de excitación me invadió y un gemido se mezcló con un escalofrío. Me quitó el resto de la ropa y empezó a acariciarme el clítoris.

Las sensaciones se apoderaron de mí. Gemí cuando me introdujo dos dedos. Todo mi cuerpo se tensó y tembló.

Sebastián me levantó el culo y dejé de respirar. Deseaba tanto sentirlo dentro de mí. Se tomó su tiempo, excitándome, tocándome y mordisqueándome los muslos.

De repente, lo sentí. Me invadió bruscamente y un resplandor de luz me envolvió. Al principio, penetró en mí, deteniéndose unos instantes, saboreando mi calor y mi humedad. Pero con cada embestida, se aceleraba. Mis fuertes gemidos parecían oírse en toda la casa, mientras mi cuerpo se arqueaba para recibir sus embestidas. Mis dedos arrugaban la manta y mi cara se contorsionaba mientras las oleadas de placer se sucedían.

En algún momento, el cuerpo de Sebastián se me echó encima, presionándome contra la cama deshecha. Una serie de empujones espasmódicos me llevó al límite. Grité y me estremecí con espasmos, intentando salir de mi cuerpo. Pero Sebastián me apretó aún más contra la cama. Me besó el cuello, el hombro, y solo entonces me dejó volverme hacia él. Sentí el contacto de sus labios en mis sienes, en mi frente, en mis labios.

Sus manos bajaron serpenteando, Sebastián se acurrucó entre mis piernas y mis manos se apoyaron en sus anchos hombros. Interceptó mis muñecas y las llevó detrás de mi cabeza con una mano. Volvió a llenar mi vientre. Con más paciencia, con más suavidad, moviéndose dentro

de mí con ternura. Una oleada de dicha volvió a inundarme. Sebastián empezó a acelerar el ritmo, y las olas me robaban la realidad. Gemí, gritando. Sacando los brazos, empecé a empujar convulsivamente la espalda de Sebastián. Debajo de él, fuerte y hermoso, me sentía como una diosa poderosa y a la vez una chica frágil y vulnerable.

Sebastián redujo la velocidad y, en el momento crucial, sacó su polla y la apretó contra mi vientre, grande, caliente y palpitante. Puede que fuera la primera vez que contemplaba así el objeto de mi placer, pero no pude apartar la vista. Sebastián se echó hacia atrás y me atrajo hacia él. La luz de las farolas brillaba desde la ventana. Nuestros cuerpos perfectos se fundían en la luz y la oscuridad.

¡Dios! Era precioso. Sebastián deslizó la mano bajo mi cuello y me acercó aún más a él.

Su olor suscitaba de nuevo oleadas de placer. Mis sentidos se desvanecían y mis reacciones se ralentizaban. Era como si todo estuviera cubierto por una niebla: su cuerpo, su olor, su mirada ligeramente entrecerrada.

18. Lauren



Al despertarme, sentí cosquillas en la nariz por un olor familiar, pero no era el de mi piso. Sin abrir los ojos, me levanté y me hundí de nuevo en la almohada. ¡Dios! Me di cuenta de que estaba en casa de Sebastián, embriagada por la pasión de anoche; no había visto nada. Abrí los ojos. La luz entraba por detrás de la cortina. Solo veía el contorno de los muebles, que no me decían nada.

Intenté salir de debajo de la sábana, pero la fuerte mano de Sebastián me interceptó y me atrajo hacia él. Forcejeé un poco, no mucho. Se acurrucó en mi hombro, con mi pelo enredado en su cara, para que no pudiera verle los ojos. Y creo que volví a quedarme dormida. Mis pensamientos comenzaron también la cuenta atrás y creo que me dormí de nuevo.

Me estiré y me di cuenta de que había amanecido y ya era mediodía. Robert dijo que deberíamos estar allí a las 12:00. Teníamos el día libre, pero debíamos presentarnos en la agencia. Eran las 13:00. Por primera vez en años, me quedé dormida. Miré a la otra mitad de la cama, Sebastián ya no estaba, pero oía el agua corriendo en la ducha. Estaba segura de que estaba ahí dentro.

—¡Estupendo! —murmuré.

Miré la pantalla oscura del teléfono, estaba apagado. Nadie podía comunicarse. Hm. Miré alrededor de la habitación, limpieza perfecta. O contrata a una asistente las 24 horas o limpia él mismo. ¿Y por qué ensucia tanto el estudio?

El dormitorio de Sebastián era el epítome de la elegancia y la sofisticación. El diseño minimalista desplegaba una sensación de calma y serenidad. Las paredes estaban pintadas en un relajante tono gris, que contrastaba maravillosamente con el reluciente suelo de mármol blanco.

Una cama de matrimonio con sábanas blancas dominaba el centro de la habitación, sobre la que me estiré. A ambos lados de la cama había dos elegantes mesillas negras con libros bien ordenados. Sobre la cama colgaba un moderno cuadro abstracto de colores apagados, que daba un toque artístico al espacio.

Una gran ventana del suelo al techo en una de las paredes inundaba la habitación de luz natural durante el día, mientras que unas pesadas cortinas proporcionaban privacidad y añadían una sensación de intimidad al espacio. Por eso la luz del día no me despertó. Me arrastré fuera de la cama y me acerqué a la ventana, descorriendo la cortina. La luz me cegó por un momento, y la ventana ofrecía una vista impresionante de Los Ángeles empañada por el calor.

A un lado de la habitación había un gran vestidor en el que cabía el elaborado armario de Sebastián. La puerta estaba abierta y pude ver hileras de trajes, chaquetas y camisas colgados pulcramente en perchas, cada prenda cuidadosamente ordenada por colores y estilos. ¡Era increíble!

En la esquina opuesta había un escritorio de madera pulida con una silla a juego, y una lámpara moderna proyectaba una luz cálida sobre el elegante espacio de trabajo. Una libreta y unos cuantos cuadernos encuadernados en cuero yacían pulcramente apilados sobre el escritorio, junto con un bolígrafo plateado y una pequeña planta de interior.

En general, el dormitorio de Sebastián desprendía una sensación de tranquila confianza y minimalismo, que reflejaba el gusto impecable y la atención al detalle que definían su estilo personal. Lo cual me asombró un poco y me hizo preguntarme.

Sebastián salió de la ducha, vestido solo con la ropa de su madre. Me quedé mirándole incrédula. Sonreía como siempre, luego se acercó rápidamente a mí y bajó la sábana en la que estaba envuelta.

—¿Qué haces?

Di un gritito un poco contrariado.

—¡Buenos días, princesa! Crees que te está permitido mirar y a mí no —se burló de mí.

Me gustó y me cabreó al mismo tiempo. Sebastián se acercó aún más y me rodeó con sus brazos, acariciando mi espalda.

—Por cierto, Robert nos ha llamado y ha dicho que nos presentemos en el estudio lo antes posible. Hay un pequeño encargo. Y tenemos que preparar los detalles.

Sus labios se acercaron a los míos, su voz hipnotizadora, pero lo aparté bruscamente.

—¡Cómo has dicho que estábamos juntos! Teníamos un acuerdo.

Retrocedió, creo que mi mirada nerviosa le hizo detenerse.

—Sí, no he dicho nada. Dije que en cuanto te localizara, te recogería y vendríamos juntos.

—¡Ah! Bueno, vale.

Exhalé nerviosa, notaba que Sebastián se ponía tenso.

—¿Por qué es importante para ti que no nos conozcan? Las relaciones no están prohibidas en el trabajo, ¿verdad? ¿O hay algo que no sé? ¿No dice nada en mis contratos?

Se notaba que estaba preocupado.

—No pasa nada. No te preocupes, pero no me gustaría exponerlo todavía.

—¿Quizá no estés seguro de ti misma! ¿No te gusto como compañera seria, soy solo sexo para ti?

Enarcó una ceja, tratando de tomarme el pelo otra vez. Su cuerpo presionaba contra mí. Y dejé de respirar.

—Sebastián, no. Déjame ir a la ducha, puedes pasarte rápido por mi casa cinco minutos para que pueda cambiarme.

—¡Lo que tú digas, mi reina!

Me besó y nuestras necesidades fisiológicas empezaron a imponerse. Personalmente, no pude resistirme. Quería más y más. No me reconocía. Normalmente pasaba la noche con mi pareja. ¿Qué me hace este cabrón zalamero, así le llamo en mi mente?

Pero este Sebastián se detuvo después de asegurarse de que yo estaba preparada. Acercó la palma de la mano a mi cuello, la acarició y luego la llevó a mi nariz.

—¡Me gusta tanto ese olor! Pero tenemos que irnos.

Gemí de impotencia.

—Sí, sí, nena. El trabajo es lo primero. Vistámonos, o no estoy segura de que podamos pasar por tu casa a tiempo.

Lo dijo muy sexy, y me quedé hipnotizada.

—Y la verdad, me gusta mucho estar en este estado. ¡Tan disponible! ¡Tan maleable!

Le tiré la almohada y me dirigí a la ducha. Allí mis pensamientos adquirieron el color más vulgar. No quería tocarme, quería entregarme completamente a él, sin rastro, sin mente. Mantengo mi deseo por él. Miré los pocos botes; solo encontré champú masculino. Mi pelo estaba pegajoso, necesitaba urgentemente que lo arreglaran.

—¡Mierda! ¡Robert! Él me conoce. —Maldije mientras terminaba de ducharme.

Me miré en el espejo. Los ojos brillantes, los labios entreabiertos por la excitación. Mi pelo estaba un poco mojado, intenté retorcerlo en una coleta apretada, pero desistí. No me reconocía

en el espejo. Sonreí para mis adentros. ¡Eso es lo que hacen las reacciones químicas en el cuerpo!

Mi ropa de ayer; me quedaba muy bien. Si Sebastián me diera alguna camisa blanca... Sería un atuendo estándar para el trabajo. Me asomé al baño. Sebastián ya estaba vestido y mirando algo en su teléfono. Le pregunté por la camisa, estaba muy concentrado en la pantalla. Casi sin mirarme a mí ni al armario, lo abrió. Y volví a ver allí el orden perfecto. Tenía sospechas, pero ya pensaría en ellas más tarde.

Me entregó una camisa. Me quedaba un poco grande, pero era de mi estilo. Dos minutos más y estaba lista.

Bajamos al garaje y durante todo el trayecto, Sebastián estuvo en silencio. Le devolví la mirada, sin saber qué pasaba. Pero cuando llegamos a su coche, se animó y toda su cara mostraba lo que sentía por mí. Ahora empezaba a comprender la táctica de Robert. Y pensé que le resultaría difícil despedirse de ella si no firmaba con nosotros. Aunque otra agencia, por su trabajo, podría ofrecerle ahora tres de estos bebés.

Dudé, y él me frotó la mejilla mientras abría la puerta.

—¡Bebé, te deseo!

—¿Me hablas a mí o al coche? —Me reí sin pudor.

—¡A ti! Ya lo veo. ¡No seas celosa!

Y esta atracción sobre asuntos sutiles volvió a apoderarse de nosotros. Lo que sigue es la idealización de la pareja y la dependencia de ella.

Consideré con qué cuidado y al mismo tiempo con qué pasión conducía el coche. Estaba claro que sabía lo que hacía, igual que ayer conmigo. Volví a pensar. Los pensamientos sobre sexo no me abandonaron.

Delante de la agencia exhalé y volví la cabeza hacia Sebastián.

—Por favor, ten cuidado con Robert respecto a nuestra relación. Es mi amigo y no me perdonará que no se lo haya dicho antes.

—Vale. Entendido. ¿Se lo has dicho ya a alguien?

Dejé su pregunta sin respuesta. Se apresuró a aceptar, lo que me hizo sospechar. Pero ya pensaría en eso más tarde. Subiendo las escaleras hacia el primer piso, Sebastián caminaba muy cerca de mí. Aceleré el paso, y él también lo hizo. En un momento dado me pellizcó el trasero. Chillé sorprendida y miré a mi alrededor con aprensión para que no nos vieran desde los lados.

—¿Qué estás haciendo?

—Ah, sí, lo siento, vamos a llamar la atención. Pero tu culito me excita tanto... Pero lo entiendo. No lo volveré a hacer.

Levantó las manos, diciendo que se daba por vencido. Me hizo gracia su tono infantil. Tenía sentimientos encontrados, ¡también quería acurrucarme junto a él y tocarle su sexy culo! Pero de alguna manera, en mi mente, significaba como un crimen. Me sorprendí a mí misma pensando que estaba disfrutando enormemente estando atada a Sebastián. ¡Me gustaba no estar sola!

Robert y otros dos hombres nos esperaban en la recepción. Robert les presentó a Sebastián, y yo me limité a asentir con la cabeza a modo de saludo. Eran los fundadores principales. Robert los dejó y entró con nosotros en el estudio, hablando de las tomas de una de las tardes.

—Robert, ¿es eso? —pregunté.

—Sí, chicos, siento sacarlos de su litera. Pero tenía que presentarles a Sebastián. Necesitan conocer personalmente a su gallina de oro. Eso es todo.

—¿De qué letra? —preguntó Sebastián, confuso.

—De la tuya. Él de la suya, tú de la tuya. ¿O hay algo que quieras decirme, Lauren?

Robert me miró fijamente, y Sebastián se puso a mi lado, sonriendo como un gato que acabara de comer. Se delató por completo.

En cuanto a Robert, se apartó de nosotros para decirle algo a la secretaria. Sebastián me envió un beso al aire y entrecerró sus ojos sexis, mirándome sin el gesto. Me tapé los ojos en respuesta, armándome de paciencia como haría con un niño revoltoso. Robert volvió hacia nosotros con una sonrisa burlona y nos soltó de inmediato.

—No hace falta que digas nada, Lauren. Lo del suavizante de ropa puede ser una coincidencia. Pero el mismo champú para hombres Head&Shoulders...

Entrecerró los ojos y se acercó a mí, inhalando el aroma. ¿Cómo diablos es Robert? Al menos fingiría que no se había dado cuenta. Continuó.

—Si a este tipejo no lo conozco de nada, no es probable que confunda tu aspecto con el sexo. Y Lauren, esa camisa de hombre te sienta muy bien.

Lo dijo muy fácil y sencillamente. Y yo estoy dispuesta a hundirme. Mierda, es como si fuera una niña pequeña que se ha portado mal y me regaña. Si digo algo para justificarlo ahora mismo, ¡estoy muerta! Me callé, como es siempre mi táctica. Quizá pueda librarme de esto una vez más.

—Sí, vamos, chicos. Estoy bromeando. De todos modos, ahora tengo que quedarme con nuestros directores financieros. ¡Y luego podemos cenar juntos! ¿Están bien?

Robert nos recorrió rápidamente con la mirada y perdió el interés. No parecía esperar una excusa.

—Sí, es una buena idea. Sólo que probablemente no podré ir esta noche —replicó Sebastián.

Miré con extrañeza a nuestro apuesto hombre, pero desvié la mirada, no ahora, no delante de Robert.

—Sí, me encantaría. ¿Quizá deberíamos invitar también a Brianna? Si no te importa, Rob —me aferré a todo como a un salvavidas.

—Bueno, entonces cambiaremos la fecha cuando Sebastián pueda. Me da igual.

Quería cambiar de tema, no es que fueran amigos. ¿Y cómo quedaría? Cena, los cuatro. ¿De qué vamos a hablar? Me sorprendí a mí misma haciendo una extraña discusión, y no sé qué tiene que ver Brianna con ello. No sé en absoluto lo que estoy diciendo.

—¡Claro que sí! ¡Estoy totalmente de acuerdo! —Sebastián sonrió satisfecho al decir esas palabras, y con el rabillo del ojo me miró descaradamente.

—¡Genial! —Con una mirada furtiva a Sebastián, asentí a Robert.

Robert parecía muy ocupado preguntándose qué habría en su teléfono, pero tampoco era el primer día que lo conocía. A nuestro Robertini se le mueven hasta las orejas, es muy necesario que esté al día. Espero que me perdone por tener que adivinar lo de Sebastián y de mí misma.

Suspiré y me acerqué a nuestra secretaria, que ya había preparado todo el papeleo para la revista.

19. Sebastián



Yo era irresistible. Me sentía como el dios del universo. Tras un fugaz encuentro con mis jefes, tenía un maquillador y un diseñador de vestuario personal. Y Lauren no tenía que recoger lo que ensuciaba. Me di cuenta de dónde me venía mi tendencia a tirar cosas solo en el trabajo. Era del pasado, quería incomodarles lo menos posible. Y la maquilladora estaba trabajando en mi inolvidable look de pasarela.

—¡Lauren! ¡Lauren! ¡Lauren! ¡Lauren! —Qué avergonzada se puso cuando Robert le contó todo lo mío con ella. Una cosa que no entendía era por qué actuaba así. ¿Por qué no quería salir abiertamente conmigo? Yo se lo pedí. No era el tipo de persona que se preocupaba por su reputación personal. Pensaba en ella y me empalmaba.

¡Qué cuerpo tan sensible tenía! Tan aparentemente fría, Lauren tomó mi corazón y lo calentó. Me bajé los pantalones y desvié la mirada hacia la maquilladora. No era mi tipo y, de hecho, después de Lauren no había otro tipo aparte de ella.

También tenía un nuevo amigo. Pensar en él me hizo sonreír un poco. Era un chico raro, se vestía como si tuviera setenta años, y en el desayuno después de la recepción descubrí que tenía la misma edad que yo. ¡Ese señor Grand! Y Grad era su verdadero apellido, como descubrí en el bar.

Pensaba que los diseñadores y las modelos debían trabajar juntos para que el aspecto de una modelo en la pasarela no fuera aburrido. De vuelta a Nueva York me di cuenta de que, trabajando juntos, diseñadores y modelos podían crear una aparición inolvidable en la pasarela. Eso era lo que hacía que el público saltara de sus asientos y dejara una impresión duradera.

¡Sonó la campana! Pensé en Nueva York, ¡la ciudad estaba en juego! Saludé con la cabeza a la maquilladora. Era una chica sencilla, de ojos marrones y baja estatura, e hizo un gesto con la

cabeza hacia la puerta. Ella sonrió cortésmente y salió de la habitación, cerrando la puerta con fuerza.

Era Michael. El último mensaje que me había enviado ayer por la mañana no me hizo muy feliz. Confirmaba que mi ex estaba implicada en todo el tinglado, o más bien su hermano. Ahora quería conocer los detalles.

—¡Hola, hermano!

—¡Hola, guapo! ¡Te he visto en los periódicos! ¡Qué guay lo que están haciendo contigo ahí!

—Sí, estoy trabajando. Solo que no tengo esas fiestas raras a las que tengo que asistir después. ¡Quizá todavía no!

—Debo decirte que el hermano de Naomi está involucrado. Ha estado pagando a periodistas de Internet y otras revistas. Se transfirieron una gran suma de varios millones de dólares de su cuenta a una agencia de relaciones públicas con "buena" reputación.

—¿Qué, varios millones de dólares? —Silbé y me callé, ni siquiera sabía cuánto valía mi reputación. Quería detalles.

—Sí. Tu caída se valoró en esa cantidad. Su hermano pequeño está directamente relacionado con tu agencia. Aún no hemos hecho la conexión, pero ya tenemos la confesión de PR. Así que no es para tanto.

—¡Ya veo! —Suspiré pesadamente. No entendía del todo qué estaba pasando ni qué tenía que ver el famoso hermano de Naomi. El puzzle no se me cuadraba.

—Así que lo primero que quiero pedirte es que pienses en cualquier detalle que pueda conducirnos a tu exagencia. Cualquier cosa, por pequeña que sea, podría ser crucial para nuestro asunto. Ahora mismo no podemos relacionar el pago con estas relaciones públicas y tus exrepresentantes. Le has demandado, ¿no? Y la agencia se cagó encima cuando vio tu éxito en Los Ángeles. Y por lo visto se olvidaron de que les pagaras para que se callaran.

Aquella información me hizo sudar, cosa que no podía permitir. El maquillaje se me correría, y ese día llevaba un maquillaje que no reconocía. Eso era lo que iba a ser sensacionalista. ¿Quién estaba debajo del disfraz, pero más probablemente debajo del maquillaje de cupido manifiesto? Estaba procesando información que no cabía en mi cabeza. ¿Cómo estaba la agencia?

—Bueno, ¿qué te mantiene callado? ¿Recuerdas algo?

Mi amigo estaba impaciente y yo era aún más incapaz de concentrarme.

—Pensaré en ello. Pero, por ahora, no se me ocurre nada. ¿Cómo está la mujer?

—Sí, bien. He leído los contratos de tu agencia, parece que están todos limpios. Y lo mejor de todo es que siempre puedes negarte y justificar tu negativa a trabajar con ellos.

—No, amigo, estoy bien en ese aspecto. ¿Te he dicho que me han traído un coche deportivo?

—Claro, ¿no te acuerdas? Seguías enviándome fotos. ¿Has decidido si te vas a quedar con ellos o vas a mirar otras agencias, porque esta es pequeña?

—No, Michael. Hasta ahora estoy contento con todo. Se ocupan de mí. A veces, alguna que otra reserva, como hoy. Estoy en el personaje de Cupido y me recuerda a una mañana de parvulario. Pero son gente sincera, ¡muy sincera incluso!

—¡Oh, Sebi! ¿Estás hipnotizado por ellos? Puedo percibir por tu voz que los sientes.

—Hermano, claro, ese día tenía un maquillador y un diseñador de vestuario personal. Esto es otro nivel.

—No parece que tengas eso aquí. ¿Qué más? ¿Y esa, la ayudante? ¿Qué pasa con ella? ¿No te ayudó con esto?

Empecé a respirar con dificultad, no creía que fuera difícil admitirlo ante un amigo. Pero ya me había hecho la idea.

—Michael, sí, por supuesto, pero no era su trabajo colorearme y vestirme. Michael —repetí el nombre de mi amigo—, creo que me he enamorado perdidamente.

—¿Tú, Sebastián? ¿Tú, locamente? Nunca te había oído decir eso, y en ese contexto.

Se rió al teléfono. Y yo me avergoncé aún más.

—¡Pues sí!

Me froté el pelo de la parte superior de la cabeza, pero ya estaba desnudo y aparté la mano bruscamente.

—Como un chico —añadí.

—No me lo puedo creer. Lo que te hicieron allí. No te reconozco, hermano —notaba la excitación en su voz.

—No me entiendo. No puedo explicarme cómo ocurrió. Lauren me tocó. Y me derretí. Me encantaba mirarla. Me gustaba verla y sentirla a mi alrededor.

—¡Sí! ¡Me sorprendes! Pero ten cuidado. Aunque veo que le estás cogiendo el tranquillo —dijo Michael con calma.

—Allí la gente no siempre era sencilla, pero creo que era más sincera.

—¿Quizá tú has cambiado? —dijo Michael con seriedad.

—¡Quizá! —Estaba de acuerdo.

—De todas formas, deberías tener cuidado, porque esa Lauren... es de la agencia, ¡y quizá quieran empañarte el cerebro!

—Quizá, Michael. Era consciente de que no tenía control sobre Lauren. Pero estaba dispuesto a correr el riesgo.

La maquilladora entró en la habitación y me di cuenta de que nuestra conversación se estaba alargando y estaba a punto de salir al escenario o algo así.

—Tengo trabajo que hacer. Saluda a tu vieja.

Sabía que no le gustaba cómo llamaba a su mujer. Pero quería animarle un poco y demostrarle que yo seguía siendo el mismo. No estaba solo en el mundo y eso me gustaba.

20. Lauren



—¡Vaya, colega, estás en racha! —Con esas palabras, Robert me rodeó la cintura con el brazo y entramos en el restaurante chino. En el restaurante se respiraba una energía excitante, el aire estaba lleno de aromas de especias aromáticas y platos sabrosos. El interior, tenuemente iluminado, estaba decorado con farolillos rojos e intrincada caligrafía, lo que añadía autenticidad y tradición al ambiente. A Robert le encantó el ambiente.

—Sí, no es nada especial, ¡solo otro romance! —respondí.

—¡Ja! ¿Cuánto tiempo llevas escondiéndote con él? ¿Eh? No has estado con ellos más de una noche, ¿verdad?

Mientras nos dirigíamos al restaurante, Robert me acosaba con sus frases burlonas. Sabía que iba a arremeter contra mí, y todavía no se había calmado. No se lo dije. Normalmente, hablábamos de lo grande que era la polla del compañero de al lado. ¡Y esta! ¡Sí!

—Robert, no exageres. ¡Solo cenamos y tuvimos sexo! Le pedí que no dijera nada.

—¿Por qué? ¡Normalmente no te importa! Aunque hayas salido con alguien en la portada de una revista. ¿Te acuerdas de aquel músico?

Robert no se detuvo. Ya se estaba riendo de mí a carcajadas. Elegimos una gran mesa redonda en el centro del restaurante. No encontrarías un ambiente íntimo en un lugar así, todo el mundo estaba por allí, pero, por otra parte, a nadie le importaba lo que pasaba en la mesa de al lado.

Tarareé en respuesta, en realidad no recordaba a aquel músico de rock. Sebastián, en cambio. Me sonrojé.

—Bueno, vale. Vale —Robert pareció calmarse—. Y yo soy Robertini, en realidad. Me molesta que me llames como en el trabajo. Siempre que puedas, Lauren. ¿Va a venir Brianna? Está al tanto, ¿verdad?

Eso sí que es algo que tampoco quería decirle a Robert. Sí, bueno, no debería importarme. Me coloqué mi máscara sin tapujos.

—Sí. Lo sabe porque se dio cuenta y preguntó.

Me detuve porque estaba empezando a poner excusas otra vez.

—¿Por qué quieres que se te ocurra cenar en un restaurante chino?

—Quiero verte en un ambiente que no sea de trabajo.

—Bueno, sí.

—Sebastián ha dicho que vendrá un poco más tarde. No tiene tiempo —resumió Robert.

Mirando hacia la puerta, vi a Brianna. Se acercó a nosotros, flotando lentamente. Su barriga había crecido mucho desde la última vez que la vimos. Su sonrisa se hizo mucho más amplia cuando nos vio. Y la habitación se iluminó.

—¡Hola, queridos!

Me levanté y la besé, y ella se recostó contra mí.

—Pues no. ¿Qué ya no cuento para nada?

—¡Por antigüedad! —dijo Brianna.

Nos echamos a reír. Y cuando le llegó el turno a Robert, también me atrajo hacia él.

—Bueno, vale, vale. Acepto tus acciones.

—¡Hace tiempo que no salimos todos juntos! —Brianna se sonrojó ligeramente por la emoción—. Por cierto, ¿dónde está Sebastián? ¿Estará allí? —me miró.

—¡Tengo que recibir un flamante saludo neoyorquino de Chris!

—Sí, llegará más tarde. Con retraso —murmuré en voz baja.

Estudiamos el extenso menú. Y Robert levantó un dedo dramático.

—Las estrellas de Los Ángeles pueden permitirse quedarse hasta tarde.

—¿Hasta cuándo? Pero yo no estaré aquí mucho tiempo. Luego tenemos que elegir una cuna para el bebé. No puedo hacerlo sola. No puedo hacerlo en Internet.

—¿No sería mejor ir a verlo y tocarlo con tus propias manos?

—Pues sí. Primero miraremos en internet, decidiremos y luego iremos a la tienda.

—Bueno, ¿por qué tan complicado? —interrumpí a Brianna. Buena táctica para convertir el tema en una discusión sobre catres y sillas.

—Chicas, chicas, vamos a pedir algo ya. Tengo más hambre que un lobo. ¿Quién quiere qué? Bueno, ¿dónde está ese Sebastián?

—El pato pekinés de siempre, rollitos de primavera.

—¡Sí, sí! ¡He oído que el pato pekinés de aquí es increíble! ¡Tenemos que probarlo! —retumbó la voz de Brianna.

Asentí con la cabeza y añadí:

—Y no podemos olvidarnos de los dumplings. Dicen que son de los mejores de la ciudad.

Me detuve y miré a Robert y a Brianna.

—¿Y vino?

—¿No vamos a esperar a Sebastián? Yo no bebo, tengo una cita —dijo Robert.

—Un afrutado para mí.

No quería limitarme por la compañía que me rodeaba. Además, nos trajeron té y empezamos a sorber de tazas especiales, charlando animadamente de nada. Mis amigos pidieron agua, y yo pedí vino. Y empezamos a charlar despreocupadamente sobre el trabajo de Chris en nuestra agencia. Pero Brianna se detuvo, me miró.

—¿Cuál es nuestro tema del día? —preguntó Brianna, y como respuesta, Robert entornó los ojos y empezó a dirigir la barbilla hacia arriba con las cejas ligeramente levantadas. Resultó muy divertido.

—Le esperaremos. No es agradable. El primer encuentro y pareceremos gente súper hambrienta. ¿Qué dirá de nosotros el tipo de Nueva York?

—No cambies de tema, preciosa. ¿Cómo te va con Sebastián?

—Nada de trabajo-sexo y una cena a medias —fruncí un poco el ceño, dándome cuenta de que de ahí no iba a salir nada serio.

Y pensé: ojalá viniera Sebastián, no estarían hablando de él delante de él. Y darme la lata con preguntas de las que ni siquiera sabía las respuestas. Aunque conozco a mis amigos, quizá la presencia de Sebastián no les avergonzaría. Sonreí y me relajé. Por lo visto, el vino con el estómago vacío ayuda mucho a asimilar una situación.

—Créeme, Brianna, en serio, tienen algo parecido. Si no, ¿por qué lo ocultarían?

—No, es que no quería que Sebastián no firmara con nosotros. No me culparían de que fuera por mi culpa.

—¿Y eso qué tiene que ver? No depende de ti, ¡solo de él! Y nadie hablaría de ello y buscaría a alguien a quien culpar. Cariño, ¿en qué siglo vives? —Robert estaba muy expresivo hoy.

—Creo que se trata de otra cosa —dijo Brianna un poco más callada de lo habitual—. Es ese modelo de China. No conozco la historia, pero quizá no te dé libertad.

—No quiero pensar en ello —fruncí el ceño, como si quisiera tranquilizarme con aquellas palabras.

—¿Quizá lo compartas con nosotros? ¿Y te entenderemos? ¡Venga! —Robert decidió seguir adelante.

—Sí, supongo que sí, pero chicos, ¡esta noche no! No quiero acordarme.

—Robert, ¿tú tampoco lo sabes? —Brianna lo miró fijamente. Él solo negó con la cabeza en respuesta.

—¡Sí, claro! —pronunció Brianna en voz alta, su cara mostraba que intentaba deducir algo lógicamente, pero no lo conseguía. Sin embargo, Robert respondió.

—Ya sé que después Lauren quiere asistir a una boda china, le gustan las peonías. Y no es que no quisiera seguir una carrera de modelo. Y ha estado en un monasterio chino. ¿Me lo confirmas? —me señaló con el dedo.

—Sí, es cierto.

—¿Quién estuvo en el convento chino? —una voz familiar sonó detrás de mí.

21. Lauren



— ¡Oh, hola! —La situación se repitió. Todos se levantaron y besaron a Sebastián, mientras yo permanecía sentada. Su aura llameante ya empezaba a quemarme.

—¿Lauren? —Se inclinó hacia mí y me besó la mejilla. Me ruboricé.

—¡Estás guapísimo, Sebastián! Aunque supongo que siempre lo estoy —Brianna me miró satisfecha.

—Creo que la maternidad es hermosa. Brianna, hoy estás guapísima —replicó Sebastián. Brianna tartamudeó, lo cual era típico de ella.

—¿Aún no habéis pedido nada? —se preguntó Sebastián.

—Creo que estábamos discutiendo... —Robert mostró su iniciativa.

—Te estábamos esperando —le interrumpí.

Robertini también parecía avergonzado, aunque en realidad no lo estaba, solo fingía.

—Siempre tenemos pato pekinés y rollitos de primavera en el pedido. El resto es opcional —le expliqué, sonriendo un poco y estableciendo contacto visual.

Sonó el teléfono. Brianna cogió su bolso.

—Parece que no podré quedarme. Chris pasará a recogerme en cinco minutos. Por cierto —recordó—, Chris te envía sus saludos desde Nueva York.

—¿Por qué es un saludo especial? —pregunté distraídamente, mirando a Sebastián a los ojos. Él sonrió ligeramente y negó con la cabeza.

—Sí, tenemos un pequeño negocio con él allí. Díselo también, por favor.

Brianna empezó a levantarse de la mesa, dejando caer todo lo que llevaba: servilleta, teléfono, bolso. La ayudé a recogerlo y la acompañé a la salida. Robert la saludó con la mano y, de reojo, pude ver que estaban discutiendo algo animadamente. Eran mucho más cercanos de lo que

pensaba. No entendía nada; Brianna quería pedir este pato y ahora se iba sin esperar a pedir. Era una situación extraña.

—Lauren, es tan guapo. Es incluso mejor de cerca que delante de la cámara y en las fotos. Y parece tan enamorado de ti.

—Brianna, no te lo inventes. No hace más que lanzar piropos a todo el mundo y luego pulirlos con su sonrisa practicada.

—No, tú y yo hablaremos más tarde. Pero creo que aquí es diferente.

—Vale, cuídate. Y Christopher, ¡comprométete!

—Vale.

Besé a Brianna en la frente y volví a la mesa. Los hombres guardaron silencio.

—Tengo asuntos urgentes que atender. Me he quedado sin nada —Robert se acercó a mí y, al igual que había besado a Brianna hace un minuto, hizo lo mismo conmigo.

—¿Qué ha pasado? ¿Pero cómo? Esta era una idea tuya. ¿Y ahora todo ha desaparecido? —Cambié la mirada de un lado a otro entre Robert y Sebastián, tratando de darle sentido a las cosas.

—¡Que se diga que te dimos una cena romántica! —Robert miró conspiradoramente a Sebastián y luego a mí.

—Lauren, lo siento, de verdad. Me ha salido un novio así. No quiero perdérmelo. Por cierto, yo tampoco te aconsejaría que no lo hicieras.

—¡Eso son muchos consejos en una sola noche! —solté un pequeño chasquido. Pero, por otra parte, me sentí aliviada de que mis amigos no estuvieran analizándonos a Sebastián y a mí toda la noche. Podía exhalar libremente. Si todo iba bien, pasaríamos más de una noche juntos en algún bar o pub. Ahora mismo, era un poco pronto para salir juntos. Ya estaba pensando en el futuro.

Desvié la mirada a Sebastián, y él me cogió la mano y sonrió como un gato contento, mirándome a los ojos, o más bien al alma. Hizo que todo mi cuerpo se encendiera y que el calor de mi bajo vientre se extendiera por todo mi cuerpo.

—Tengo intención de cenar contigo esta noche. Y el pato suena muy tentador.

No me quedó más remedio que sacudir la cabeza y aceptar. El pedido estaba hecho, la espera era de veinte minutos por lo menos.

Sebastián se acercó a mí, me rodeó la cintura con el brazo y me susurró al oído.

—Lauren, eres como un imán para mí. En cuanto te veo, no puedo controlarme. ¿Lo entiendes? ¿Confías en mí?

—Te entiendo. Pero la confianza tiene que esperar —respondí en el mismo susurro.

—¿Por qué?

—Aún no me has contado lo que te ocurrió. ¿Por qué te fuiste de Nueva York?

—Ya te lo contaré.

—Sí, empecé a buscar información en Internet. ¿Y está tan confuso? Como si no fueras tú, sino otra persona.

—¡Eso mismo estoy pensando yo, que no era yo quien estaba allí! —Sebastián bajó un poco la cabeza—. No hablemos de ello. No quiero quitarme el apetito.

—De acuerdo —asentí. Había aceptado ser una gata dócil y mansa, y junto a él estaba durmiendo todas las contradicciones que había en mí. Estaba enterrando muy lejos mi naturaleza beligerante.

—¿Qué tal tu Qigong?

—Maravilloso. Esas prácticas me están ayudando mucho. Me gustaría ir a China para dedicarle al menos dos semanas.

—¡Oh, qué magnífica idea!

—¿De verdad? —Le miré un poco dubitativa.

—¡Apoyo todo lo que sea bueno para nosotros!

—¿Y esas drogas y mujeres sobre las que escribe Internet? —No era mi intención, pero me salió solo.

—¿Qué quieres que te diga? Puede que hubiera algo, pero no sé qué leías exactamente. No quiero excusarme. Todo lo era. Pero la palabra "era" es clave aquí.

—Sí, perdona, cerré el tema. Ya me lo contarás. Es que soy tan impaciente cuando bebo.

—Ooh —buscó mis labios—. Eres muy impaciente, me he dado cuenta.

—Si me tocas, arderé aquí mismo.

—¿De deseo?

—¡De lujuria por ti! Actúas sobre mí como un mechero en una gasolinera.

—Me alegra oír eso. Créeme, es mutuo.

Nap trajo el pato y otros aperitivos, los caracoles que había pedido Sebastián. Terminé mi segundo vaso de vino y me sentí tan ligera. Me confesé a Sebastián. Me encanta que mis sentimientos sean mutuos. ¡Me apoya con la idea de ir a China! ¿Me deja ir tan fácilmente?

De todos modos, el ambiente del restaurante chino era animado y amistoso, y me trajo a la mente todos los pensamientos con una sensación de calidez y unión. Para mí, los pequeños

restaurantes chinos reflejaban el rico patrimonio cultural de la cocina y de todas las culturas. Ir a un restaurante chino siempre era algo especial para mí, y mis amigos lo sabían.

¡Todo era sencillamente delicioso y maravilloso!

Cuando salimos del restaurante, cogimos un taxi. Volví a preguntarme por qué no iba en su lujoso coche. Él no bebía.

Un taxi es como una pantalla tras la que podíamos escondernos y hacer casi lo que quisiéramos. Lo único que quería hacer en aquel momento era besar y sentir a Sebastián a mi lado. Recuerdo vagamente que volvimos a bajar del taxi delante de su casa. Nos levantamos un poco cansados de las caricias.

Sebastián había ido a ducharse. Me tumbé en la cama y parecía que me quedaba dormida cuando sus suaves manos empezaron a quitarme el vestido. Cuando abrí los ojos, solo me arrullaba, acunándome contra él. ¡Era tan dulce! Mis ojos no querían abrirse. Apretó todo su cuerpo contra mí y enterró su cara en mi pelo suelto. Solo sentía su aliento en mi cuello y mi mente se adormecía con el sonido de su respiración. ¡Divino!

22. Sebastián



A medida que pasaban las semanas, estaba contento con todo. Lauren y yo nos veíamos casi todo el tiempo, tanto en casa como en el trabajo. Íbamos al cine, cenábamos juntos, y si nos separábamos, hablábamos por teléfono durante horas después. No me había dado cuenta antes de que podía hablar así; según Lauren, ella tampoco lo hacía.

Podía sentir que Lauren era feliz, pero aún había algo que lo impedía. No quería arruinar nuestra delicada relación. Tenía confianza en el trabajo, y esa confianza se transmitía a mí.

En su tiempo libre, era todo lo contrario: suave y sensible. Como me di cuenta, a Lauren no le gustaba hacer ejercicio. Prefería dedicar su tiempo libre a prácticas espirituales o a leer literatura ligera. Yo era diferente, lo que nos atrajo aún más el uno al otro.

Me gustaba correr y prefería mantenerme activo. Los libros que elegía eran más serios, clásicos, detectives. Con Brianna congeniamos muy bien y me aconsejó sobre cafés y libros. Lauren, en cambio, admiraba mi determinación y energía.

Salió a relucir nuestra discusión sobre el qigong y el “running”, qué era mejor. Intenté que se interesara por la idea de lo que le ocurría al cuerpo. Después de recomendarle que leyera "De qué hablo cuando hablo de correr", de Haruki Murakami, decidimos experimentar.

Un día me preguntó si podía acompañarme a correr por la mañana. Por supuesto, sonreí, entusiasmado ante la perspectiva de compartir con ella algo que me encantaba. Charlamos a un ritmo pausado, riéndonos mientras trotábamos por el tranquilo parque matutino que había junto a casa. Me esforcé mucho por asegurarme de que tuviera una buena experiencia.

Después de correr, Lauren se acercó mucho a mí y me dijo:

—Tengo que decirte que esta clase me ha dado una energía increíble.

La atraje hacia mí, mirándola a la cara. Tenía gotas de sudor en el labio y mechones de pelo fuera de su sitio, detrás de su moño deshecho. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Mis músculos arden de tensión.

—Has hecho un gran trabajo siguiéndome el ritmo.

—Siento una sensación de orgullo y satisfacción. A ver qué tal mañana.

—Bien, ahora me toca a mí cuando podamos asistir juntos a tu clase de qigong. Me da ganas de probar algo nuevo.

Lauren enarcó una ceja y bromeó:

—¡Nunca he oído hablar de eso!

Nos reímos.

—Podemos organizarnos mañana. Le preguntaré a Cian. Creo que te gustará —continué, calmándome entre risas—. Quizá tengas que venir a mi casa y explicarme algunos de los principios y beneficios de la práctica.

Tenía muchas ganas de pasar más tiempo con ella.

—Sí, tienes razón. Son movimientos que tienen efectos tanto en el cuerpo como en la mente. Todo tiene que estar controlado y en equilibrio.

—Lo comprendo. Siempre me ha costado quedarme en algún sitio. Pero estoy dispuesta a intentarlo.

La mañana siguiente llegamos temprano al parque. Le ofrecí a Lauren correr antes de la clase, pero ella declinó la oferta. Extendió una esterilla y empezó a estirarse. Sus muslos estaban enfundados en mallas ajustadas que realzaban su figura aún más.

—Te espero aquí.

Asentí y delineé mi camino con la mirada. Todas mis preocupaciones y el estrés acumulado por la mudanza se desvanecían a cada paso. Cuando la gente empezó a reunirse, me volví hacia ellos. Lauren lucía una suave sonrisa, ahora sabía de dónde la sacaba en la vida real.

Era muy temprano y la iluminación era la adecuada para reflejar la calma y la concentración de que nos disponíamos a practicar. No había música ni incienso, pero me dio la impresión de que estábamos en un estudio. Había un globo invisible que nos cubría.

Sí, los movimientos tenían que ser fluidos y centrados; me esforcé al máximo. A veces me balanceaba en alguna postura, cuyos nombres eran demasiado complicados para mí. Pero estos movimientos me daban una sensación de relajación. Podía sentir la presencia de Lauren, sus esfuerzos, su mirada de apoyo y aprobación. Dios, ¿tendría que averiguar qué le gustaba?

Mi mente estaba en perfecta armonía. Miré a la profesora y me di cuenta de que había una energía completamente distinta en nuestras vidas. Una sensación de renovación y paz estaba presente en mí.

Me presentaron a la profesora.

—Gracias —fue todo lo que conseguí decir. No entiendo por qué, pero quería guardar silencio.

—Gracias por compartirlo conmigo —dijo Lauren, con la voz cargada de emoción.

Yo también le devolví la sonrisa suavemente mientras ella lo hacía. Podía sentir que mis ojos me delataban. Transmitían calidez y afecto.

—Gracias, Lauren. He descubierto algo diferente —dije, tomando su mano entre las mías—. Me alegro de que podamos experimentar cosas nuevas juntos. Ahora entiendo mejor tu apego a las prácticas espirituales.

—¿Practicarás?

—Ya veremos. No puedo prometer nada.

Me sorprendí sonriendo suavemente. La cogí en brazos y corrí hacia el banco más cercano.

—Espera. Espera. No me he despedido de la profesora.

—La próxima vez.

No la solté.

—¿O vas a cambiar a correr?

—¿Por qué no puedes combinar ambas cosas?

—¡Sí, tienes razón! Puedes combinar las dos cosas. Pero por ahora, prefiero correr.

Sentí una gran oleada de energía. Lo principal era mantener esas sensaciones, esa estabilidad. Me estaba divirtiendo, ya me sentía el amo de la vida. Y nada iba a derribarme de ese pedestal.

23. Sebastián



En cuanto entré en el estudio de la agencia, miré a mi alrededor. Y no podía creer lo que veían mis ojos. Había una mujer trabajando en el set... ¿Naomi?! ¿Qué hacía ella aquí? ¿Por qué había venido a Los Ángeles? Es guapa, pero no es modelo.

Para ser sincero, no creía realmente lo que Michael me había contado. De hecho, no podía relacionar lógicamente a Naomi con mi exagencia. No me caía mal, pero no quería hablar con ella. Era como un eructo del pasado. Desapareció cuando necesitaba a alguien cerca de mí. Eso era todo lo que sentía, que no era nada.

Por supuesto, Michael se enteró de mi rápido ascenso a la fama. Entonces, naturalmente, Naomi también se enteró. Miré al set donde estaba posando y no pude encontrar la energía para acercarme a ella y saludarla. El estudio bullía de actividad; los modelos posaban para las cámaras. En el aire se oía el chasquido de los obturadores y el zumbido constante de las conversaciones, mientras los fotógrafos y los ayudantes daban instrucciones a las modelos.

Naomi, mi ex, estaba entre las modelos. Sus impresionantes rasgos faciales y su esbelta figura la hacían destacar incluso entre las demás, sin duda. Pero eso no debía preocuparme.

Miré a mi alrededor buscando a Lauren. No la vi. Con un suspiro de alivio, oí inmediatamente:
—¡Cariño, hola! ¡Cariño!

Por supuesto, era la dulce voz de Naomi. Todo el personal se me quedó mirando. No hablábamos de nuestra relación con Lauren, pero corrían rumores. Y lo de anoche con Lauren lo decía todo. Tiene algún tipo de herida que no le permitía mantener una relación íntima. Robert no entró en detalles, pero me hizo saber que no debía hacerle daño.

Mientras tanto, Naomi caminaba hacia mí y quise tenderle la mano, pero ella hizo caso omiso y se acercó con sus labios pintados a los míos. En el último momento, me aparté y la besé en la

mejilla.

—¿Qué haces aquí?

Apreté los dientes. Ella juntó las pestañas como si fuéramos amantes, como si no hubiera pasado nada.

—¿No estás contento de verme?

—Hablemos en otro sitio —dije con los ojos en blanco—. Aquí no, por favor, Naomi.

—¡Bueno, al menos no has olvidado mi nombre, y eso es bueno!

No sabía dónde meterme. Todo el personal fingía ocuparse de sus propios asuntos, pero yo notaba los oídos de todo el mundo. ¿Qué hacer? No podía resolverlo. Sonreí dulcemente y lo dije en voz alta para todos.

—¡Oh, qué sorpresa! Buenas tardes, señorita... —Me detuve, había olvidado su apellido.

—¡Hola, hola, querido! —retomó mi juego. Y entonces, por el rabillo del ojo, vi a Lauren. Venía hacia nosotros.

—¡Hola, Sebastián! Esta es nuestra nueva modelo de Nueva York que ha decidido empezar una carrera en Los Ángeles. Igual que tú —lo dijo con una voz muy profesional. Los ojos de Lauren brillaron y me miraron directamente al alma. No quería ocultarle nada, pero hasta que no averiguara por qué estaba realmente aquí, no quería explicarle nada a Lauren y ponerla en duda.

—¿Os conocéis? —preguntó Lauren.

—No —dije rápidamente. Vi que Naomi abría la boca para decir que sí. Me adelanté—. Bueno, podéis tomar un café juntas. Creo que tenéis mucho en común —dijo Lauren con naturalidad.

Me di cuenta de lo nerviosa que estaba Lauren, pero no quería apartar la mirada del agarre bestial de Naomi. Lauren observaba a las modelos posar, sus cuerpos curvándose en poses increíblemente bellas y seductoras. Eran como estatuas que cobraban vida, sus cuerpos perfectamente esculpidos y afilados. Y no sabía si estaba fingiendo o realmente absorta en el proceso. Estaba enfadada, pero no sabía con quién. Por lo visto, las modelos no tienen mucho cerebro. Pensé en ello y sonreí.

—Vamos, te enseñaré nuestro café de enfrente. ¿Cuánto tiempo llevas en Los Ángeles? Hacen unos croissants estupendos allí. ¿Comes croissants? Según tu figura, supongo que no. Sigues una dieta muy estricta, ¿verdad? —No me detuve a propósito y no dejé que abriera la boca.

—Eres muy educado al llamarme "tú" hoy.

—Oh, ¿nos conocemos? —Salimos por la puerta, esperando que Lauren no nos oyera.

En cuanto salimos por la puerta, la cogí por el codo y tiré de ella con fuerza para sacarla del edificio del estudio.

—¿Qué haces aquí?

—Esperaba una bienvenida más cálida.

—¿Qué esperabas de mí? ¿Qué clase de circo es ser modelo?

Gruñí. No quería nada de mi vida pasada, ni siquiera ese sexo ambulante. No codiciaba el rastro neoyorquino de la fama. Nada.

—Tú fuiste quien me dejó. No me devolvías las llamadas cuando necesitaba ayuda. O al menos alguien me habría escuchado.

—Pero yo...

—¿Tú qué? Incluso rompiste conmigo a través de tu hermano.

—¿Hermano?

—¿Creía que tenías un hermano? ¿Tu único hermano es músico?

—¿De qué estás hablando? No entiendo nada.

Ya me había calmado. Ya no gritaba. Ahora iríamos a tomar un café y a resolver las cosas. Pero Robert estaba en la cafetería. Puse discretamente los ojos en blanco.

—¡Hola!

Intercambiamos apretones de manos de bienvenida. Y nos sentamos en la mesa a su lado. No tenía ganas de hablar de nada.

—Bueno, ¿por qué estás tan callada? Sigue culpándome.

—No estoy culpando a nadie. Solo dime, ¿por qué has venido aquí?

—Quiero probar a ser modelo. He visto tu éxito con esta agencia. ¿Por qué no?

—¿Pero por qué?

Me di cuenta de que tendría que explicárselo todo a Robert antes de que él se lo contara a Lauren. Y lo haría. Estoy seguro de que lo hará. Y Lauren la habrá visto en línea conmigo.

—¿Por qué? —intervino y volvió a apoyar el pie en la pierna.

—De ninguna manera creo que con tu mal genio podrías ser modelo. Hacerte un par de fotos, sí. Pero nada más. No tienes ni idea de lo que es ser modelo.

—Pues me lo vas a contar todo, ¿no?

No paraba y me di cuenta de que no había conversación que mantener. Quizá debería conectar mi caída allí con su familia.

—¿Sí? Podrías levantarte a las cinco de la mañana y conducir hasta el fin del mundo, y luego a un banquete hasta medianoche y más. Y al día siguiente, volver a estar en forma. Y además, en tu caso, tienes que caminar por la pasarela ocho horas al día si quieres que te contraten. Y llevar lo que te digan que lleves y tener el aspecto que te digan que tienes que tener.

—¡Eres un pesado! Cualquier otro estaría contento de que viniera a verle. ¿A qué sí?

—¿Otra? Yo no soy otra. Recuérdalo.

Quería pagar y largarme.

—Cenaremos juntos y te lo contaré todo. Y tú me iniciarás aún más en las delicias del modelaje. Sebastián, ¿por favor? ¡Solo una cena!

—¡No! ¡Lo nuestro se ha acabado y no puede pasar nada!

—¡Vale!

Ella resopló. Un destello de peligro pasó por mi mente, pero no había forma de captarlo y sacarlo lógicamente. Salí al exterior. Respiraba muy fuerte, como si hubiera corrido diez kilómetros a toda velocidad. Pero entonces alguien me golpeó el hombro.

24. Sebastián



Rob —le llamé, mirando a mi alrededor—. ¿Podemos hablar?

— Podía sentir la tensión en su voz y, a pesar del día soleado, había nubes en mi cabeza. Exhalé un suspiro.

—Por supuesto. Yo también quería hablar.

Fuimos a dar un paseo. Había un parque con un lago cerca de nuestra oficina, y era un lugar agradable para dar un paseo tranquilo. A veces llevaba mi ropa de gimnasia y salía a correr, sobre todo por la mañana temprano, cuando apenas había nadie más en el parque.

—¿Conoces a esta chica?

—Sí. Es mi exnovia.

—Uf. Pero era parecida. —Rob sonrió—. ¿Lo sabe Lauren?

—No. No puedo arriesgar los sentimientos de Lauren.

—¡Buena respuesta! No te preocupes por mí.

—¡Gracias!

—Vale, eso no viene al caso. Dime, ¿conoces bien a esta chica? Pero su expediente llegó hace dos días, no tiene experiencia, ¡pero su hermano estrella podría hacernos de RP! ¿Qué te parece? ¿Merece la pena?

Reflexioné un momento. Robert me consultaba sobre qué hacer con mi ex. Podría decirle que no y hundirla, o decirle que no se involucrara. Estaba confundido. Pero decidí decirle las cosas como son. Que se decidiera por sí mismo.

—¿Robertini?

—¿Sí? Robertini está bien. Ahora no estamos trabajando, ¡solo estamos pasando el rato! —Me cogió del brazo, buscó mis bíceps y los tocó ligeramente—. Si no fuera por Lauren, ¡lo habría

intentado!

Sonrió socarronamente. Lo importante era que me había posicionado definitivamente para él.

—¿Tienes tiempo ahora? ¿Suficiente?

Asintió y me escuchó sin interrumpirme. Me di cuenta, por su cara, de algunos hechos que conocía, pero no por Internet. Como cuando me chantajearon con fotos mías con una señora casada muy rica. No teníamos nada, pero no se notaba en las fotos. Era una de las fiestas que organizaba el hermano de Naomi.

Robert silbaba en alguna parte. Me cogía del codo de vez en cuando, quizá temiendo que se cayera por la información que estaba recibiendo. Llegamos al lago y nos sentamos en un banco. Resumí lo que había dicho Michael, que tal vez todo estuviera relacionado con la familia de Naomi y mi exagencia de Nueva York.

—¡Claro que sí! Es evidente. Y ella no está aquí por nada, créeme. Es el tipo de persona que no tiene que trabajar y sus nietos tampoco. Pero está aquí.

—¡Sí, tengo que avisar a Michael lo antes posible!

Saqué el teléfono y empecé a escribir un mensaje: "Llámame, si es posible. Es urgente".

Podía sentir cómo se movían los pensamientos en la cabeza de Robert. Estaba considerando algo, no le interrumpí.

—Sí, los hechos y la información son escasos. Pero quizá tenga sentido sonsacarle algo a Naomi. Quizá deberías ir a cenar con ella.

—Pero...

—Lo he oído. La rechazaste. Pero eso no significa nada. Enciende el encanto. Seguro que tu amigo, el abogado, también te lo dirá. Naomi es nuestra pista. Quizá realmente no lo sepa, quizá esté implicada, quizá esté adivinando algo.

Suspiré. Pero Robert tenía razón. Mucha razón, incluso.

—Además, si está implicada en todo esto o no, ya no importa. Nos interesa como modelo. Puede ser un éxito o un completo fracaso. Y no vale el dinero.

—Sí. Confié en Naomi durante un tiempo. Con Lauren, tengo confianza. Ha hecho todo lo posible para que sienta que pertenezco a este lugar. No quiero perder su confianza.

—Sebastián, veo que está celosa, la ha estado vigilando y lo sabe todo. Yo no he llegado tan lejos, pero Naomi se mueve bastante bien delante de la cámara, es bastante fácil. Y ahora mismo tenemos una gran escasez de profesionales. Hemos doblado el listón y solo nos rodean aficionados. Y el deseo de Naomi es evidente.

Intenté no interrumpir a Robert.

—No creo que sea una buena idea —dije con voz firme—. No puedo trabajar con ella, Robert. Es demasiado complicado.

Me di cuenta de que Robert comprendía todas mis preocupaciones, un poco decepcionado.

—Entiendo lo que quieres decir. No te hagas ilusiones de que puedes dejar de lado todos tus sentimientos personales por el bien del éxito de la agencia.

—Te entiendo. De Lauren ya nos ocuparemos, de Naomi primero. Ah, y no creas que Lauren es estúpida: probablemente reconoció a mi ex por Internet.

—Sí, pero no quiero ni pensar en que no estemos juntos.

—Lo comprendo. Doy fe de que con Lauren te ayudaré. Gracias por decírmelo. Te lo agradezco mucho. Si firmamos un contrato de verdad contigo, creo que funcionaremos. Eres muy sincero. Hay muy pocos como tú en nuestro mundo.

Robert suspiró, dándose cuenta de que poco podía hacer para hacerme cambiar de opinión.

—Sebastián, lo entiendo, no hace falta que te lo repita. Ponte en contacto, averigua la información. Te garantizo que en la agencia no se quedará.

—¡Gracias!

—¡Sí, ya lo creo!

Le di una palmada en el hombro y volvimos al estudio. Robert fue a su planta, y yo al área de trabajo, para asegurarme de que Naomi no hiciera un número.

En el estudio, encontré a Naomi preparándose. Encendí mi encanto y me acerqué a ella sonriendo. Iba vestida con unos simples vaqueros y un jersey ligero. No parecía precisamente fresca. No estaba sorprendida, lo daba todo por hecho. Nos habíamos quedado para cenar con ella. Pero esta noche no, esta noche estaba muy cansada.

Sonreí satisfecho. No había trabajado ni un solo día en su vida. Va a ser duro. ¿Por qué está aquí realmente?

Mis ojos buscaron a Lauren. No estaba por ninguna parte. Decidí preguntar a Naomi.

—¿Has visto a mi recepcionista, Lauren?

—No. ¿Quién es?

—¡Es la chica que se nos acercó y me presentó!

—Ah, claro, ¡lo siento! —Naomi estaba muy distraída. Estaba recogiendo sus cosas dobladas y se le cayeron de las manos. Era extraño verla, como si estuviera bajo algo. ¿Drogas? ¿Píldoras? La observé y decidí ayudarla.

—Dime, ¿dónde puedo llevarte o no estás lejos de aquí?

—No estoy lejos de aquí. Pero si me acompañas, será original.

—Vale.

Naomi me lanzó una mirada de lástima. Cogí su bolso y fuimos al garaje.

—¿Estás bien?

Ella no contestó con la voz, solo asintió. Se movió detrás de mí sin hablar.

—Solo estoy cansada, además esas cámaras me cegaban la cara. Hacía mucho calor.

Me di cuenta. Decidí no hacerle más preguntas. Quizá si es la primera vez que filma, es un esfuerzo que consume mucha energía.

Cuando vio el coche, no se reflejó en ella ninguna emoción. La senté en el asiento y le pregunté adónde ir. Naomi me contestó en voz baja:

—Te lo enseñaré.

Pero en cuanto salimos del garaje, se desmayó. Me detuve e intenté sacudirla, pero ella solo gemía y murmuraba incoherencias. No cabía duda de que las drogas se estaban apoderando de su vida y así había sido durante mucho tiempo.

Mierda, ¿adónde ir?

Giré el volante y me dirigí a mi casa. En aquel momento, no vi otra salida.

25. Lauren



Brianna y yo habíamos sido las mejores amigas desde que estábamos en primaria. En el instituto, nuestros intereses divergieron, probablemente porque yo dedicaba más tiempo a mí misma y a modelar para la escuela en Bakersfield. No había mucho tiempo para las amigas. Pero después de mudarse a Los Ángeles, nuestros caminos volvieron a ser paralelos.

Mientras crecíamos, lo compartíamos todo, desde la ropa hasta los secretos. Recordando la infancia, éramos inseparables. Teníamos gustos muy diferentes en cuanto a los chicos. Yo siempre elegía los tipos tranquilos y artísticos, y Brianna prefería a los extrovertidos y atléticos. Ahora parece ser lo contrario.

Ahora, sentadas ante una taza de café en nuestra cafetería favorita cerca de la agencia, lo recordábamos con vigor. Todas las situaciones que nos deparaba nuestra ciudad natal, las situaciones con los profesores. Mientras sorbía mi café con leche, no pude evitar hablar maravillas de Chris. A su vez, Brianna me respondió de la misma manera, diciéndome que Sebastián no era una mala persona.

—¡Es un modelo, Brianna!

—¿Y qué? ¿Qué los modelos no son personas? Acaba de mudarse a la ciudad. Se está instalando rápidamente. Es muy guapo, Lauren. ¿Qué te pasa?

—Estoy enamorada de él. Su pelo rubio ceniza, como el tuyo. Sus expresivos ojos azules, pero de piel oscura. Y su forma de trabajar. Pero...

Hice una pausa. Decidí si quería contarle a Brianna lo que me molestaba o no.

—Brianna, su pasado es muy oscuro, y parece que lo está alcanzando aquí. O más bien, él lo está trayendo.

Mi sonrisa se desvaneció. Brianna, por supuesto, se dio cuenta de lo que me preocupaba. Se removió un poco en la silla, pero siguió escuchando atentamente con una sonrisa en la cara.

—Ayer volví al estudio de Sebastián para ver si tenía nuevas contrataciones. Me dijeron que estaba en el estudio. Así que subí a saludarle —dije en tono bajo y vacilante—. Y la vi.

—¿A quién? —preguntó Brianna, con las cejas fruncidas.

—A la exnovia de Sebastián —contesté, con la voz apenas por encima de un susurro—. Estaba en el estudio con él. No fue difícil adivinarlo. La recordaba por las fotos de Internet.

—¿Y qué? No se... besaron, ¿verdad?

Por la expresión de Brianna, se notaba que estaba disgustada. La idea de que él siguiera enamorado de su exnovia me mantenía en vilo.

—Seguro que no es nada, Lauren —dijo Brianna, poniendo una mano tranquilizadora sobre mi palma—. Quizá solo sean amigos.

Asentí, pero no podía quitarme la sensación de inquietud. No sé por qué, pero decidí no decirle a Brianna que, al hacerlo, también me había mentido como un niño acerca de que no la conocía.

No quería que Brianna se preocupara mucho por mí y diera a luz antes de tiempo.

Sonreí con tristeza y le pregunté cómo iba su embarazo y la preparación de la habitación para el bebé. Brianna y Chris no querían saber de antemano el sexo del bebé. ¡Qué extraño, en nuestro mundo moderno! Se hicieron apuestas. Yo aposté por un niño. Robert por una niña. Pero eso es asunto suyo, y a nosotros nos divierte. Aunque Brianna a veces hacía pucheros cuando empezábamos a discutir y a subir las apuestas delante de ella sobre quién nacería.

Me relajé durante el tiempo en que Brianna me contaba el ajetreo familiar. En mis pensamientos solo germinaban ideas sobre lo que haríamos Sebastián y yo, cómo decoraríamos la habitación del bebé. Sacudí la cabeza. ¡Aquello era una especie de obsesión!

—¿Por qué no me cuentas lo que te pasaba en China? Podrías salir oficialmente en la prensa con Sebastián y ya no te detendría ningún ex.

De repente, Brianna dejó el tema y se puso muy seria, inclinando ligeramente la cabeza hacia mí. Me arrepentí de haber bebido el café rápidamente y no sabía dónde poner los ojos ahora.

—Después de todo, allí es donde tuviste tu historia con el modelo que te impide ser feliz aquí y ahora. ¿Quizá te ayudaría la perspectiva de alguien de fuera?

Me quedé en silencio, reflexionando, sopesándolo, y luego, con un suspiro, dije:

—De acuerdo. Pero estoy terriblemente avergonzada, Brianna. Y no se lo he contado a nadie más que a mi hermana. Y por eso ahora no está en contacto conmigo, aunque me ayudó a salir de...

Me detuve. Me costaba respirar. Pedí agua al camarero.

—Venga. Estoy segura de que será más fácil. Pero ya conoces mi historia cuando me meé encima delante de la clase.

Nos reímos un poco. Me di cuenta de que nuestras historias eran totalmente distintas, pero las risas aligeraron el ambiente. Y cuando el camarero trajo una botella de agua, bebí un trago, tosí y empecé mi historia.

—Era aquella época en la que salir de marcha estaba de moda. ¿Recuerdas que nos pasábamos horas eligiendo zapatos y vestidos para lucirlos bajo las luces del bar? Me pidieron que posara para un anuncio de un bar local. Pero a ti no te gustaban los clubes, creo que porque ayudabas en la cafetería de Margaret.

Brianna asintió y acercó un poco más la cabeza a mí.

—Se llamaba Aaron. En una de las fiestas en las que estaba trabajando en vez de relajándome, se acercó a mí y se presentó. Dijo que también era modelo y que trabajaba en Las Vegas, y que estaba visitando a un amigo o algo más que no recuerdo y no importaba. En fin, me invitó a tomar un café y así empezó todo. Se quedó conmigo tres días. Era como un príncipe de un cuento de hadas. Guapo hasta la locura, un poco delgado y lo que yo pensaba que era perfecto en aquel momento. Alquilamos un coche caro y fuimos a pasar la noche en San Francisco. Todo brillaba para mí en aquel momento.

Tomé aire. Debería acortar un poco la historia, pensé. Pero miré a Brianna y decidí contárselo todo.

—Rompimos. Prometió volver a llamarme, pero desapareció. Durante un mes, estuve en el infierno. Y para entonces ya debería haber tomado una decisión. Pero entonces volvió a aparecer. Sucedió tres o más veces. En ese momento, ya me había dado su número de teléfono, pero casi nunca contestaba. Estaba en un columpio con él. Entonces me parecía un tipo sencillo y despreocupado. Cuando él estaba cerca, el mundo entero estaba a mis pies.

—¿Y entonces qué ocurrió? ¿Qué tiene que ver con China? —insistió Brianna ahora.

—Una vez más, apareció. Y dijo que le ofrecían un trabajo de modelo con contrato. Y que si quería, podía ir con él.

—¡Vaya! ¿Y dijiste que sí? —Brianna no podía quedarse callada. Le excitaba lo que estaba oyendo.

—Bueno, ya sabes. Acepté ir a China. No tenía ni idea de ese país. Y ahí empezó a cambiar nuestra relación. Él tenía un contrato con una agencia. Yo estaba sin contrato y mi visado ya había caducado. Ejercía de modelo, pero me pagaban mucho menos. Mi enamoramiento se

fundía con la vida cotidiana. Nuestro problema era que Aaron nunca estaba cerca de mí. Los papeles que hacía en el set, también los hacía conmigo.

—Sí, hasta ahora no veo nada malo en tu enamoramiento.

Pedí otro café y Brianna un batido de plátano. Miré por la ventana, empezaba a oscurecer. De repente, mi historia había cruzado ese oscuro umbral.

—Empecé a perderme como persona. Su mundo me devoraba, me había convertido en una marioneta para él, controlada mediante hilos. Manipulación. Según él, lo que más tarde resultó no ser cierto, renovó su contrato e íbamos a quedarnos otros seis meses. Yo ya había empezado a hablar de volver a casa. Pero eso solo le molestó a él. No aparecía por las noches y yo me enganchaba aún más a las drogas. Sí, ya lo había hecho antes, pero era solo por diversión. Y en China, buscaba una salida, una forma de calmarme. Pensé que llegaría y lo cambiaría todo. Pero no. Sus amigos borrachos, sus fiestas. Los trabajos dudosos que me pasaba. Empezó a venderme. Cada vez me daba menos dinero. Quizá temía que huyera de él. Los escándalos no paraban. En uno de los escándalos, me violó. Yo no quería, pero él insistió. La siguiente vez que me resistí más, me pegó. Las drogas no tenían el mismo efecto que antes. No paraba de traérmelas y ya estaba colocada.

Vi la cara de Brianna delante de mí, pero no había ningún juicio en ella. Lo busqué, pero no lo encontré. Solo había lágrimas en el rostro de mi amiga.

—¡Si no quieres seguir, para!

—Se aprovechaba de mí. Un día, salí de mi estado comatoso. Decidí solicitar directamente que me enviaran a casa, al consulado. Fui a su agencia. Resulta que su contrato terminó hace mucho tiempo. Y no estaba trabajando allí. Así que me entró el pánico. Llamé a mi hermana. Sabía que sería un shock para ella, pero me di cuenta de que no iba a salir sola. Las cosas empezaron a encajar.

—De alguna manera se enteró de que estaba en la agencia. Y que había llamado a casa porque había leído un mensaje de mi hermana diciendo que se iba. Y tras drogarme a la fuerza, trajo a sus amigos. Me desperté en el hospital. Mi hermana estaba a mi lado.

Brianna estaba conmocionada, lágrimas corrían por su rostro.

—Lauren, lo siento mucho. No sabía nada de esto. ¡Eres tan fuerte por haberlo superado!

—Gracias, Brianna. No ha sido fácil, pero estoy aquí. Ahora estoy intentando construir una vida nueva con Sebastián. Solo espero que el pasado no nos alcance.

Brianna me abrazó con fuerza. En ese momento, su apoyo significaba el mundo para mí.

—¡No! —Brianna me agarró la mano. No es que estuviera llorando, hacía tiempo que lo había superado, y lo había superado varias veces. Simplemente no tenía ganas de compartir mi mierda con la gente que me rodeaba—. A partir de ahora, nada de modelaje en mi vida y no quiero volver a trabajar en la pasarela. Ni siquiera habría vuelto a la industria si no fuera por Robert. Verás, Aron solía venderme para espectáculos dudosos, y él mismo se aprovechaba de mí. Luego resultó que tenía varias chicas trabajando para él al mismo tiempo. Me dijeron que me había librado fácilmente.

—Dios mío. Menuda historia. ¿Cómo sobreviviste a aquello?

—Mi hermana llegó a tiempo. Yo yacía inconsciente, el lugar era muy sórdido. Aún no puede perdonarme lo que vi.

—Pero no fue culpa tuya, ¿verdad?

—Claro que fue culpa mía. Nadie me persiguió hasta China ni me dio drogas a la fuerza, excepto la última vez. Soy la única culpable de la situación. Mi familia se opuso al viaje desde el principio, pero yo ignoré la prohibición. Así que me fui con una camionera mal informada.

—Pero Robert dijo que estabas en un convento. ¿Es cierto?

—Sí, mi hermana no pudo quedarse mucho tiempo. Tenía que dar una sesión en aquel momento. Me quedé al cuidado de los médicos un tiempo más, pero tenía crisis nerviosas todo el tiempo. Y una enfermera me sugirió, para calmarme, que sería bueno vivir en un monasterio. Me quedé otros tres meses allí. Estuve en China cerca de un año. Pero esos tres últimos meses me inculcaron el amor por la cultura y las tradiciones chinas. Viajé y descubrí un lado totalmente distinto de ese país. Estoy muy agradecida a China. Combina todas las cosas incongruentes.

—Sí, otras personas en esa situación odiarían todo lo relacionado con esos recuerdos. Y tú miras el lado positivo.

Brianna me cogió la mano, me secó las lágrimas y una sonrisa tranquilizadora apareció en su rostro.

Hice una pausa, recordando la paz que me proporcionaban los pasillos y patios de los monasterios taoístas, decorados con intrincada caligrafía, pinturas y esculturas que reflejaban las enseñanzas del budismo.

—Sabes, Brianna, allí la atmósfera es de gratitud y respeto por el mundo. Y si se te olvida, puedes oír campanas que suenan durante todo el día señalando el comienzo de la meditación o la oración. Puedes unirte o no, eso era asunto mío. Pero para mí fue como un detonante para dar gracias.

—Los monjes y monjas recitaban oraciones al unísono, creando un efecto hipnótico y tranquilizador que aumentaba la sensación de paz y quietud en el monasterio. Solo por eso, estoy agradecida a ese Aron.

—Bueno, sí, y el Qigong sigue en tu vida. Ahora entiendo por qué estás en contra de Sebastián. Pero créeme, él no es así.

—¡No lo sé! —dije, frustrada. Intento centrarme en otras cosas, pero mis pensamientos vuelven una y otra vez a esa situación.

—Créeme. Sebastián es completamente diferente. Tienes mierda en tu pasado, pero eso no significa nada. Recuerda mi historia.

—Cariño, ¿por qué estás tan segura de él?

—Tengo una buena razón. Chris sigue diciendo que es un buen chico.

Miré fijamente a Brianna.

—Me doy cuenta de que Chris no es nadie para ti, pero significa mucho para mí. Y recuerda mi situación, estabas sentada así cuando me decías que le diera una oportunidad a Chris.

—Pues yo se lo estoy dando a él. Dándole una oportunidad. Solo que no hasta el final. Me doy cuenta de ello. Y él lo entiende.

—Bueno, ya está, relájate. Míranos después de la oportunidad que ha pasado. —Se señaló el estómago—. ¿Crees que fue fácil para mí aceptarlo después de todos esos tíos que me engañaron? Incluso en el baile de graduación...

Se rió alegremente, al parecer recordando lo que había pasado antes. Sin embargo, la situación no estaba para risas. Mi corazón se derritió ante su risa, sabía que tenía que confiar en mis instintos.

—¡Vale, amiga! Se está haciendo tarde. Y me tengo que ir.

Miré hacia la salida y vi a Sebastián en el escaparate. Iba vestido de forma deportiva. Al parecer había decidido ir a correr al parque. Sonreí.

—¡Pues ahí tienes a tu príncipe! —exclamó y empezó a levantarse de la mesa.

Sebastián se dirigió hacia la cafetería; quizá alguien le había dicho que estábamos aquí.

—¡Hola! —Saludó a todo el mundo. Se acercó a la barra y pidió un agua con gas. Y se volvió hacia nosotros. Pensé, tengo que verle esta noche, por supuesto. Rodeó a Brianna con el brazo, le acarició el estómago, tanteando. Luego Sebastián se inclinó hacia mí y me besó la mejilla.

—Vale, tortolitos. Os dejo a los dos.

—¡Adiós, Lauren!

Brianna me lanzó una mirada muy expresiva.

—¡Adiós, Brianna!

—Brianna, ¿quieres que te acompañe al taxi? —preguntó Sebastián con aire caballeroso.

—No, no. No pasa nada. Ya he llamado a uno —Brianna sonrió enigmáticamente.

Sí, ¿qué te parece?, pensé. Seguro que Chris va a recogerla y ella está tan contenta de recibir un mensaje suyo que ha decidido dejarnos solos lo antes posible.

—Sí, ¿qué vas a hacer esta noche? ¿Cenamos juntos? —pregunté, mientras Sebastián terminaba su agua con gas.

—Lauren, lo siento, pero esta noche no va a poder ser. Te lo explicaré todo más tarde.

Era una frase tan neutra que me arañó el corazón. Y sentí un pequeño cosquilleo en el estómago. Calma, solo calma, me ordené.

—¡Muy bien! ¡Lo que tú digas!

Intenté ocultar tras mi sonrisa todas las emociones que bullían en mi interior.

—Hoy estás preciosa, Lauren, ¡te llamaré mañana!

—¡Gracias! ¡Tú también estás bien!

—Bueno, ¡adiós! ¡Me voy!

Me dio un rápido beso en la mejilla, igual que cuando nos conocimos. Yo, por mi parte, me sorprendí a mí misma queriendo saltar para que él alcanzara mis labios. Pero me detuve justo a tiempo. Volví a detenerme.

26. Sebastián



Le di un breve abrazo a Naomi y luego tomé asiento frente a ella. Miró nerviosa el reloj, esperando al camarero. Hacía tiempo que no la veía y no sabía qué esperar de ella. Antes de llegar al restaurante, llamé a Michael y le informé que Naomi estaba en Los Ángeles. Por su voz, me di cuenta de que estaba tenso. No le gustó nada, pero me apoyó, diciendo que para conocer mejor a tu enemigo, debes mantenerlo cerca.

Naomi parecía cansada; los moratones bajo sus ojos sobresalían a pesar de estar enmascarados por numerosas capas de cremas. Sí, había pasado la noche en mi casa, tuve que marcharme para evitar que me provocara. Llamé a Lauren, pero no contestó. Así que preferí una pequeña habitación de hotel. Al día siguiente no tenía trabajo, así que decidí descansar como es debido e ir un rato al gimnasio, luego a la piscina y al sauna. Me gustó mi rutina y decidí contárselo a Lauren, por si quería unirse en algún momento.

La llamé varias veces, pero no hubo respuesta. Le envié un mensaje de texto y tampoco hubo respuesta. Me advirtió que a veces desconecta el teléfono y solo se ocupa de sus pensamientos. Aún no he averiguado qué significa eso, pero le di su espacio. Probablemente necesitaba un descanso. O quizá sabía lo de Naomi. En cualquier caso, si surgía algún problema, Robert se ocuparía de él. Y he oído de primera mano que ese chico sabe lo que hace.

El restaurante estaba un poco cargado; necesitaba aire. Y era un reflejo de lo que sentía por dentro. Naomi seguía siendo una mujer preciosa, a pesar de su cansancio. Eligió un hermoso vestido verde con un collar que resaltaba todos los encantos de su figura. Pero a mí no me gustaba. La imagen que tenía en la cabeza era la de una serpiente.

Naomi estaba nerviosa, como si estuviera armándose de valor para algo. Por fin se acercó el camarero y, mientras tomaba el pedido, miró a Naomi con admiración. Al parecer, eso le

infundía valor. Levantando los ojos hacia mí, me sostuvo la mirada sin apartarla. Finalmente, dijo sus primeras palabras. Me agradeció la noche. Sospechaba que la había dejado sola en el apartamento por alguna razón. Tal vez quería averiguar algo, o quizá tenía un micrófono oculto. Un tufillo de aprensión flotaba en el aire. Michael tenía razón, por algo estaba aquí.

Nos saludamos y Naomi se esforzó por entablar una conversación trivial, como había hecho antes. No era tonta, pero percibía mi actitud distante y sabía que sería una conversación difícil. Si todo lo que había dicho Michael era cierto, debía haber sacado toda la información que pudo de mi casa. La presencia de otra mujer era evidente allí. La blusa lavada de Lauren estaba allí, y quizá Naomi se había dado cuenta.

Finalmente, respiró hondo y dijo:

—Sebastián, me arrepiento cada día de mis actos y quiero arreglar las cosas.

¡Qué teatral! La miré fijamente, y ella pudo ver mi actitud en mis ojos. Pero decidí entrar en su juego.

—Naomi, me has roto el corazón. Te quería tanto y me traicionaste. Intenté perdonarte, pero no pude. Fue el momento más difícil para mí. Cuando te necesité, pensé que eras lo más parecido que tenía a una persona. Seguiré adelante sin ti.

Efectivamente, había seguido adelante. También había teatralidad en mis palabras. La situación me divertía.

—Entiendo el 'desamor', Sebastián, y no me daba cuenta de lo feliz que era contigo, no apreciaba lo que hacías por mí. Pero es ahora cuando me doy cuenta de mi error. Entonces pensaba que, como no me ofrecías nada serio, solo teníamos sexo.

La miré fijamente. No podía imaginarme qué quería realmente. No me cabía duda de que estaba a punto de representar un melodrama al estilo de las telenovelas mexicanas. Y no quería afrontar las consecuencias.

—Tú eras para mí una relación seria. Pero aquí subrayaré la palabra 'eras'.

Me di cuenta de que cometía un error al contarle mis verdaderos sentimientos, pero me resistía totalmente a entrar en su juego. Fingir que seguía significando algo para mí solo para averiguar información sobre su hermano y posiblemente sobre ella. Pero puedo prescindir de su juego, incluso si pierdo el juicio y me obligan a pagar una enorme suma de dinero.

Me di cuenta de que, al entrar en su juego, corría el riesgo de volver a perder todo lo que era valioso para mí: mi trabajo y mi novia.

Sin lugar a dudas, consideraba a Lauren mi novia. Aunque aún no habíamos hablado mucho de nuestra relación, no veía ni quería otro escenario para mi vida. Cuanto más la conocía, más la

comprendía y más deseaba estar con ella a largo plazo, pero solo si eso era lo que ella quería.

Me di cuenta de que ahora le parecía extraño. Cuando ella pagó por mí, al principio, por el café, todo en mis entrañas se volvió del revés. Puedo pagar el café, pero no ahora. Es solo un poco más, tengo que arreglar la situación con mis padres y mi hermana. Y con este deportivo, es de risa. Y sonreí.

El silencio se prolongó, pero no me importó. Tenía mis propios pensamientos. Con el coche, es ridículo. Ahorro todo lo que puedo para mantenerme a flote. A veces desearía tener dinero para poner gasolina en mi caballo de hierro. He estado ahorrando en casi todo. Quizá pueda reunir la cantidad adecuada si tengo que pagar una multa a esta agencia.

Llegó la comida. Miré a Naomi, no quería cenar con ella, pero tampoco quería ser grosero. Sentí que no era yo quien estaba sentado con ella, sino alguien completamente diferente, pero en mi caparazón. Necesitaba a Lauren enseguida.

La comida olía bien y decidí, después de cenar, buscar a Lauren de inmediato. Quizá tenga que ir a su casa.

—Solo quiero que sepas que aún te quiero y que lamento perderte cada día.

Aquella voz me devolvió a la realidad. Suspiré y bajé la mirada hacia mis manos.

—Naomi, agradezco tu sinceridad, pero no siento nada por ti. Espero que puedas aceptarlo. Hace seis meses o más que no hablamos. ¿Qué hay de diferente ahora? ¿Mi éxito?

Levanté la mano y vi que a Naomi se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Desapareciste sin dar explicaciones. Al principio me preocupé, pensé que algo iba mal. Finalmente, tu hermano me explicó la verdadera razón de tu desaparición. Ya no quieres verme.

Tomé aire y la observé para que no rompiera a llorar. Pero parece que la serie mexicana no va a continuar.

—Además... me dijo que te dejara en paz y me dedicara a mis cosas. Que te acuestas con él...

La interrumpí y dejé de hablar. No quería sacar a relucir el pasado, no quería mostrar mis emociones y pensar en lo que me pasó. Ahora tengo mi presente, que me gusta y que debo conservar.

—No tengo nada que decir. Entonces me convenció de que no eras rival para mí. Y me puso a sus órdenes. Me comparé contigo. Y lo dejé.

En realidad, no creí sus palabras porque antes de eso no me había sido fiel. Y a menudo las dejaba solas en las fiestas. Pero en aquel momento pensé: déjala que se divierta y no vi nada malo en ello.

—¡Bueno, no es la primera vez que pasa! ¿Por eso estás aquí? —tararé ante sus palabras.

Ella asintió en silencio y procedimos a cenar en un silencio incómodo. Me di cuenta de que habíamos cerrado todas las preguntas sobre el pasado. Sería muy tonto por su parte pedir otra oportunidad después de aquello. No sentí tristeza ni arrepentimiento. Es una mujer hermosa y encontraría rápidamente un sustituto para mí, de eso no tenía ninguna duda.

Naomi quería postre, lo cual no era propio de ella. Fijé mi atención en el teléfono, intentando una y otra vez enviar un mensaje a Lauren. Comprobé todas sus cuentas en las redes sociales, pero no me daban ninguna información.

—¿Quién es? ¿Lauren?

Miré a Naomi. Oh, no, deja a Lauren fuera de nuestras vidas. Ella no tiene nada que ver con esto. No quería contestar nada. Volví a mirar el teléfono. Desde fuera parecía horrible. Una hermosa mujer atenta, intentando seducirme con sus maneras femeninas. Lamiendo una cucharada de chocolate y saboreándola en la boca. Y casi vomité.

Lo había notado de reojo, y me pareció muy vulgar y poco natural.

—No hace falta que digas nada. Pero lo sé, seguro. Vino ayer.

Mi mirada se detuvo en mis manos. No quería volver a verla ni lanzar palabras vacías. El silencio de Lauren se hizo evidente para mí. Me recompuse.

—Bueno, es mi ayudante, no es mucho preguntarse por qué vino.

—No seas ridículo. A estas horas de la noche, ¿qué asunto podría haber!

—¡Bueno, al menos no eres la persona con la que quiero hablar de nuestros asuntos no laborales con Lauren!

—Sí, Sebastián, te conozco desde hace años y sé exactamente lo que pasa. En el estudio de entonces...

Me levanté de la mesa con la mayor tranquilidad posible. Y buscando al camarero con la mirada, me acerqué a él y pagué. Ella, Naomi, una mujer muy hermosa, se quedó sentada sola en la mesa. Fue lo bastante lista como para no correr detrás de mí. Aun así, había mucha gente en el restaurante.

Tenía que encontrar a Lauren enseguida. No podía pensar en otra cosa.

27. Lauren



Soy una mujer segura de mí misma y siempre he sabido lo que quería. Mantengo la cabeza alta y camino con determinación, sin detenerme a pensar en mis defectos. Pero ayer, cuando le pregunté a Sebastián si podíamos quedar, reaccionó de forma extraña. Y yo debería haberlo notado. Pero, como una narcisista en toda regla, fui a verle. ¿Por qué?

Ahora estoy sentada en mi apartamento. Aún no ha oscurecido, pero se acerca el crepúsculo, así que decidí encender unas velas. Las dispuse sobre la mesa en forma de círculo. Elegí velas con olor a canela; por supuesto, me recordaban a mi infancia y me daban una sensación de acogimiento y ajetreo anterior al Año Nuevo.

Me preparé un cóctel afrutado sin alcohol y decidí analizar toda la situación con Sebastián. Mañana tengo que trabajar con él y debo decidir cómo comportarme. ¿Como si no hubiera pasado nada o ignorarlo? Ambas opciones me parecían estúpidas.

Cuando esta nueva modelo, pero exnovia de Sebastián de Nueva York, abrió la puerta, quise caerme al suelo. Primero miré alrededor del apartamento, quizá me había equivocado. Pero no, no me había equivocado. Y ahora, como un conejo asustado, quería esconderme en la caseta del perro. No sabía qué hacer. Todo lo que me había pasado en China empezaba a pesarme de nuevo. Además, se lo había contado todo a Brianna.

Ayer, delante de su puerta, me quedé sin palabras. Recordé su nombre: Naomi. Ella también estaba callada, mirándome de pies a cabeza.

Menos mal que no iba arreglada y llevaba la ropa más sencilla. Llevaba el mismo vestido con el que la vi en la agencia, creo. Pero no importa.

Vamos, contrólate. ¡Inspira! ¡Espira! Otra vez. Más. Otra vez. ¡Inspira! ¡Espira!

—¡Buenas noches! ¿A quién quieres?

¿A quién quieres? De acuerdo. Llegué hasta el final. Ahora no puedo huir.

—Ehh, ¿y Sebastián?

—No, ha salido a por una pizza.

—Vale, yo misma le llamaré.

—VALE. ¿Puedo coger el mensaje?

Me pareció que se balanceaba un poco, aunque estaba apoyada en el borde de la puerta.

—No, le llamaré yo misma.

Estaba cerrando la puerta delante de mí. Me di la vuelta y casi perdí el equilibrio, probablemente por el esfuerzo. Era imposible que me cayera todavía. Decidí no coger el ascensor y subí por las escaleras.

¡Qué raro! Menos mal que no dijo que estaba en la ducha. Lo más interesante es que nunca come pizza. Quizá lo hacía por ella. Mis pensamientos empezaron rápidamente a analizar la situación. Siempre rechazaba la pizza cuando la comprábamos para el trabajo. Y aquí ves: "Fue a por pizza". Me burlé de ella.

Miré a mi alrededor. Definitivamente me había mentido. ¿Es su ex o su verdadera novia? La verdad es que me da igual. Decidí abstraerme de la situación, cambiar mis pensamientos. Pero la cara y el cuerpo de Sebastián seguían apareciendo en mi mente. Y luego esa ligera sonrisa en la cara de Naomi con una ceja ligeramente levantada.

No había duda de que algo iba mal. Después, salí al aire fresco y caminé por las oscuras calles nocturnas del centro, que no eran muy interesantes. El lugar olía a todo. A la primera oportunidad, cogí un taxi y volví a casa.

Pensé en hablar con Robert o Brianna, pero no quería molestarles a estas horas. Decidí que mañana me ocuparía de todo y presionaría mis emociones para que se detuvieran.

Hoy había pasado todo el día haciendo tareas y no tenía que ir a trabajar porque Sebastián había tenido una cancelación. Pero tampoco quería verle.

Fui a una clase con Sian, mis pensamientos se calmaron un poco más. Pero durante toda la clase me acordé de nosotros dos aquí en el parque, estudiando. La energía que había entre nosotros. Y ahora intento construir un muro entre mis sentimientos y yo. Soy yo. Es Sebastián. Ahí está. Decidí seguir haciendo pausas. No encendí el teléfono.

Robert conocía el teléfono de mi casa y, si era urgente, podría encontrarme. Pero me dijo que no me preocupara, que descansara el tiempo que necesitara. ¡Qué raro! En nuestra situación.

Me di cuenta de que todo era un juego. Y puede que haya ganadores en este juego, pero yo no querría estar en el bando de nadie. Estaba dispuesta a perder mi felicidad de nuevo. No quería

volver a pasar por lo que me ocurrió en China. Y sí, Sebastián no es un mal chico, pero mis sentimientos se congelaron pensando que era igual que Aron.

Pero en secreto me confesé que buscaba el amor, quería una relación seria, quería estar con Sebastián. Mi vida ya estaba dividida en dos partes: antes de China y después. Y ahora había una tercera: antes de conocer a Sebastián, con él, y ahora sin él. Por fuera estaba tranquila, pero por dentro, en mi pecho, estaba destrozada.

Así es, enseguida nos sentimos atraídos el uno por el otro apasionadamente, y no pensé en las graves consecuencias, como había hecho una vez con Aron. Me apasioné y me apegué salvajemente a él. Exteriormente actuaba con calma, pero interiormente lo deseaba todo y para siempre. Pero le quería exactamente como era Sebastián ahora: apasionado, tierno, atento. Con esa energía que chispeaba entre nosotros, esa chispa que encendía un fuego en mí.

Y ahora los hechos. Me engañó una vez. Tiene otra chica en casa, ya van dos. ¿Qué más? Me mostré obsesiva, es decir, demostré que él, Sebastián, era mi debilidad. Y su nombre ya no me pareció tan dulce cuando llegué a conocerle.

Recordé cómo me había sorprendido una vez con un picnic en el parque. Encontró un lugar donde nos sentamos rodeados de flores florecientes, lo bastante perfumadas como para marearme. Entonces me miró a los ojos y me dijo que me quería mucho. Y fue sincero en aquel momento. Sí, en ese momento. Entonces no pude evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Sí, fue muy romántico y sincero en ese momento. Pero como sé, todo en nuestras vidas no es permanente. Gracias, Brianna, me ayudó mucho, me apoyó, me dio su ejemplo para creer en lo mejor. Y Christopher es el hombre perfecto para ella.

Tal vez debería hablar con Sebastián. Me pareció una decisión más sensata y madura que ignorar la situación o a Sebastián. La decisión me hizo sentir mejor y sonreí, mirando el atardecer por la ventana. Sí, hablaré con él, pero un poco más tarde, necesito desahogarme. Y todo irá bien.

Estoy a salvo. Estoy en mi casa, no en algún lugar de China. Después de darle otro sorbo a mi cóctel, decidí prepararme un baño, que sería el final apropiado del día. Justo cuando me levantaba del sofá, sonó el timbre de la puerta.

Me puse tensa a esas horas. ¿Quién sería?

Me acerqué a la puerta y la abrí ligeramente. Detrás estaba Sebastián. Estaba en silencio. Tenía un aspecto increíble. Los sencillos vaqueros y el jersey blanco de punto claro resaltaban aún más su piel morena. Pensé: bueno, hoy es el día de resolverlo todo. Y mañana podríamos empezar el día haciendo borrón y cuenta nueva.

—¿Me permites? —dijo simplemente. Se dio cuenta de que no corría ningún peligro físico, solo mental. Sonreí ligeramente, asentí con la cabeza y abrí la puerta sin hacer ruido.

—Oh, es tan bonito. Y ese olor es mágico. Me recuerda a la infancia. ¿A canela?

—Sí —dije lo más discretamente que pude. Pero los pájaros ya cantaban en mi alma, me sentía tan bien de que me hubiera encontrado, de que hubiera venido a mí. Y ahora lo resolveríamos.

—¿Esperas a alguien?

Inesperadamente, Sebastián me hizo esa pregunta.

—No. Solo a ti.

—No he podido localizarte.

—Lo comprendo. A veces me desconecto del mundo. Ya te lo dije.

—Sí, eso es lo que pensaba.

—Pero habría muerto si no te hubiera visto hoy.

—¿De qué?

—¡De nostalgia!

Se acercaba lentamente a mí, y no tuve fuerzas para resistirme a él, a su aura, a sus modales animales.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, tal vez un vaso de whisky. ¿Si tienes?

—Whisky no, la última vez Robert se lo bebió de un trago. Otra infeliz aventura amorosa.

—Pues entonces lo mismo.

Miró mi vaso y asintió.

—Bueno. Tardaré un rato, puedes sentarte a admirar... —miré por la habitación—. Los cuadros...

No sé por qué, cuando lo veo, todo se vuelve inmediatamente fácil y sencillo. Me retiré a la cocina y me di tiempo para ordenar mis pensamientos. Al encender la batidora, oí pasos detrás de mí y sentí su calor en mi espalda.

—¿Necesitas ayuda? —me cogió por la cintura.

—No, gracias. Ya está todo listo. Solo falta añadir hielo.

Alcancé el frigorífico y abrí la puerta. Estaba pegado a mí. Sus manos descansaban en mi cintura. No tenía fuerzas para resistir a aquella magia. Y quería que continuara. Me rozó el cuello con los labios y empezó a pasarme las manos por los muslos. Mi mente se aceleró, más y más. Cogió un trozo de hielo, mis manos lo apretaron entre los dientes y empezó a acariciarme el cuello con aquel frescor. Estaba ardiendo.

Me volví hacia él y le entregué su vaso. Lo cogió, dándose cuenta de que los juegos habían terminado, aunque tanto él como yo queríamos que aquello continuara. Caminamos insatisfechos con nuestro comportamiento hasta el salón y nos sentamos en el sofá.

—Lauren —empezó—, te he dicho algo equivocado.

—Lo sé.

—Sé que tú también lo sabes. Naomi me acaba de decir que has vuelto en sí.

—¿Ahora? ¿Naomi? —intervine, como si no me hubiera enterado.

—Sí, te lo habría dicho, pero temía que no lo entendieras.

—Sí, lo entiendo. Eres la única que puede explicármelo.

Asentí, con toda mi atención centrada en los labios de Sebastián. Estaban tan cerca que me cortaban la respiración. Era una atracción inexplicable para mí.

—Naomi, mi ex. Y no sé por qué está aquí. Creo que tiene un problema. O quizá sea mi antiguo problema.

Me costaba entender lo que me decía; mi deseo era cada vez más fuerte. No podía soportarlo.

—Tenía que averiguarlo. Entonces te lo contaré todo. ¿Me crees?

Tras esa pregunta, mis labios llegaron a los suyos. Su vaso de batido estaba apartado sobre la mesa, junto a las velas. Eran tan románticas, el olor a canela, el olor a fruta. Sus labios eran tan suaves. Me respondió, me rodeó con sus brazos. Me hundía en una dulce ternura. Más, más, la tela de seda me excitaba aún más tocando mi cuerpo. Sus labios bajaron, encontraron mis pechos y, a través de la tela, empezó a acariciarlos con los labios.

Le desnudé el hombro y mis dedos se clavaron en su piel morena. Me subió el kimono por la correa y dejó mis pechos al descubierto; su tacto era ardiente. Con la otra mano ya me estaba bajando el resto del pijama. Llegué hasta su cinturón y lo desabroché. Me tomé mi tiempo para desabrocharle la bragueta.

Todas las preguntas que habían estado dando vueltas en mi cabeza durante los dos últimos días resultaron carecer de importancia. Estaban en mi cerebro, en algún lugar lejano. Pero sí, quería ser engañada una vez más.

Nuestras caricias continuaron hasta que se hizo completamente de noche. Cuando las velas se apagaron, nos encontramos en completa oscuridad. Un poco agotados, un poco cansados, pero innegablemente felices. Acariciamos nuestros cuerpos desnudos. El sofá resultó suficiente para los dos, pero no podríamos dormir tranquilos en él. Sebastián me cogió en brazos y me llevó al dormitorio. No se le daba muy bien orientarse en mi piso, así que utilicé mi mano para guiarlo hacia donde ir.

Todas mis dudas se desvanecieron en la distancia. Ya no quería pensar en ello, solo quería estar con Sebastián, solo sentir su calor. Mientras hacía la cama, me acarició la espalda, acercándose. Aspiré su aroma con la nariz.

Nuestra mutua atracción física y la falta de abuso emocional, confianza, respeto y respeto por los límites personales garantizan una gran relación. Él solo necesita averiguar lo que le pasó en Nueva York. Y yo necesito dejar atrás el pasado.

Casi dormida, pensé en lo madura que es nuestra relación. Y con Sebastián, no se ha acabado. Mañana, después del trabajo, lo llevaré a dar un paseo por Santa Mónica. Y si es necesario, hablaremos, pero no esta noche. Ya he tenido suficiente tortura por hoy.

28. Sebastián



Me adapté a una ciudad nueva, sin dolor y lo más rápidamente posible. Y de hecho, me di cuenta de que el valor de la gente que te rodea y te aprecia es muy importante. Lo había oído siempre, pero nunca había pensado mucho en ello.

Cogí un taxi y me dirigí a Santa Mónica. El taxi avanzaba tranquilamente, a pesar de la gran congestión de coches, seguramente debido a un accidente, según me explicó el conductor. Ahora me doy cuenta de que la tendencia al cambio, que hay que cultivar, es la esencia de la naturaleza humana.

Hoy en día, el progreso ha permitido al hombre moderno no volver la vista atrás ante la distancia entre ciudades e incluso países, pensé. Aspiré el aire del verano, aunque ya era el principio del otoño, pero en Los Ángeles no se sentía.

Sí, el aterrizaje había sido un éxito, había hecho un amigo peculiar, el Gran Harry, tenía una novia a la que amaba, no bebía. Y sobre todo, había alcanzado mis objetivos.

Pensé en Grand, y él empezó a llamarme para pedirme asesoramiento. Luego concerté una cita oficial en un bar, y allí me encontré con él. Sorbía tranquilamente su whisky. La razón por la que era tan extraño era que era de Inglaterra. Pero él también, como yo, se había adaptado y había elegido el indicador correcto de la dirección elegida.

Adoptó esta postura de principios: "Quiero estar aquí y ser yo mismo, y estoy dispuesto a cambiar por ello". Para avanzar, para irradiar confianza. Eso es lo que nos unió a Harry y a mí. Pero mi mente sigue volviéndose al pasado, y Naomi lo ha agitado.

Me doy cuenta de que es imposible romper con tu pasado, y no creo que nadie lo haya hecho. Pero te arrastra hacia atrás, hacia donde no hay progresión.

Lauren y yo no continuamos la conversación entonces. Quizá podamos hablar hoy, y empezaré a explicárselo. Pero Robert me advirtió que más vale que Lauren lo entienda todo o empezará a construirlo lógicamente. Lauren es la mayor excepción en mi vida.

El conductor me guiñó un ojo por el retrovisor mientras acelerábamos entre el tráfico. Y silbando algo, dio más gas a su coche.

Esperaba que Lauren hiciera muchas preguntas, incluso que se pusiera rabiosa, que me ignorara, ya que no había cogido el teléfono antes. Y ella simplemente respondió a todos mis intentos de explicarme teniendo sexo apasionado y sensual conmigo. Al recordarlo, apareció una sonrisa en mi cara, y en mis pantalones despertó mi deseo. Tuve que moderar mi ardor, ya que la playa de Santa Mónica está muy lejos de mi cama.

Robert y yo hablamos seriamente y decidimos que Naomi no nos daría la información que necesitábamos. Pero podría conseguir información para la agencia o algo más para el tribunal, mejor no arriesgarse. Es guapa, pero no tiene experiencia y no está en su mejor forma. Mis recuerdos del pasado podrían interferir en mi futuro, y la realidad podría cambiar en la dirección equivocada.

No quería ser la razón por la que echaron a Naomi de la agencia. Quizá ella también esté empezando de nuevo toda su vida. ¿Y su pasado la alcanza aquí? Bueno, no debería preocuparme por ella en absoluto. Es peligrosa, junto con su hermano. Miré el reloj, a pesar del grave tráfico, no llegué tarde a mi cita con Lauren.

Al acercarnos al paseo marítimo, volvimos a quedarnos atascados en el tráfico. Decidí que no estaba lo bastante lejos e iría andando. Pagué y me bajé. Lauren y yo acordamos que la primera en llegar daría el punto de encuentro a la segunda.

Solo utilizaba el navegador por satélite. Pero el Parque Tongva me pareció un lugar estupendo. Y Lauren me apoyó, dijo que alguna vez tenía que empezar a explorar Los Ángeles. Me vestí con sencillez, y quizá incluso me bañé en el océano hoy. Veremos cómo me siento, y luego iremos a algún restaurante y disfrutaremos de una comida deliciosa y de las miradas del otro. Empezaba a darme cuenta de que me estaba convirtiendo en un romántico incorregible. Era culpa de Lauren.

Me planté en la entrada del parque y envié mi localización a mi elegida. Enseguida llegó una cara sonriente.

Lauren se acercó sigilosamente por detrás y me tapó los ojos con las palmas de las manos. Era tan dulce y tan infantil que quise envolverla en mis brazos. La vi por última vez con el rabillo del ojo.

—Bueno, no sé, ¿quién podría pillarme así en una ciudad extraña?

Retomé su juego y mis manos buscaron su brazo. Ella apretó aún más fuerte.

—Probablemente esa chica a la que envié un mensaje hace cinco minutos.

Parecía que se estaba conteniendo para no reírse en mi oído, como los niños. La agarré de las muñecas, la acerqué a mis brazos y empecé a besarla. Seguía detrás de mí, así que me agaché un poco y me la eché a la espalda.

—¿Quizá sea esta la chica de la que estoy enamorado!

Ella cedió y se rió a carcajadas.

—¿Quizá yo debería decir lo mismo a cambio!

—¡No necesariamente! —La giré para que me mirara, con sus piernas a horcajadas sobre mi torso y sus brazos alrededor de mi cuello. Se aferró a mí para no caer. Yo, por mi parte, me acurruqué en su pecho y aspiré su aroma floral. Empezó a deslizarse de mí como un árbol, se detuvo a la altura de los labios y me besó rápidamente como una adolescente, soltando una risita.

Lauren iba vestida con vaqueros, una camiseta ligera y unas ridículas zapatillas de deporte. Nunca la había visto así, tan informal. Me encantó. Estaba a punto de deslizarse fuera de mí, pero la planté de nuevo con mis fuertes brazos y giramos. Dios mío, había sido así toda mi vida. Recordé la primera vez que nos vimos. Pensé que era una mujer fría e inaccesible. ¡Eso es lo que hace el amor!

—Bueno, aquí está mi vaquero. Podríamos seguir así hasta mañana, ¿lo hacemos?

—Sí, daremos vueltas hasta la mañana, pero no en un lugar concurrido.

Miré el bulto que sobresalía de mis vaqueros. Ella captó mi mirada y se rió. Nos cogimos de la mano y entramos en el parque. Básicamente, no era nada especial para mí, como la mayoría de los parques, algunas fuentes con cascadas, senderos, zonas de juegos, árboles y arbustos. Era comprensible, porque toda mi atención estaba puesta en Lauren.

Ella decía algo sobre Robert, luego hacía fotos de las flores, y luego de nuevo. La estaba alcanzando y todo era tan despreocupado. No me había sentido así desde que era niño, cuando salía de la ciudad a los parques con mi hermana.

Cuando volvimos al parque, salíamos de él y vi a un niño de unos cinco años jugando a la pelota. Involuntariamente recordé el último día en un parque de Nueva York, parecía como si fuera en otra vida. Atraje a Lauren más hacia mí.

Salimos al paseo marítimo, el sol empezaba a ponerse y la arena ya no estaba tan caliente. Nos quitamos los zapatos y nos acercamos a las olas. Para nadar ya era muy tarde, así que acordamos que la próxima vez vendríamos aquí todo el día. Y tal vez a hacer surf.

La playa de Santa Mónica, en Los Ángeles, es el lugar más animado. El cálido sol golpea las orillas arenosas y las olas chocan contra la orilla, creando un sonido relajante. La playa se extiende desde el muelle en ambas direcciones, dando a los visitantes mucho espacio para relajarse y divertirse.

En el muelle hay atracciones, tiendas y restaurantes. Una noria se eleva sobre la playa, ofreciendo a los participantes una vista de pájaro de la playa y sus alrededores. El olor a marisco fresco flota en el aire cuando los visitantes acuden en masa a los numerosos restaurantes y puestos de marisco del paseo marítimo.

Aquí hay de todo y la playa es un centro de actividad: las pistas de voleibol, baloncesto y los carriles bici atraen a gente de todas las clases sociales. Y para añadir romanticismo, los músicos y artistas entretienen a la multitud a lo largo del paseo marítimo, lo que contribuye a crear un ambiente animado.

A medida que el sol empezaba a ponerse, el cielo se convertía en un lienzo de impresionantes colores, y nuestros besos se hicieron más frecuentes. Los colores de la puesta de sol proyectaban un cálido resplandor sobre la playa. El propio muelle y los edificios circundantes se iluminaban, proporcionando el telón de fondo perfecto para dar románticos paseos por la orilla.

Pero caminar por la arena requería mucha energía y decidimos buscar un bar y comer algo. De algún modo, la idea de ir a un restaurante se desvaneció por sí sola. Lo mejor era un bar con fajitas.

—Sabes, cuando Naomi dijo que habías ido a hacer pizza, supe enseguida que me estaba mintiendo. Tú no comes pizza.

Se rió. Me di cuenta de que seguía preocupada por lo de Naomi.

—Sí, se desmayó en mi coche. No sabía qué hacer.

—Lo comprendo. Pero no hablemos de ello. Y no hagamos más trampas.

—Lo entiendo.

Me burlé de ella y entramos en un bar, un tipo de bungalow. Nos pareció que el ambiente allí era agradable, estaba anocheciendo y queríamos sentarnos rápido y en algún sitio decente. Resultó que la cafetería se llamaba "Bungalow".

No lo dudamos y pedimos tacos. En cuanto llegaron, nos apilamos los tacos con entusiasmo. La salsa se esparcía por nuestros dedos. Mirándonos a los ojos, hincamos el diente y masticamos con fruición. La velada prometía ser interesante.

En el peor momento posible, sonó el teléfono. De mala gana, aparté la comida, me limpié las manos con una servilleta y contesté. Estaba un poco tenso porque era Michael quien llamaba. No

llamaría a estas horas si no fuera importante. Hay tres horas de diferencia horaria, allí está bien entrada la noche.

Lauren me miró con ojos grandes. No quería iniciarla en mis problemas, al menos no hasta que esto terminara. Aquellos tipos a los que debía dinero podrían sacar ventaja con cualquier ayuda que pudieran conseguir. De todos modos, esa no era la cuestión. La cuestión era que, al revelarle toda la información, pensaba que la estaba poniendo en peligro.

Así que, ocultando mi excitación tras una sonrisa tonta, así me sentí. Cogí el teléfono y me alejé de nuestra mesa. Mientras pasaba por Michaela, contemplé el paisaje de nuestro bar frente al mar. No estaba nada mal. La ornamentación con las rayas rojas-naranjas-grises me recordaba a México.

Sintonicé la conversación.

—¿Sí?

—¿Estás en casa?

—No. Estoy fuera. Lauren y yo hemos salido a dar un paseo.

Oí un suspiro en el auricular.

—Necesito que estés en casa. Toma notas, cierta información. Y parece que vamos a ganar el caso.

—Y necesito que vengas a la vista judicial. ¡Tenemos que hablar las cosas antes!

Ya me había dado cuenta de que esta noche no iba a haber más. Y ahora no había tiempo para dar explicaciones. Exhalé un pequeño suspiro de alivio al saber que todo esto acabaría pronto. Y podría contárselo todo a Lauren.

Llamé al camarero y pagué. Antes de hacerlo, le dije a Michael que le llamaría en cuanto llegara a casa.

Me acerqué a Lauren y me senté al borde de la silla.

—Lauren, tengo que ir a casa enseguida. Es muy importante.

Ella sonrió, aunque se notaba que estaba forzada.

—Sí, claro que sí lo es. Entiendo todo eso. Y ya me lo contarás más tarde.

Una mujer increíble, pensé yo, comprensiva. ¿Cómo la quiero?

—Dime si se trata de otra mujer. Será mejor que me lo digas enseguida.

Oí un siseo detrás de mí.

—Lauren, no. Tiene que ver con mi pasado, con Nueva York, con el proceso del que te hablé. Créetelo.

—¡Me lo creo!

Comprendí a Lauren, demasiadas insinuaciones. No quería ponerla en peligro. Al hacerlo, me estaba justificando, aunque Robert me había asegurado lo contrario, que Lauren podía valerse por sí misma. De todos modos, supuse que ya nos ocuparíamos de ello más tarde. Mi corazón se aceleraba, al parecer Michael tenía razón en todo, teníamos la oportunidad de atrapar a esta agencia.

Un mensaje de Naomi apareció en la pantalla. Y sabía mi número de teléfono.

—¡Tenemos que hablar ahora!

Eres lo último que necesito ahora mismo. Nena, ponte a la cola, pensé. Salí a Ocean Avenue y rápidamente llamé a un taxi.

29. Lauren



Consulté el móvil por última vez aquel día, esperando ver una llamada perdida o un mensaje de Sebastián. Pero, como antes, no había nada. Suspiré pesadamente, sintiendo una mezcla de decepción y tristeza instalarse en mi pecho. Lo único que sabía era que tenía que irse a Nueva York enseguida. Lo cual me preocupaba aún más.

Pasé el día organizando mis pensamientos y también mis cosas: los platos, la ropa. Decidí tirar las cosas que no utilizaba desde hacía al menos un año. Limpiar la casa solía ayudarme a poner las cosas en orden.

Habían pasado tres días desde la última vez que supe de él, y no era propio de Sebastián permanecer callado tanto tiempo sin dar explicaciones. Nos habíamos estado viendo, incluso habíamos planeado hacer un viaje de fin de semana juntos dentro de unas semanas. Pero...

En Santa Mónica, cuando me dejó sin explicarme nada, me lo tomé con calma. Me sentí rara, terminando los tacos sola. Pero estaba de muy buen humor y tenía la esperanza de que todo iría bien. Sebastián firmaría pronto un contrato. La reputación de nuestra agencia había mejorado gracias a él. Los clientes cortaban el teléfono. Y me consolaba la idea de que pronto me dedicaría a los modelos jóvenes. Incluso pensé en contratar a un grupo de jóvenes.

Pero ahora, con cada hora que pasaba sin que Sebastián se pusiera en contacto conmigo, mis dudas aumentaban. ¿Había perdido el interés en mí? ¿Se había ido a trabajar a otra agencia? ¿Había conocido a otra persona? ¿Quizá estaba ocupado y se olvidó de devolverme la llamada? Pero eso solo lo haces con la gente en la que no piensas. Y no te importa. No podía quitarme la sensación de que algo iba mal. Además, esos secretos del pasado...

Intenté llamarle, pero su teléfono saltaba directamente al buzón de voz. Le envié unos cuantos mensajes, pero no respondió a ninguno. Nunca lo había hecho, pero comprobé sus cuentas en las

redes sociales para ver si había publicado algo, pero allí tampoco había nada.

Hoy en día, sin información, es impensable. Y no sabía con quién podía hablar de ello. Aunque Sebastián no estaba en la agencia, entré con algo de papeleo acumulado. Pero mis pensamientos y toda mi mente iban hacia Sebastián. Me puse más ansiosa, mi pasado volvía a estar tan cerca que ya no tenía fuerzas para ahuyentarlo. No dormía bien.

No podía concentrarme en el trabajo y mi apetito casi había desaparecido. Intenté distraerme con meditación y ejercicio, y llamé a Brianna. Pero no se encontraba bien para las reuniones. Ella misma no conducía, y Christopher estaba fuera. Curiosamente, también en Nueva York. Y yo no quería arrastrarla hasta aquellas lejanas colinas de Hollywood. Ella y yo solo hablábamos por teléfono.

Sobre Sebastián, ella simplemente lo descartó. Y dijo que todo iría bien. Estaba segura de que había una razón por la que no había llamado y que no debía preocuparme. En un intento de distraerme paseando por el parque, observando a los patos, me distraje con llamadas a casa. No tengo una relación muy estrecha con mis padres, pero en ese momento quería algún tipo de apoyo por su parte. Pero mis pensamientos volvían una y otra vez a Sebastián y a las preguntas sin respuesta.

Decidí recurrir a Robert, él sabría exactamente lo que estaba pasando. Sobre todo porque Sebastián le había hablado de su marcha por alguna razón. De nuevo, ¡no a mí! Pero cuando pregunté, Robert pareció un poco sorprendido de que Sebastián no hubiera estado en contacto. Pero, de nuevo, capté algo en común en las palabras de Robert y Brianna. Me estaban asegurando de que todo iba bien. Eso solo hizo que me sintiera peor con la situación.

Mientras tanto, yo rebuscaba en mi segundo armario cosas que apenas utilizaba. Lo tiré todo al suelo y empecé a meterlo en bolsas. ¡No necesito nada de eso! Y si lo necesitara, probablemente saldría a comprar cosas nuevas. Estaba revisando ropa vieja que prácticamente solo me había puesto una vez y no me daba cuenta de que no la necesitaba. Todas son cosas viejas del pasado.

Pensé en Robert, ¿por qué de alguna manera mira a Sebastián con condescendencia? Antes de esto, ninguna estrella de la moda de nuestra agencia se había doblegado ante otra estrella de la moda. Pero ahora todo el mundo reza por Sebastián. Y él se sale con la suya moviendo órdenes. Me di cuenta de que no se trataba de la agencia. Hace tiempo que está claro que Sebastián es un gran profesional y que aportará mucho dinero a Biu Productions. Pero aún no había contrato oficial.

¡Pero es difícil llamar! Bueno, y Robert podría haberle asediado; de nuevo, pude ver el patrocinio en sus ojos. ¿Y cómo voy a saber por los ojos de Robert cuándo es caritativo con una

modelo?

Robert estaba muy ocupado en ese momento, los pedidos aumentaban. La gente escaseaba. Me parecía que Robert trabajaba día y noche. Y yo me sentía un poco incompleta porque no podía hacer nada para ayudarlo. Ni siquiera para aceptar un simple pedido y llevarlo a término. Me di un día, luego otro, y no sirvió de nada.

Después de hablar con Robert, recibí un mensaje suyo diciéndome que hoy pasaría por mi casa para ver una película, como en los viejos tiempos. Al leer el mensaje, pude sentir mi sonrisa en la cara. Lo siguiente que decía era: "Con palomitas, coca-cola si quieres. Y pizza. Pero no sé a qué hora. ¡Cuando termine!" Respondí simplemente: "¡Vamos!".

¡Pizza! Aquello me volvió a recordar a Sebastián. Consulté mi teléfono por última vez aquel día, esperando ver una llamada perdida o un mensaje de Sebastián. Pero, como antes, no había nada. Suspiré pesadamente.

Era extraño y a la vez gratificante que, a pesar de mi carga de trabajo, Robert sacara tiempo para mí. Sentía que estaba perdiendo la cabeza, cómo había permitido que Sebastián se metiera tan profundamente en mi corazón. ¿Por qué es tan fácil entrar en la vida de una persona y luego marcharse sin dar explicaciones? ¿O tal vez tenía problemas?

No sabía cómo distraerme. Miré alrededor de la habitación, pensando que sería conveniente terminar de limpiar antes de que llegara Robert. Fuera cual fuese el motivo del silencio de Sebastián, estaba segura de que merecía una explicación. Decidí que si no me llamaba pronto, tendría que tomar cartas en el asunto. Ir a Nueva York y verle en persona o apartarle de mi vida para siempre. Pero por ahora, decidí darme tiempo. Esperar y confiar en que alguien disipara mis dudas o que él rompiera pronto su silencio.

Había limpiado todo el apartamento, había llegado a los rincones más secretos y ahora estaba llegando a la bañera. Robert aún no había aparecido. Miré todos los tarros de crema y, al olerlos todos, tiré una buena mitad de ellos a una bolsa. ¡No hay piedad!

Y entonces me quedé atónita al darme cuenta de que tal vez había hecho algo mal, o tal vez se había estado aprovechando de mí todo este tiempo. En cualquier caso, necesitaba hablar o mi cerebro se volvería loco. Miré el reloj. ¡Dios, eran las diez de la noche! ¿Y Robert? Justo entonces sonó el timbre de la puerta. Respiré aliviada. No estaría sola con mis pensamientos durante un rato. Eso era bueno.

Cuando llegué, Robert apareció en la puerta. Una pizza en una mano, una botella de vino en la otra. Mi favorito, afrutado. La había abierto con su llave. Y ahora sonreía. Me quité los guantes de las manos y mi colega se limitó a negar con la cabeza.

—Por cierto, quizá te devuelva las llaves —empezó—. No las necesito. Y a ti te vendrán muy bien.

—¿Por qué? Tenlas por si acaso.

—¿Para qué? —me dio un ligero golpecito en la nariz—. Dáselo a Sebastián, por ejemplo.

No pude resistirme y le di un ligero golpecito con la servilleta con la que me estaba limpiando las manos.

—¡Robert!

—¡Ay, ay! Eso es duro.

Me estaba tomando el pelo y no lo ocultaba.

—Robert, dime, ¿qué pasa con Sebastián? Ya lo sabes.

Lo sabía y se rió. Pero también sabía que si Robert no quería, no había forma de que me lo contara.

—Sí, ¿qué película has preparado?

Me pellizcó la mejilla, dejó la pizza en el suelo y, mandón, empezó a coger vasos. Qué bien, seguí el juego.

—¡La de siempre, a tu gusto, Robert!

Entendió, me miró, sirvió el vino y me entregó el vaso.

—Es extraño que no te hayan llamado. Pero no le pasa nada. He hablado con Chris, va a volar mañana. Y Chris volverá más tarde.

—¿Qué tiene que ver Chris?

—Sí, solo lo digo. Acaban de encontrarse allí por negocios.

Di pequeños sorbos a mi vino. ¿Qué negocios? Fui a encender la tele. Tenía la cabeza hecha un lío. Robert sabe que viene, que todo va bien. Yo estoy aquí, sentada como una gallina en la oscuridad, devanándome los sesos.

Me volví hacia Robert, dándome cuenta de que no conseguía sonsacarle nada. Y recordando mis clases de interpretación, le guiñé un ojo. Empecé a fingir que no me interesaba saber nada más de Sebastián.

—Llega mañana a las 20:30 desde Nueva Jersey. Creo que le encantaría que la conocieras. Y podrá explicártelo todo visualmente.

Ignoré esta información. Ya que son así conmigo, ¿por qué iba a importarme? Quizá debería darle una sorpresa. Lo pensé durante un segundo. Me senté en el sofá, junto a Robert. Me dio un apretón amistoso.

—Venga, vamos a comer la pizza. Se está enfriando.

—¿La recaliento? —pregunté pensativa.

—¡No! Dios, me gusta tanto el olor de esta casa —Robert aspiró por la nariz—. Lauren, confía en mí. Todo va a salir bien. Sebas no es un mal tipo.

—Qué raro, Robert, últimamente he oído esas frases memorizadas de algunos amigos.

—¿De quién más?

Ignoré la pregunta.

—Lo averiguaré por mi cuenta. Gracias.

Y me apreté aún más contra Robert mientras me zampaba una sabrosa porción de pizza. Deliciosa. Solo ahora me di cuenta de que no había comido en todo el día.

—¿Y helado, tienes? —preguntó Robert.

—Sí, tenemos —tras pensarlo un poco, respondí.

Nuestro ambiente era tan agradable y hogareño. Como solía ser, antes... antes de que llegara Sebastián. Suspiré. Encendimos nuestra telenovela.

—¡El avión! —sonaba en los altavoces. Los sonidos de una vieja película familiar me tranquilizaron.

Recordé vagamente que Robert me arropó y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Debí quedarme dormida, empapada de comida y vino fuerte. Y Robert se ocupó de mí, como siempre. Me quedé dormida en el sofá, desaparecieron todos mis pensamientos ansiosos. Me sentía ligera de corazón. En algún lugar profundo de mi subconsciente podía oír las palabras de Robert: "¡Todo irá bien!". Mañana me reuniría con él en el aeropuerto.

30. Sebastián



Recostado en la silla del despacho de Michael, miré por la ventana la bulliciosa ciudad de Nueva York. Había venido a la ciudad por negocios relacionados con mi agencia. No sentía que echara de menos la ciudad. Me sorprendía cada vez más que Los Ángeles se había convertido en mi hogar durante el último mes.

Michael entró en el despacho, muy emocionado, y arrojó una carpeta sobre la mesa.

—Se trata de un caso de muy alto perfil. Te recomiendo que des una rueda de prensa mañana. De lo contrario, me voy a descojonar aquí si te vas y no aclaras las cosas con los buitres de la información.

—¡Claro, amigo! Lo que tú digas. Ahora estoy en deuda contigo.

—No, sólo transfiere el importe del trabajo que has hecho. Con eso bastará.

Me dio una palmada en el hombro y me entregó el cheque.

Sonó el teléfono y lo cogí. Era Chris.

—¡Hola, estrella! ¿Cómo te va? —pregunté en cuanto Chris me saludó.

—Bien, estupendo. ¿Cómo te va? —respondió Chris.

—Bien. Gracias. Las fotos son exactas. Hiciste un trabajo no muy limpio. No se lo esperaban.

—Sí, no fue difícil. Sólo necesitaba algo de cobertura sólida y una cámara.

—Gracias, Chris. Pero te estabas poniendo en peligro.

—Sí, era un pequeño riesgo. Pero tenía a Brianna esperándome en casa. Y sabía que no me pasaría nada. Por cierto, allí te perdió Lauren.

—Sí, lo sé. Pero quiero darle una sorpresa memorable.

—Por cierto... —se calló—. No importa. Tú y yo nos reuniremos en Los Ángeles y hablaremos. Tengo que irme. Las cosas se me acumulan desde hace años.

—Chris, sé que no eres una persona pública. Pero hoy tengo una rueda de prensa. Y si puedes venir, acompáñame. Habrá muchas preguntas.

—¿Por qué no?

Me sorprendió que aceptara.

—Se acerca un nuevo miembro a mi familia. Y algo de publicidad gratuita para mi nombre no vendría mal.

Miré a Michael, que no estaba escuchando nuestra conversación, sino completamente absorto en unos papeles.

Me acerqué de nuevo a Michael y le di una palmada en el hombro.

—¡Gracias, amigo!

—Sí, muy buen trabajo en Los Ángeles. Conseguir que el propio Christopher Carter se interese y participe. Mire su expediente. Es una figura legendaria. Y hasta cierto punto, era muy modesto, pero al mismo tiempo, su negocio creció muy rápidamente. Y ahora incluso ha empezado a aparecer en público.

—Sí, Lauren y Brianna son las mejores amigas. ¿Quizá sea por eso?

—¿O sí? Sus fotos con el hermano de Naomi y tu antigua agencia le han venido muy bien en el negocio. Pero eso, y meter a todo el trío en el ajo: el mafioso, el hermano músico y el tuyo, es un riesgo enorme. Si le hubieran descubierto, podría haber ocurrido algo. Y gracias a Naomi, su testimonio también tuvo mucho que ver.

—Sí, no le pedí a Chris que asumiera el riesgo. Él y Robert se ofrecieron a ayudarme por su cuenta. No sé cómo funcionó, pero me sacaron de la mierda. ¿Y Naomi? Sólo es una mujer.

—Sí, es comprensible. Chris debe tener algunos contactos del pasado. Y los utilizó.

Miré la factura de Michael. Era mucho dinero. Pero ahora sólo me hacía sonreír. Michael volvió a meterse en el papeleo. Me aparté del escritorio y acerqué mi silla a la enorme ventana de cristal que ocupaba toda la pared. Observé la ciudad.

La agencia me pagaba el 80 % de todo el tiempo; no es que me pagaran el 10 % de los pedidos, más la indemnización de todo el año. Por supuesto, después de semejante paga y reputación, están arruinados. Sus cuentas ya son aristocráticas. Y Michael había ayudado a establecer una red de seguridad para que no pudieran volcar el dinero en otras cuentas.

Miré por la ventana toda la ciudad de Nueva York bañada por el sol de invierno, con admiración, pensándolo todo, calculándolo y luego pensando en el juicio y en lo que había pasado últimamente.

Declaré en persona en el juicio. Hablé de las fiestas, del chantaje a las grandes estrellas. Resultó que ellos también estaban en el negocio. Las estrellas eran suministradas por nuestro hermano estrella, el músico, la tapadera y las drogas eran suministradas por mafiosos a los que yo les sacaba dinero por consejo de Naomi. Y la agencia aplaudía cuando empezaba el espectáculo, no podían permitirme pagarme bien. No estaba claro cuál era el papel de Naomi en esto, pero ayudó. Y punto. Y ya no me importa.

—¡Sí, gran cosa! —dije, suspirando.

—Y que lo digas —se hizo eco Michael—. ¿Quién lo hubiera dicho? Del caso de una agencia que sólo se deshace de modelos, surgieron chantaje, prostitución, drogas y dinero.

—También es bueno para mi oficina. Ahora hay el doble de trabajo, si no más. Necesitamos reclutar gente.

—¡Ya me lo imagino!

—Ya lo creo. ¿Cómo van las cosas con la agencia? ¿Algún proyecto nuevo? ¿Qué opinas en general?

—Puedes verlo por ti mismo, me ha ido muy bien. Firmaré un contrato con ellos, pero creo que sólo por un año. Es suficiente. Pienso volver a estudiar, como tú, y luego hacerme abogado, y tal vez abra mi propio bufete. No es que vaya a ser modelo para siempre.

—Pues yo diría que sí. Se te da bastante bien. ¿Por qué no?

—Sí, tienes razón. Pero hay que mirar más allá. Sí, de repente, me pasa algo y ya no puedo trabajar en la pasarela. Y además...

—Bueno, entonces abriremos una sucursal en Los Ángeles. Y tú serás el jefe allí. ¿Qué te parece?

—Me gusta. Volvamos a esta conversación.

Asentí con la cabeza.

—Sí, lo siento. Es una locura pensar que hace unos meses luchaba por llegar a fin de mes y ahora soy millonario. A veces todavía no me lo creo.

Hubo un momento de silencio antes de que Michael volviera a hablar.

—Oye, lo escucho. Sé que eres feliz en Los Ángeles y todo eso, pero ¿echas de menos alguna vez Nueva York?

Me lo pensé un momento antes de contestar:

—Sí, la echo de menos. Echo de menos la energía de la ciudad, la comida y la gente. Pero Los Ángeles se ha convertido en mi hogar. Además, tengo a Lauren a mi lado, y con ella me siento como un dios.

Michael sonrió.

—Ah, sí. Lauren. Siempre Lauren. Nunca has dicho eso de ninguna chica. Supongo que realmente es especial para ti. Ya me muero por conocer a quién domó a ese tigre. Me alegro por ti, amigo.

Sonreí.

—Gracias. Es extraño, pero estar con ella me ha aportado en cierto modo una sensación de resolución. Es como si todo encajara cuando estoy con ella. Es difícil de explicar.

—Lo comprendo. Es como si ella fuera la pieza que te faltaba en el puzzle —dijo Michael.

Asentí con la cabeza.

—Exactamente así. Como si siempre hubiera estado ahí y yo no lo supiera.

Hubo silencio entre nosotros durante un momento, ambos inmersos en nuestros propios pensamientos.

—Gracias, Michael. Te lo agradezco. Y oye, la próxima vez, ven ya a nuestra casa de Los Ángeles, deberíamos tomar una cerveza o algo.

—Por supuesto. Lo estoy deseando. Por cierto, ¿quieres que te asigne un guardia de seguridad del servicio? Seguro que los periodistas no te dejarán solo.

—Creo que podré arreglármelas. Mañana estaré en Los Ángeles y allí fuera es un mundo totalmente distinto.

31. Lauren



Estaba nerviosa en la puerta de salida del aeropuerto de Los Ángeles. Sebastián volvía de Nueva York y quería sorprenderlo llegando sin avisar. Me había vuelto loca por él mientras estaba fuera, y quería ver la expresión de su cara cuando me viera. Y, naturalmente, esperaba todas las explicaciones.

Por supuesto, la mayoría de las noticias las obtuve de los medios. Todo Internet y la TV gritaban sobre el sonado caso. Me enteré de muchas cosas, y ayer me quedé de piedra al oírlo. Pero la TV no explicaba por qué no me llamaba. ¿Por qué se escondía de mí? Y Chris y Brianna también son buenos, Chris le ayudó... Me sentí engañada por todos lados.

No me cabía en la cabeza la información que estaba recibiendo. ¿Ahora es lo bastante rico como para no necesitarme? ¿Soy la chica del café para él? ¿Y Robert? Pero en el fondo, me alegraba por Sebastián.

Había muchos periodistas que quizá también esperaban a los top models y otros famosos. Siempre hay muchos en el aeropuerto de Los Ángeles. Todos esperaban conseguir una foto de alguna estrella de Hollywood.

Mientras esperaba, vi algo que hizo que mi corazón latiera con más fuerza y luego cayera al abismo. El avión de Sebastián había aterrizado hacía media hora. Y la vi, primero, a ella. Y luego a él. La exnovia de Sebastián, Naomi, se acercó a él y le abrazó. Iba vestido para no destacar entre la multitud, pero su figura captó toda mi atención. Sentí una mezcla de celos e inseguridad.

Mientras observaba cómo se abrazaban, mi mente empezó a especular. ¿Todo lo que había entre Sebastián y yo era una ilusión mía? ¿El hecho de que no me hubiera llamado demostraba que yo no era importante para él? ¿Y si seguían enamorados el uno del otro? Pero él me dijo... Las palabras no significan nada y las acciones están a la vista.

Intenté apartar esos pensamientos e ser yo misma una observadora. Y mientras Sebastián y Naomi se abrazaban, di unos pasos más hacia delante para sorprenderlo. Pero pasó de largo sin siquiera verme. ¿Qué demonios estaba pasando?

Me sentí aún más desolada que cuando había llegado. Volví al coche y conduje hasta casa. No podía deshacerme de la imagen de Sebastián y Naomi abrazados, y eso me hacía sentir que no era suficiente para él.

Sobre todo, ahora que es rico y acomodado. Ahora tiene a todos los Ángeles inclinándose ante él. Tal vez siga sintiendo algo por su ex. Quizá solo me estaba utilizando.

Cuando subí al taxi, estaba entumecida. Recordando todo lo que había pasado entre Sebastián y yo, no podía creer que solo me estuviera utilizando. Pude ver la diferencia entre él y Aron. Él no es Aron y su sonado caso lo demuestra. No sabía cómo actuar.

Miré el teléfono. No, no había llamado.

Cuando llegué a casa, me senté en el sofá donde me quedé dormida anoche. Intenté distraerme con la tele. Pero mis pensamientos volvían una y otra vez a Sebastián. Ella era tan feliz con él, y yo creía que él sentía lo mismo. Pero ahora no estaba tan segura. Necesitaba una larga pausa de este salvaje mundo exterior.

Me estaba preparando un té cuando recibí un mensaje de Robert. Lo que hizo que se me hundieran aún más las manos y me derramara el té por encima. Decía que podía tomarme tantos días libres como necesitara y dedicarme a mi propio proyecto. Sebastián ya no necesitaba un asistente personal.

¿A qué venía eso? No me llamaba, no me enviaba peonías, como hacía cuando necesitaba algo... En fin, no tenía energía para ofenderme con Robert, ya tenía bastante con lo suyo. Pero en aquel momento no quería pensar en la inauguración de la escuela.

Y todo lo que había hecho en mi vida hasta entonces no me parecía muy importante. ¿Por qué me hacen esto? Aron, Sebastián... En ese momento, me daba igual, mi mente no podía procesar la información. Necesitaba reiniciar el sistema.

Cogí el teléfono y vi que Sebastián me había enviado unos mensajes y me estaba llamando. Pero ahora no podía reaccionar con calma. Mi cerebro me daba la información, ya no me necesitaba como ayudante. Y, de hecho, puede que no firme el contrato. Pero si no firma el contrato, mi escuela no abrirá. Estaba perdida en mis propios pensamientos. Pero Robert mencionó mi proyecto en su mensaje. No quería hablar con nadie, quería encerrarme como una tortuga en su caparazón.

Pensé que si llamaba a Brianna, volvería a tranquilizarme diciéndome que todo iba bien, que Sebastián era un gran tipo. Ahora no necesitaba eso. ¿Y Robert? Después de todo, estaba un poco enfadada con él.

Pensar en la tortuga me recordó a Cian. Sí, dijo que tenía un centro. Quizá debería ir allí. La idea me hizo sentir mejor. Sí. No estaba aquí en el sofá, traicionada y resentida, sino haciendo algo al respecto. Marqué el número del centro y me contestaron enseguida. Me presenté y me dijeron que podía pasarme cuando quisiera.

Cogí un par de cosas que necesitaba y las metí en mi bolsa de gimnasio. Me sentí aliviada al darme cuenta de que al menos no estaría sola con mis pensamientos. Pero otra sensación de verdad me dijo que estaba huyendo de algo o de alguien. No, esta vez no huyo. Debo pensar las cosas con calma. ¡Como aquella vez que no contesté! Podría venir a mí. Quizá debería esperar. No, esta vez no. No quiero volverme loca otra vez.

El centro resultó no estar lejos del parque central. Era un pequeño edificio de dos plantas. Me pareció sencillo, pero por dentro era funcional. En la planta baja había salas comunes, un salón, una cocina y una sala de estudio. Había pequeñas fuentes y cascadas en las esquinas.

No había luz eléctrica, solo pequeñas velas delataban las sombras de los muebles. Y allí olía, igual que en el lugar de Cian, a madera sagrada. Discreto, pero al mismo tiempo acogedor. No esperaba ver allí a Cian, pero allí estaba.

Como si no hubiera pasado nada, me acompañó a una habitación donde ya había gente durmiendo. De camino, me dio un horario. Las meditaciones empezaban a las 5 de la mañana. Pero me dijo que sí, solo quería hacerlo. No tenía obligación de hacer nada.

Pero mi experiencia anterior en el monasterio me decía otra cosa. Se trata de encontrarte a ti mismo, salir de un estado de falta de sentido, no volverse loco y tomar las decisiones correctas. Y aunque no era un monasterio, el ambiente aquí era parecido al que recordaba.

Recuerdo muy bien que allí me sentí bien. Mis pensamientos estaban en orden entonces. Aunque tardé tres meses.

Para mí es un lugar de paz, tranquilidad y contemplación. Cuando entré por primera vez por las puertas de un monasterio típico, me recibieron la calma y la serenidad. Aquí ocurría lo mismo, pero allí en el monasterio la atmósfera tranquila y el silencio solo se rompían por el piar de los pájaros o el suave susurro de las hojas, y aquí por el sonido del agua al caer, y a veces pensaba que era el sonido de la lluvia.

Y aparte de esta humedad, que pude sentir nada más al entrar en el edificio, el aire era fresco y limpio, como una ligera brisa. No nos encontramos con nadie por el camino; aquí no había

monjes. Pero la sensación era que estaban a punto de salir de sus habitaciones e ir con las cabezas afeitadas y expresiones serenas en el rostro a su meditación.

Bajo este techo, mi estado se fue calmando. Decidí que pasaría allí todo el tiempo que necesitara. De camino al taxi, envié un mensaje a Robert para que no me perdiera, estaba de vacaciones. En el fondo, me di cuenta de que me había escapado a una atmósfera de sencillez, belleza y tranquilidad. Me había escapado del ajetreo, del mundo exterior, de Sebastián... Pero en el fondo sabía que no podía escapar de mí misma, tendría que volver a la realidad que ahora me asustaba. Pero primero tendría que encontrar esa sensación de paz interior y confianza.

32. Sebastián y Robert



Llevaba dos días en Los Ángeles, pero no había podido encontrar a Lauren. Le había enviado mensajes de texto y le había dejado mensajes de voz, pero no había respondido a ninguno. Conduje hasta su casa, pero todo fue en vano. Pregunté varias veces en casa de Brianna, a través de Chris y Robert directamente, pero no estaba en ninguna parte.

Robert me dijo que no me preocupara, que no huiría lejos. Volvería. Ya había ocurrido antes. Empezaba a preocuparme por que le hubiera pasado algo. Y tal vez fuera cosa mía en Nueva York.

Después de aquello, me dieron unos días libres. Me dijeron que me recuperara y que volviera al plato cuando estuviera preparado. Pero sin Lauren, estaba un poco desorientado. ¿Qué hacer, adónde ir, qué órdenes?

Finalmente, decidí no llamar a Robert, sino reunirme con él. Es más fácil entender lo que pasa en persona.

—¿No se reunió contigo en el aeropuerto? —preguntó Robert cuando nos cruzamos en la cafetería.

Se me paró el corazón cuando me di cuenta de lo que había pasado. Estaba tan absorto en el éxito, en la suerte. Estaba tan cansado del juicio, de las reuniones y de los periodistas que, cuando salía del aeropuerto, me sorprendió ver a Naomi de improvviso. Le di las gracias rápidamente en el aeropuerto. Nos había ayudado en el caso, había testificado. No tuve más remedio que darle las gracias. Naomi está realmente fuera de sí, o también está harta de su hermano estrella. ¿Cómo se me había escapado Lauren? Me sentí como un completo tonto.

—Metí la pata —dije—. Estaba tan centrado en el éxito y luego en Naomi que ni siquiera me fijé en Lauren.

También había firmado un contrato de un año con la agencia, Beauty Productions, cuando estaba en Nueva York. Michael lo comprobó enseguida e hicimos algunos ajustes. Ahora no los tengo, pero sí tengo a Lauren.

Robert guardó silencio un momento antes de hablar.

—Sebastián, creo que es hora de que hablemos, y un contrato es algo bueno. Pero ahora se trata de Lauren. Ya sabes, es mi compañera. ¿Y sobre la asistente, lo he entendido bien? Ahora mismo está sola. Ya le he informado.

—¿Informado de qué?

La tensión iba en aumento.

—¡Que ya no la necesitas! Que puede volver a sus proyectos.

Me di cuenta de lo que había pasado y de adónde quería llegar. Llevaba semanas evitando esta conversación, incluso conmigo mismo, pero sabía que era inevitable. Y ahora me había decidido. Me estaba enamorando más de Lauren a cada momento que pasaba. Y no debía dejar las cosas como estaban.

—Ya no quiero que Lauren sea mi asistente personal —dije—. Quiero que sea mi esposa.

Robert se sorprendió, pero por la expresión de su cara me di cuenta de que estaba contento.

—Me alegro por ti, Sebastián. Y por Lauren. Sé de buena tinta que eres especial para ella.

Asentí. Me resultaba difícil hablar de esos sentimientos. Y juntando todos los acontecimientos, era imposible que hubiera renunciado a ella.

—Lo sé. Me importa demasiado como para dejarla ir así... para dejarla ir.

Tragué saliva.

—Ahora mismo eres un novio envidiable. Te comprendo. ¡Y siempre he querido ver al afortunado que pudiera conquistar a mi Lauren! Estoy seguro de que lo has conseguido.

—¡Robert, ese no es el caso! ¿Dónde está Lauren?

Estaba temblando de impaciencia y excitación. Mis acciones y expresiones faciales decían claramente: "¿Qué? ¿Dónde está?"

Robert suspiró.

—Al parecer, cuando te vio en el aeropuerto, decidió hacer una pausa. Me envió este mensaje.

Robert giró la pantalla de su teléfono hacia mí. Lo leí.

—Pero, ¿dónde está?

—Ya sabes, está metida en todo tipo de prácticas. Sé que dan clases en Grand Park. Y tengo mis sospechas de que si no somos Brianna o yo, ella no está allí. Quizá deberíamos preguntar allí.

—Sí, probablemente sí. Estuvimos allí con ella en la clase de Sian.

—Sian —me corrigió Robert.

Me picó un poco que Robert supiera mucho más de su vida que yo. Pero enseguida encontré una excusa: ellos tenían más tiempo que yo. Supongo que ahora estoy celoso y quisquilloso debido a la situación.

—Vale, lo haremos así. Te ayudaré. Uno, si Lauren quería pasar desapercibida, tenemos que respetar sus acciones. Dos, creo que pronto saldrá de su emboscada. Si no aparece mañana, damos la alarma.

—Bien.

Por supuesto, estuve de acuerdo con Robert. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero la sola idea de que aún tendría que pasar la noche sin Lauren no me hacía nada feliz.

—Y Sebastián —Robert se levantó y se inclinó hacia mí—, gracias por estar con nosotros. Tienes que prestar atención. Y a Lauren le gustan mucho las peonías, de cualquier tipo.

Quise aclarar y argumentar algo, pero ahora no me importaba. Acepté y le prometí que sería cuidadoso y profesional. Sabía que no sería fácil, pero estaba preparado para cualquier cosa, tanto profesional como personal.

—Robert, espera, aún necesito abrazarte, al menos durante cinco minutos.

Volvió a sentarse y me miró mientras agarraba ligeramente la manga de su chaqueta lila.

—Eso me gusta. Quiero demasiado a Lauren y no dejaré que la hagas sufrir.

Al principio no me di cuenta de lo que quería decir, pero luego me reí con él.

—Sí, Robert, no te dejaré salir con la tuya.

—Lo sé, sé que no te atraigo. Pero, ¡de repente! ¡Pero Lauren!

Sacudió la cabeza y se encogió artísticamente de hombros. Empezaba a entender por qué Robert y Lauren eran amigos desde hacía años. Una relación muy cálida, algo que había notado más de una vez en el plato. Y me estaba dando cuenta de que detrás de aquella dulce ligereza se escondía una naturaleza muy seria y fuerte.

—Gracias, Rob —le dije seriamente—. ¿Y podrías ayudarme con el último evento? Quiero que sea perfecto para nosotros.

Cuando le expuse brevemente mi plan, Rob estuvo de acuerdo y discutimos el plan del evento sin entrar en detalles.

Cuando se marchó, mis pensamientos volvieron a Lauren. ¿Dónde está? ¿Qué le pasa? ¿Cómo estaría dispuesto a arreglar las cosas? Iba a darle una sorpresa. Ir de picnic con ella, a las

montañas... Y contárselo todo, pero al parecer me había callado durante demasiado tiempo. ¿Por qué lo hice? Estaba más decidido que nunca.

33. Lauren



La Semana de la Moda de Los Ángeles era uno de los acontecimientos más importantes de la industria, y todo el mundo se preparaba para este evento. Pero este año, en cierto modo, me resultaba indiferente y no me importaba en absoluto. Mis preocupaciones por Sebastián, por la escuela... relegaron este evento a un segundo plano. Ayer volví de Sian, y hoy Robert me arrastró al espectáculo. Hasta ahora ha hecho mucho ruido.

Intenté no pensar en Sebastián, ayer no lo vi en la agencia. Y eso fue un alivio para mí. Intenté implicarme en mi trabajo, pero debido a mis numerosas meditaciones, mi cerebro no captaba la mayor parte del campo de información. Robert me explicó que se había firmado el contrato con Sebastián, así que había renunciado a ayudarlo por ahora.

Normalmente, Robert y yo nos preparábamos para este acontecimiento durante varios meses. Convertíamos este evento en nuestro pequeño espectáculo. Una de las condiciones para asistir era que teníamos que ser extravagantes. Aquí hacíamos de modelos famosos, ya teníamos bastante. Además, estábamos haciendo contactos y buscando a una persona potencial con aspecto de modelo. Lo primero le correspondía a Robert y lo segundo era un encargo para mí.

Llegamos al local e inmediatamente nos vimos rodeados de un torbellino de actividad, con diseñadores, modelos y personas de la industria de la moda bullendo de un lado para otro.

Yo llevaba un impresionante vestido rojo de lentejuelas que resplandecía bajo las brillantes luces de la pasarela. El vestido había sido diseñado por uno de mis diseñadores favoritos en alza, al que descubrí recientemente, hace solo unos meses, en uno de los desfiles.

El vestido realzaba mis curvas en todos los lugares adecuados y la falda fluida me daba un aspecto elegante y regio. Lo adorné con un par de pendientes de colores vivos y un sencillo bolso

de mano. Me peiné con ondas sueltas y, para completar el glamour, me maquillé mínimamente para resaltar mi belleza natural.

Robert iba vestido con un estricto traje negro, camisa blanca y corbata negra. Tenía un aspecto pulido y sofisticado, con la seguridad que dan los años de experiencia en el sector. Pero no podía ocultar sus tatuajes, lo que daba a su imagen un aspecto ligeramente burlón para toda la industria de la moda.

Por supuesto, la confusión amorosa me sacó de mi antiguo equilibrio. Pero gracias a mi retiro de tres días en casa de Sian, me sentía mucho mejor. Ya no pensaba tan angustiosamente en nuestra relación con Sebastián. Cuando llegué a casa, había un gran número de peonías junto a mi puerta. Me hizo preguntarme si Robert quería algo de mí otra vez. Encontré una nota de Sebastián. Era sencilla. "¡Te quiero!"

Después del retiro, me resultó fácil asimilar la información, parecía flotar a mi alrededor, pero no me afectaba. Pensaba remotamente en Sebastián.

El ambiente era eléctrico, el sonido de los flashes de las cámaras y el parloteo de los famosos y los conocedores de la moda llenaban el aire. Robert y yo nos mezclamos con la multitud, conocimos a otros diseñadores y profesionales del sector y nos maravillamos ante la impresionante moda expuesta.

Cuando nos sentamos en primera fila, sentí una gran emoción. Era el momento de los diseñadores que mostraban su última colección en la pasarela. Las modelos desfilaban con gracia, luciendo los últimos diseños de los diseñadores más de moda, europeos y americanos. Pensé en Sebastián. Seguro que le vería, y mi corazón dio un golpe traicionero. Robert me acercó más a él.

Las luces se atenuaron y empezó el espectáculo: las modelos caminaban por la pasarela, luciendo los últimos diseños de los diseñadores más de moda. Robert y yo observamos, con una sensación de orgullo, logro y triunfo, por poder verlo todo con nuestros propios ojos.

Yo, por mi parte, sentí una inmensa gratitud por la oportunidad de trabajar en una industria tan apasionante y dinámica. Sabía que habría nuevas oportunidades por delante, y una sensación de confianza me invadió.

De camino hacia aquí, quise preguntar varias veces a Robert qué le pasaba a Sebastián. Pero temía estropear nuestro ambiente lúdico. Robert se alegró de verme. Me preguntó brevemente dónde había estado y, sin esperar respuesta, continuó hablando.

El espectáculo estaba a punto de terminar cuando se anunció al nuevo diseñador: Harry Grand. Sentí que mis mejillas se ponían rojas. Sabía quién iba a representarlo. Y uno de ellos incluso

muy bien. El fondo de mi estómago empezó a calentarse. Vi que Robert me lanzaba una mirada, pero no le presté atención, no fuera que me sonrojara aún más.

Empezaron a aparecer modelos en la pasarela, y apenas podía reconocerlas como de nuestra agencia. Pero había algo memorable en los diseños, tal vez fuera el estilo. Robert me apretó la mano, claramente satisfecho con su trabajo y la dedicación que había puesto en ello.

Entonces apareció Sebastián en la pasarela. Su andar era como la aproximación de un tigre. Llevaba unos pantalones anchos blancos, de estilo oriental, y una larga capa sobre el cuerpo desnudo, desabrochada, por supuesto.

Caminaba a nuestro lado y quise apartar la mano del brazo de Robert, pero no me dejó. Me di cuenta de que estaba ardiendo, toda yo. En el camino de vuelta, la mirada de Sebastián se detuvo en mí. Había una chica sentada a mi lado. Chilló y se levantó, y otras personas empezaron a levantarse tras ella.

Robert también tiró de mí hacia arriba. Tenía miedo de caerme. Me aferré a Robert. Él se limitó a mirar al podio y siguió aplaudiendo como si no pasara nada.

Al final, salió el mismísimo Harry Grand. Su imagen hizo sonreír a la mayoría, pero de eso se trataba. Le dieron un micrófono para que expresara su agradecimiento. Lo cogió, pero miró detrás del podio e invitó a Sebastián a unirse a él.

Lo que empezó a ocurrir me resultó inexplicable. La mirada de Sebastián viajó hasta mí y habló.

34. Sebastián



Entre bastidores, la pasarela bullía de actividad. Maquilladores, peluqueros y diseñadores se apresuraban a asegurarse de que todo estuviera perfecto para el desfile. Los representantes de los diseñadores probaban los últimos modelos, y los ayudantes llevaban cajas de accesorios y otros artículos necesarios para el desfile. Mi nuevo ayudante lo estaba haciendo bastante bien. Era muy activo y parecía tener tiempo para hacer diez cosas a la vez.

Yo, en cambio, estaba emocionado y nervioso al mismo tiempo. Mi look ya estaba terminado y, a pesar del atuendo veraniego, ligero y vaporoso, llevaba el pelo peinado con un estilo elegante y moderno. Me paseaba de un lado a otro, mirando el reloj cada pocos minutos, esperando ansiosamente el comienzo del espectáculo. Me di cuenta de que mi excitación no tenía nada que ver con el desfile.

Cuando las modelos empezaron a subir a la pasarela, la emoción entre bastidores se hizo aún más intensa. Podía oír los vítores de la multitud y sentir la energía del momento. Pero, según mi experiencia, eso no era todo de lo que era capaz el espectáculo. Sabía que mi salida tenía que ser un momento crítico para la marca que representábamos. Estaba decidido a que fuera un éxito, además Harry era amigo mío.

A medida que avanzaba el programa, podía sentir cómo aumentaban mi tensión y mi excitación. Estaba dispuesto a hacer todo lo posible y lo imposible. Había quedado de antemano con Harry para que me diera la palabra. Estaba nervioso. El abuelo había dicho en broma que me daría el micrófono si levantaba la sala. Yo, en cambio, me lo tomé en serio. "De acuerdo", le contesté en el último momento.

La vi desde el escenario y mi mundo se detuvo en ese momento. Lauren estaba sentada con Robert, llevaba un vestido impresionante que me dio ganas de parar el espectáculo y acercarme a

ella. Mientras caminaba de vuelta, recordé que había prometido levantar el auditorio. Volví. Y entonces ocurrió. No reflejé el momento, pero algo ocurrió donde estaba Lauren y el público estalló en aplausos. En ese momento me di cuenta de que mi salida había sido triunfal.

Pero mi emoción no acabó ahí, sino que creció aún más. Harry salió y ya podía ver cómo me llamaba al micrófono con la mirada. Cuando salí, las lámparas parecían aturdirme aún más con su luz y su calor. Ahora le tocaba a Robert asegurarse de que Lauren no escapara. Empecé a hablar por el micrófono en voz ligeramente baja.

—Gracias. Gracias, Los Ángeles, por la cálida bienvenida. En todo lo que hago aquí en Los Ángeles, doy las gracias a muchos, a mi nueva agencia, Beauty Productions. —Me di cuenta de que todos los fotógrafos daban un respingo y acercaban aún más sus cámaras. Continué—. ...A su equipo y al diseñador en ciernes Harry Grand, pero especialmente a una persona a la que me gustaría invitar al escenario.

Mi voz ya parecía más alta y decidida.

—Lauren Brown, por favor, ¿puedo pedirte que subas al escenario conmigo?

Encontré sus ojos y no volví a apartar la mirada. Efectivamente, pude ver toda la confusión y a la vez determinación en su rostro. Habíamos supuesto con Robert, cuando planeamos esto, que tal vez ella se negaría. Pero su trabajo consistía en traerla aquí y no perderla. En consecuencia, traerla al escenario.

Pude percibir la confusión, pero Robert, con su caballerosa galantería, la cogió por debajo del codo y la subió al escenario. Puede que no llevara mucho tiempo en la pasarela, pero le quedaba bien.

Caminó hacia mí como una modelo. Lauren, acercándose a mí, llevaba un vestido rojo brillante y una sonrisa radiante en la cara.

Le tendí la mano, sabía que era el momento perfecto y que ya nada podría impedirlo. La gente del público murmuraba, pero no me importaba. Mi atención se centraba en aquel hermoso vestido.

Tenía que decirlo delante de este público. Lo había ensayado delante del espejo, pero a solas parecía diferente. Me arrodillé, saqué una cajita y le pedí a Lauren que fuera mi esposa.

La multitud se quedó en silencio, me pareció que el público ni siquiera respiraba. Aquellos segundos me parecieron los más largos del mundo. Observé su rostro, ella me observó a mí. Su sonrisa era un poco más pequeña, pero el brillo de sus ojos no hacía más que aumentar. La tensión entre nosotros, que conocíamos desde los primeros minutos de conocernos, empezó a crecer.

Ella dijo que sí, y le puse un anillo de diamantes en el dedo. Lo hice de una forma que me pareció mecánica. Besé su mano temblando un poco de emoción. Lentamente me levanté de la rodilla y la besé en los labios. En sus ojos se leía la sorpresa mezclada con algo más, tal vez deseo. Los periodistas cobraron vida, los flashes de las cámaras salpicaron desde todos los lados. Los aplausos y los vítores se reanudaron, cada vez más fuertes. Me di cuenta de lo que se esperaba de nosotros. Y una vez más me acerqué a sus labios.

Era un momento de triunfo y celebración, pero quería llevar a Lauren a algún lugar privado y besarla, besarla y besarla.

—Las explicaciones, el pasado, ya no importan —me dijo ella.

—Sí.

Ensayé, pensé cómo contarle todo esto, explicarle que lo había hecho no porque no me interesara, sino para protegerla de la suciedad innecesaria. La gente empezó a acercarse a nosotros, a felicitarme, a darme la mano, a mirar el anillo de Lauren.

Lo observé e involuntariamente se me llenaron los ojos de lágrimas. Robert se acercó y me dio una palmada en el hombro. Lo único que pude decir fue un manido "¡Gracias!". Estaba tan emocionado por empezar ya a pasar el resto de mi vida con esta chica. ¡Era tan feliz!

35. Lauren



Después de lo que pasó en el desfile de moda, tuve que volver a mi mente. No podía creerlo, pero el anillo con el enorme diamante me lo recordó constantemente.

No alargamos la boda; estábamos emocionados por la expectación. Además, decidimos celebrar una boda al estilo chino, con trajes tradicionales, joyas y pequeñas costumbres. Tener un papel protagonista en un acontecimiento nupcial me atraía. Una vez había asistido como invitada a un evento de este tipo y quedé hipnotizada. Entonces me prometí a mí misma que, si llegaba ese día, sería sin duda una ceremonia así.

Llegamos juntos al lugar de la boda y nos recibió el dulce aroma del jazmín y el sonido de una música suave y melodiosa. Aún no estábamos vestidos; se suponía que nos vestiríamos en el acto. Teníamos que separarnos, pero Sebastián no me soltaba la mano. Todo esto era nuevo para él.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Preparada?

—¿Para qué?

—¿Para una celebración y una diversión sin precedentes?

Estaba en su estilo habitual, apretándose contra mí con su cuerpo musculoso y mostrando sus ojos con chispas que jugaban en ellos.

—¿Vienen tus padres a la ceremonia del té? —pregunté.

—Sí, ya deberían haber llegado. Mi hermana se encargará de dar todas las explicaciones.

—Sí, estoy un poco emocionada. Al fin y al cabo, es la primera vez que veré a tus padres.

—Yo también. Los míos son sencillos —Sebastián parecía un poco avergonzado—. Sabes, ya me está dando un poco de pena toda esta acción en la que nos estamos metiendo.

Pero enseguida cerró la boca, porque miró a su alrededor y se dio cuenta de lo bonito que era. Y este es nuestro día especial.

Todo estaba decorado con farolillos y recortes de papel rojo que simbolizaban la buena suerte y la felicidad. El ambiente era alegre y festivo, mi emoción iba en aumento y Sebastián podía sentirlo.

Entré en el probador y me quedé asombrada por la belleza de los trajes tradicionales chinos que nos habían preparado a mí y a mis amigas. Mi vestido era un impresionante qipao rojo bordado con intrincados dibujos y decorado con delicadas flores de seda, y, por supuesto, mis peonías favoritas estaban por todas partes.

Llevaba el pelo recogido en un moño tradicional y adornado con un precioso pasador. Rechacé la corona de dragón, pensé que era demasiado. Pensé en Sebastián, probablemente sería guapo. Iba a llevar una chaqueta de seda negra con cuello mandarín, decorada con un poco de los mismos colores que mi vestido. ¿Quién lo iba a decir? Harry Grand nos hizo diseños completamente gratis. Tras unos cuantos bocetos, nos decidimos por estos modelos en concreto.

En cuanto a nuestros padres, les sorprendió una decisión tan rápida. Los míos murmuraron algo al teléfono cuando se lo conté. Pero se negaron a participar en la producción, con los ofrecimientos del novio. Me hizo gracia cuando les conté la tradición según la cual, el día de la boda, el novio lleva a casa de la novia regalos envueltos en tela de color rojo con monedas de oro, un par de pendientes y cuatro brazaletes.

—Ese regalo simboliza la fertilidad y la fidelidad conyugal —terminé.

—Chica, no te queda cerebro para nada —dijo mamá en mi relato.

—Sí, sería perfecto. Son relaciones públicas para todos. Pero da igual.

—Yo mismo te daré esas pulseras —gritó mi padre al teléfono.

Me sentí un poco incómoda, pero ya conocíamos nuestra relación de alto nivel por la televisión y las revistas. Nuestro triunfo duró casi un mes. Los periodistas no nos dejaban en paz. El romance de alto nivel de Sebastián en Nueva York, y luego su proposición desde la pasarela de uno de los desfiles, atrajeron hacia nosotros a un gran número de paparazzi. Así que decidimos seguir adelante y promocionar nuestra agencia, a Sebastián, a Grand y a mi escuela de modelos.

Y mis padres en la ceremonia del té estuvieron de acuerdo. Eso también estuvo bien. Solo nos quedaba el ritual de adoración: la tierra, el cielo, los padres y luego el uno al otro.

Gracias a Sian, que se encargó de ayudarme, como siempre, sin hacer preguntas innecesarias. No había demasiada gente invitada y dimos algunas acreditaciones a los periodistas.

He vivido en un frenesí de falta de comunicación durante el último mes. Preparándome para la boda, ayudando a Sebastián a encontrar una nueva casa y empezando la escuela... Sonreí.

Mi salida se acercaba. Y el corazón me latía con fuerza. Volví a mirar a Brianna, llevaba un vestido rosa pálido con las mismas flores que el mío, peonías. Me hizo un gesto con la cabeza. Negué con la cabeza en respuesta. Miré hacia la salida, y allí estaba Robert. Y había admiración en sus ojos. Debería guiarme a la salida, al menos no me desmayaría de la emoción.

Y Sian encabezaba la procesión. Dios, ¡es mágico! Me miré por última vez en el espejo y pensé: ¡una boda preciosa y soy digna de todo ello! Mis ojos seguían brillando a traición, estaba segura de que era de felicidad.

Robert se inclinó hacia mí, me besó en la frente y me tendió la mano.

—Cariño, no sabes cuántas veces he soñado con llevarte al altar. Vale, no al altar, sino a esta cosa. De todos modos, todos te están esperando.

—¿Están los padres? —pregunté nerviosa.

—¿Los padres de quién, los tuyos o los suyos?

—¡Robert, ahora no, por favor! Deja tus bromas para más tarde. Ves, estoy nerviosa.

Enganché mis dedos en los suyos.

—Lo entiendo, por eso quiero que te relajes. El tuyo y el suyo están aquí. Todo listo para salir. Esperándote.

—¿Y mi hermana?

—A tu hermana no la he visto. ¿Por qué? ¿Debería?

—No importa.

—Cariño, sonríe. Este es tu momento.

—Gracias por todo, Robert.

En ese momento, deslizó la cortina y nos encontramos en una llamarada de flashes de cámaras y luces de distintos tonos.

La ceremonia de la boda empezó con una ceremonia tradicional del té en la que Sebastián y yo presentamos nuestros respetos a nuestros padres. Primero hice una profunda reverencia y serví té en señal de gratitud y respeto.

Aunque me tranquilicé, me temblaban un poco las manos y temía que se me cayera la taza. Vislumbré las caras de los padres de Sebastián, pero no me detuve a estudiarlas, me resultaba demasiado embarazoso...

Sus padres parecían personas mayores y guapas. Y los ojos de Sebastián son iguales a los de su madre, como dos profundos lagos en los que una vez me hundí.

Entonces empezó la ceremonia principal, con Sebastián y yo de pie en el centro de la sala. La ceremonia fue dirigida por Sian, que nos guió a través de las distintas costumbres y rituales. En mi caso, todas las acciones me parecieron un poco divertidas, y sonreí aún más cuando me encontré con la sonrisa de mi prometido, que parecía a punto de reírse a carcajadas.

Finalmente, intercambiamos los votos y los anillos, prometiéndonos amor el uno al otro para siempre. Luego fijamos la ceremonia de la unidad, durante la cual volvieron a verter té en una taza y nos turnamos para beber de ella, como símbolo de la vida en común.

Empezaron a felicitarnos por todas partes. El padre de Sebastián se me acercó y me besó, su madre me abrazó entre lágrimas y me felicitó. Dijo que era muy guapa. Su hermana empezó a consolarla y me miró disculpándose. Cuando llegaron los turnos de mis padres, se me estrujó el corazón. Quería oír su aprobación.

—¡Lo estás haciendo muy bien! Espero que tu novio sea de verdad y no como esta boda escenificada —mi padre movió ligeramente la cabeza hacia Sebastián y me rodeó con el brazo.

—¿Y tu hermana? —le pregunté un poco cabizbaja.

—No lo sé, ¡dijo que lo haría!

Los demás empezaron a acercarse. Y Brianna tiró de mí hacia atrás. Mis padres estaban a mi lado, y vi por el rabillo del ojo que el padre de Sebastián había sacado una vieja cámara y lo estaba fotografiando todo como un espía. Eso me hizo sonreír.

Después de la ceremonia, también participamos en una animada danza del león, en la que unos artistas vestidos con coloridos trajes de león bailaban al ritmo de tambores y platillos. Esto nos animó aún más. Y noté un rubor en las mejillas de Sebastián, que daba a su rostro una franqueza infantil. ¡Nos habíamos montado una auténtica fiesta!

Mientras bailábamos, se acercó a mi oído y me susurró:

—Gracias, Lauren. Nunca había vivido algo así. Es un día realmente hermoso que recordaré el resto de mi vida. Aunque no sepa mucho de ello.

Me reí.

—Todo lo que ves aquí significa buena suerte y prosperidad.

—Ya lo veo. Y la noche será del mismo estilo. Esas encantadoras personas también se lamentarán junto a nuestra cama cuando me quite ese encantador vestido, probablemente lo llamaría disfraz.

—No. Ya hicieron el ritual ayer.

Me miró desconcertado. Pero entonces un chico con cabeza de dragón nos separó. Miré a Brianna y a Chris, ellos también se divertían como niños. Brianna ya había superado su toxicosis

y ahora estaba aún más guapa.

Sí, vaya, si lo estaba. Este día será memorable para todos, no solo para nosotros. Los Ángeles ya tiene bastante de lo que hablar durante un mes.

A medida que avanzaba la noche, nosotros y nuestros invitados disfrutamos de un delicioso banquete de platos tradicionales chinos, como pato asado, pescado y albóndigas.

Cuando sacaron la tarta, nuestros invitados ya estaban cansados. En China, la tarta nupcial no es tan importante. Pero la incluimos en nuestra ceremonia. Y estaba decorada con un par de dragones rojos, que simbolizaban la fuerza y el poder.

Nuestra velada terminó con unos fuegos artificiales espectaculares, que llenaron el cielo de luz y colores brillantes. Cuando Sebastián y yo miramos los fuegos artificiales, nos apretamos el uno contra el otro con más fuerza.

Todavía tengo en la cabeza que todos los modelos son iguales. Pero después de abrir una sucursal de una escuela de modelaje y artes hace quince días, me di cuenta de que todo el mundo es completamente diferente. Hay que invertir en las personas. Me sentí muy orgullosa de mí misma. Y el hecho de que Sebastián me propusiera una boda al estilo chino no fue sin las manos de Robert. Estaba segura de ello.

Estaba deseando que llegara la noche y toda una vida de felicidad y alegría juntos. Sebastián, como si hubiera leído mis pensamientos, se volvió hacia mí y me besó acaloradamente. Ya no quería estar en la luz de esta celebración, quería escapar a un momento oscuro de pasión.

Miré a los presentes, pensando que era el momento de desaparecer con Sebastián. Y entonces mi mirada se topó con la de mi hermana. Me desenganché de Sebastián y me acerqué a ella.

—¡Me alegro de verte! —pronuncié suavemente.

—A mí también. Enhorabuena.

—¡Gracias!

Quizá desde fuera pareciera una conversación árida entre dos hermanas que llevaban más de cinco años sin verse. Pero para mí fue la conversación más cálida que habíamos tenido en toda nuestra vida.

—¿Vamos a tomar un café contigo cuando termines?

—¿Eh?

—Estoy en Los Ángeles. Y te lo contaré todo, hermana.

Hizo hincapié en la última palabra. Y la calidez de la voz de Mia lo decía todo. Sí, sin duda deberíamos hablar. Sebastián se acercó y se los presenté.

Mia se inclinó hacia mí y susurró:

—Tengo que irme. También quiero saludar a mis padres.

Se inclinó aún más.

—Lauren, te has buscado un dios.

—¡Eso es, es diablo o dios! —me reí. Aunque es más joven que yo y no necesito su aprobación, me alegró oír esas palabras.

—Espera un momento, tengo que darte algo. Yo ya no lo necesito, pero tú podrías necesitarlo. Lo he probado dos veces, da buena suerte.

Volví un minuto después y le entregué un pañuelo azul claro. Mia sonrió y lo cogió.

Tiré de Sebastián. Él comprendió, me cogió por el codo y nos alejamos a paso tranquilo. Me encontré con la mirada de Cian, asintiéndole. Y él sonrió suavemente, como siempre. En aquel momento, me sentí la mujer más feliz del mundo.

36. Sebastián



Lauren y yo nos casamos en una preciosa boda roja que será recordada por todo Los Ángeles durante mucho tiempo. Después de la boda, decidimos tomarnos unas vacaciones y pasar nuestra luna de miel en Hawái, disfrutando de sus aguas cristalinas, playas inmaculadas y clima perfecto.

El primer día en las islas fue puro relax. Paseamos por la playa, sintiendo la suave arena entre los dedos de los pies y el cálido sol en nuestra piel. Nos bañamos en el agua azul cristalina, viendo peces de colores y hermosos arrecifes de coral. Luego, nos amontonamos en el dormitorio de nuestra villa de lujo frente al mar, donde el sonido de las olas y la brisa tropical creaban un ambiente perfecto.

Mientras acariciaba distraídamente el largo pelo de Lauren, me di cuenta de que su impulso sexual había pasado, pero mi deseo seguía ahí. La deslicé fuera de mi pecho y la giré para que quedara de espaldas a mí. Le acaricié el trasero y el pliegue, y ella se apretó más contra mi vientre.

En el dormitorio hacía fresco, y la suavidad de las sábanas intensificaba la sensación. Me froté contra su pierna, sintiendo que estaba haciendo algo prohibido. Mis manos encontraron sus pezones, y ella empezó a gemir y a apretarse más contra mí. Estaba muy mojada cuando la penetré con una larga embestida. Empecé lentamente, y cuando estaba a punto de correrme, me detuve, dejándola enfriar. Luego, volví a empezar una y otra vez, hasta que sus gritos me llevaron al límite del orgasmo. Finalmente, nos corrimos juntos, exhaustos y satisfechos.

—¡Vámonos! —dije, rozando su oreja con mis labios.

—¿Adónde?

—Nos perderemos la puesta de sol hawaiana.

Lauren se revolvió malhumorada, pero se levantó y fue a ducharse. La admiré mientras caminaba por la habitación, perfecta en cada detalle. Su cuerpo esbelto, sus pechos altos, su cintura delgada y sus rizos mojados sobre los hombros.

Estas vacaciones fueron memorables. No quería salir de la cama, pero tenía una sorpresa para Lauren y no quería estropearla. Había planeado un crucero en velero al atardecer.

Salió del baño con un vestido de tirantes color crema oscuro y un chal más claro. Le di un beso rápido. Justo entonces sonó mi teléfono. No formaba parte de mis planes. Un número desconocido apareció en la pantalla.

—¿Sí? —contesté.

—¿Naomi?

Miré a Lauren, que se giró hacia otro lado. Era una conocida mía del aeropuerto.

—Claro que me acuerdo de ti. Pero ahora no es el momento. Lauren y yo estamos de luna de miel.

Me felicitó y colgué. Me acerqué a Lauren y la abracé por detrás.

—Era la chica del bar. —Le conté la situación.

—Así que por eso tenías un moratón. No solo eres una modelo, ¡eres un caballero de bar! —se rió.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Sí, causaste una impresión.

Nos reímos. Sí, ese momento ya lo había olvidado, pero entonces no fue tan gracioso.

—Tenía miedo de quedarme sin nada en el aeropuerto. Pero, aun sabiendo eso, habría hecho exactamente lo mismo.

Lauren se puso de puntillas y me besó en la frente. La llevé de la mano hacia la puerta. Teníamos grandes planes para estas vacaciones: probar todos los deportes acuáticos, cenar en los mejores restaurantes de la isla y bailar bajo las estrellas.

El velero se deslizaba suavemente por las tranquilas aguas mientras el sol se sumergía bajo el horizonte, pintando el cielo de colores naranja, rosa y morado. El aire se llenaba del dulce aroma del agua salada y las flores tropicales. En la cubierta del yate, observamos cómo el sol se sumergía bajo el horizonte, creando un espectáculo impresionante. Bebimos champán y disfrutamos de nuestra mutua compañía, sintiéndonos agradecidos por la belleza del momento.

Atraje a Lauren más hacia mí, y solo con ella tuve un sentimiento de gran gratitud. Sabía que la luna de miel llegaría a su fin, pero nos esperaba un futuro enorme.

Sentí el calor de su abrazo, y a veces no me daba cuenta de quién era el corazón que latía tan fuerte, el mío o el suyo, de quién eran las manos que acariciaban. Sentía a Lauren tan intensamente que todo seguía dando vueltas dentro de mí.

La atraje aún más hacia mí. Ella se apretó contra mí y yo me incliné para besar su frente, pero ella, juguetona, se puso de puntillas y me besó en los labios. Lauren sonreía, y en sus ojos brillaban la alegría y el amor. Empecé a besarla suavemente, sin prisa.

—¡Te quiero! —le susurré.

—¡Te quiero tanto, Sebastián! —me susurró.

El sol se había puesto mientras el velero giraba de nuevo hacia la orilla. Sabía que era para siempre y que teníamos toda una vida por delante para momentos como este.